

NAGUIB MAHFUZ
AKHENATÓN



Lectulandia

Para unos, un ser repugnante, deforme, medio hombre, medio mujer, que desatendió las tareas políticas para consagrarse a la difusión de su nueva religión monoteísta, lo que permitió que los enemigos de Egipto derrumbaran el imperio. Para otros, un hombre fascinante que revolucionó no sólo la religión, sino el arte y la sociedad, y al que las tradiciones y el poder de los sacerdotes de los viejos dioses acosaron hasta la muerte.

La visión de su esposa Nefertiti, y tanto de los que le quisieron como de los que renegaron de él, compone el retrato de un faraón que no anheló territorios, sino sabiduría.

Lectulandia

Naguib Mahfuz

Akhenatón

El rey hereje

ePub r1.0

GONZALEZ 28.02.14

Título original: *Al-A'ish F'il-Haqiqa*

Naguib Mahfuz, 1985

Traducción: Ángel Mestres Valero

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

TABLA CRONOLÓGICA DE LA HISTORIA DE EGIPTO

PREHISTORIA, hasta aproximadamente 2850 a. C.

Se conocen los períodos más remotos casi exclusivamente por las construcciones de piedra, y los posteriores por los restos de necrópolis.

PERÍODO ARCAICO, 2850-2650

Después de un largo período de luchas, el Bajo y el Alto Egipto se reúnen bajo una misma corona. Robustecimiento del poder real. Se establecen las bases de la administración faraónica y aparecen las formas sociales y artísticas egipcias propiamente dichas.

I DINASTÍA (2850-2750)

Narmer	Miebis (Anzib)
Aha (Atotis)	Semempses (Semerjet)
Kenkenes (Zer)	Bieneches (Kaj-a)
Menefes (Zet)	
Den	

II DINASTÍA (2750-2650)

Hetepsejemui	Ninecher
Nebre	Peribsen (Sejemib)
Neterimu-Neterem (Binotris)	Jasejem (luego Jasejmui)
Raneb	

IMPERIO ANTIGUO, 2650-2134

III DINASTÍA (2650-2600)

Traslado del centro político a la región de Menfis. Introducción del calendario.

Sanajit	Jaba
Netkerije-Djoser	Hu (Huni)
Sejemjet	

IV DINASTÍA (2600-2480)

Unión de todas las fuerzas del país bajo el poder del Estado gobernado por el dios-rey. Construcción de las grandes pirámides.

Snofru	Kefrén
Keops	Micerino
Radyedef	Shepseskaf

V DINASTÍA (2480-2350)

El culto a Ra, dios solar de Heliópolis, se convierte en religión del Estado. Aumenta considerablemente la influencia de los grandes sacerdotes y de los altos funcionarios.

Userkaf	Neuserre
Sahure	Menkauhor
Neferkare	Isasi
Shepseskare	Unas
Raneferef	

VI DINASTÍA (2350-2230)

Cada vez adquiere más importancia el poder de los príncipes feudales, cuyas rivalidades acarrearán la ruina de la dinastía.

Teti (Otoes)	Mernerá
Fiops (Pepi) I	Fiops (Pepi) II

PRIMER PERÍODO INTERMEDIO, 2230-2052

VII A X DINASTÍAS

Revueltas y levantamientos regionales. En el país se produce una transformación social radical. Carencia casi absoluta de monumentos arqueológicos, pero florecimiento local de las artes, sobre todo de la literatura, en la corte de Heracleópolis.

IMPERIO MEDIO, 2052-1778

XI DINASTÍA (2052-1991)

Preponderancia de los príncipes tebanos en las disputas con la poderosa casa real de Heracleópolis.

Antefa (Inhotef) I-IV
Mentuhotep Nebhepetre I y II
Mentuhotep III y IV

XII DINASTÍA (1991-1778)

Los reyes suprimen la anarquía que desuela el país, marcando los límites de cada provincia.

La paz favorece el nuevo florecimiento de la cultura.

Se traslada la corte a Fayum.

Amenemhet I	Sesostris III
Sesostris I	Amenemhet III
Amenemhet II	Amenemhet IV
Sesostris II	Sebeknefrure

SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO, 1778-1670

XIII Y XIV DINASTÍAS

Muchos reyes que reinaron poco tiempo. Declina nuevamente el poder real. Finalmente decadencia del Estado como consecuencia de las intrigas palaciegas.

Wegef I	Hor
Amenemhet V	Amenemhet VI
Sobejotep I	Sobejotep II-V

DOMINACIÓN DE LOS HICSOS, 1670-1570

XV Y XVI DINASTÍAS (1670-1610)

Invasión de los hicsos procedentes de Asia. Gobiernan el Valle del Nilo desde el Delta.

Salitis	Apofis
Jian	

XVII DINASTÍA (1610-1570)

Bajo los últimos soberanos de esta dinastía de Tebas empieza la guerra de liberación, que se termina con la expulsión de los hicsos.

Intef V	Serenen-Ra-Tao
Sobekemsaf	Kamosis
Serenen-Ra	

IMPERIO NUEVO, 1570-1085

XVIII DINASTÍA (1570-1345)

1.ª FASE (1570-1448)

Dinastía nacional, con ejército permanente. Tebas se convierte en una gran urbe y en capital del país.

Amosis Hatsepsut
Amenhotep I Thotméis III
Thotméis I y II

2.^a FASE (1448-1377)

La prosperidad que reina en el país influye en el florecimiento y depuración de las artes, así como las formas externas de vida social. Grandiosas construcciones y monumentos en las regiones de Tebas y Nubia Inferior.

Amenhotep II Amenhotep III
Thotméis IV

3.^a FASE (1377-1345)

Aparición de una nueva tendencia espiritual y artística, definida y fomentada por el rey. Establecimiento del culto al disco solar (Atón). No pudiendo soportar las pretensiones de los sacerdotes, Akhenatón abandona Tebas, eligiendo nueva residencia cerca de la actual Amarna. Después de su fallecimiento, su hermano Tutankhamón vuelve al culto de las antiguas divinidades egipcias y traslada de nuevo la corte a Tebas.

Amenhotep IV (Akhenatón) Eje
Tutankhamón

XIX DINASTÍA (1345-1200)

Restauración completa de los antiguos cultos y templos. Drásticas reformas y depuración de la administración. Reconquista parcial de los territorios perdidos en Asia. Extraordinaria actividad constructora en todo el país.

Haremheb Ramsés II
Ramsés I Menertah
Setos (Seti) I Setos (Seti) II

XX DINASTÍA (1200-1085)

Ramsés III combate victoriosamente, por mar y por tierra, contra los ejércitos de los pueblos mediterráneos. Durante el reinado de sus sucesores va disminuyendo el poder real en manos de los sacerdotes de Amón.

Setnejt
Ramsés III
Ramsés IV-XI

TERCER PERÍODO INTERMEDIO, 1085-712

XXI DINASTÍA (1085-950)

Gobiernan los sacerdotes de Amón:

Hritor	Osorkon I
Smendes	Siamón
Psusennes I	Psusennes II
Painozem I	División del país en Tebas y Tanís
Amenemepet	

XXII DINASTÍA (950-745)

Ciñen la corona caudillos de ejércitos mercenarios líbicos. Tebas declina.

Shoshenk (Sesac) I	Shoshenk (Sesac) II
Osorkon I y II	Takehotis II
Takehotis I	Shoshenk (Sesac) III-V

XXIII DINASTÍA (745-720)

Petobastis Asia Anterior: Teglat-Falasar III de Asur (745-727); Sargón II (721-705);

Osorkon

III

Takehotis

III

XXIV DINASTÍA (720-715)

Bakenre (Bockoris de Sais) Pianji (Piye)

ÉPOCA TARDÍA, 712-332

Reino independiente en Nubia (Etiopía). Incursión del rey etíope Pianji contra Egipto hacia el año 725.

XXV DINASTÍA (715-663)

Monarcas etíopes:

Shabaka Tantamani

Shabataka Invasión asiria capitaneada por Asarhadon (680-669).

Taharka (Tirhaka)

XXVI DINASTÍA (663-525)

Restablecimiento del antiguo esplendor cultural. Activo comercio con los pueblos del Mediterráneo, particularmente con los griegos.

Neco I Neco II

Psamético I Psamético II

Apries Psamético III

Amasis

XXVII DINASTÍA (525-332)

Reyes Persas:

Cambises Artajerjes

Darío I Darío II

Jerjes I

GOBIERNOS LOCALES EGIPCIOS

XXVIII DINASTÍA (404-399)

Amirteo de Sais

XXIX DINASTÍA (399-379)

Reyes de Mendes:

Neferites I Neferites II

Psammutis

XXX DINASTÍA (379-332)

A pesar de ser Egipto una provincia persa, consiguen mantenerse algunos reyes indígenas que representan el patriotismo autóctono. Florecimiento tardío de las artes. Heródoto visita Egipto y escribe la relación de su viaje.

Nectanebo I y II Nectanebe

PERÍODO GRECO-ROMANO, 332-395 d. C.

XXXI DINASTÍA

Alejandro Magno Filipino Arrideo

(conquista de Egipto en 332) Alejandro IV

XXXII DINASTÍA

Ptolomeo (Sátrapa de Egipto 322-305, rey 305-284)

ÉPOCA PTOLOMAICA (305-30)

Julio César (ocupa Alejandría en el año 48)

Octavio (Derrota a Marco Antonio y Cleopatra, año 31)

ÉPOCA ROMANA

Emperadores romanos

(desde el año 30 a. C. hasta el 395 d. C.)

DOMINACIÓN BIZANTINA (395-638 d. C.)

DOMINACIÓN ÁRABE (a partir de 638 d. C.)

EL ORIGEN DE LA HISTORIA

Mi curiosidad nació de una emocionante visión, mientras la nave surcaba la fuerte y tranquila corriente, al final de la estación del desborde del Nilo. El viaje había empezado en nuestra ciudad, Sais, y discurría hacia el sur, hacia Panopolis, donde íbamos a visitar a mi hermana, que vivía allí desde su boda. Un cierto día, al atardecer, pasamos por una ciudad extraña. A través de sus columnas se entreveía su polvorienta grandeza. La muerte se arrastraba ávida por sus rincones y por todos sus objetos. Agazapada entre el Nilo a Poniente y la colina a Oriente, desnuda de árboles, sus calles vacías, sus puertas y ventanas cerradas como párpados caídos. Ninguna vida palpitaba en ella, no se percibía ningún movimiento. El silencio y la tristeza se cernían sobre ella, la muerte aparecía por todas partes. La recorrí con la mirada y mi pecho se sobrecogió. Corrí hacia el lugar donde mi padre estaba echado, en un diván, sobre una tarima, y le pregunté, con el debido respeto por su vejez:

—¿Qué sucedió en esta ciudad, padre?

Y respondió sin titubear:

—La ciudad del Hereje, la ciudad infiel y maldita, Miri-Mon...

Volví mi mirada hacia ella con emoción redoblada mientras mis recuerdos se agolpaban, y pregunté de nuevo:

—¿No hay nadie vivo en ella?

Y respondió brevemente:

—Seguramente la mujer del Hereje todavía respira en su palacio o en su prisión, como también es cierto que hay todavía algunos guardianes, sin duda...

Murmuré recordando:

—¡Nefertiti!

¿Por qué te interesan su soledad y su historia? De golpe recuperé mis recuerdos de infancia, en el palacio de mi padre en Sais, y las conversaciones de los mayores sobre el ciclón que se abatió sobre la tierra de Egipto y el imperio, y lo que acordaron en llamar «guerra de los dioses», y el joven faraón que rompió con las tradiciones y desafió a los sacerdotes y al destino. Sí, recordé esos días olvidados, y los rumores sobre una nueva religión, y los dilemas de las gentes entre fe y obediencia, y las discusiones sobre las verdades ocultas, las amargas derrotas, la victoria empañada de tristeza. He aquí la ciudad de los prodigios, entregada a la muerte. He aquí a su señora encarcelada, que ha debido probar el amargo trago de la soledad. He aquí mi joven corazón que palpita violentamente deseando saberlo todo. Le dije a mi padre:

—No me volverás a acusar de indolencia, padre: un anhelo sagrado por saber la verdad me asalta como el viento del norte. Debo registrarlo todo, como hiciste tú en tu juventud, padre...

Me miró con sus ojos cansados y dijo:

—Quiero saberlo todo sobre la ciudad y su constructor, sobre el drama que desgarró a sus habitantes y destruyó el imperio.

Dijo seriamente:

—Ya lo oíste todo en el templo.

Le repliqué con ardor:

—Dijo el sabio Qaqimna: «No juzgues nada hasta que hayas escuchado a todas las partes».

—En este caso, la verdad está clara sin escuchar a la otra parte, el Hereje murió...

Dije con ardor redoblado:

—Muchos de los que vivieron los hechos todavía están vivos, padre, y muchos de ellos son tus compañeros y amigos. Una recomendación tuya podría abrirme las puertas de par en par y desvelarme aquellos secretos. Así podría conocer la verdad antes de que se la lleve el tiempo como se ha llevado a la ciudad...

Continué argumentando hasta que accedió a mis deseos, quizás incluso lo deseaba en su interior, debido a su antigua pasión de cronista y a su amor por la ciencia, que convirtió su palacio en lugar de reunión de hombres de ciencia y de religión, e hizo de su propietario «Señor del buen país y de la vasta ciencia». Su palacio era conocido por sus banquetes fastuosos, en los que se contaban historias y se recitaba poesía.

Me escribió una carta de recomendación para los ancianos contemporáneos de aquellos hechos, quienes los vivieron, de cerca o de lejos, quienes conocieron su dulzura y más tarde su amargura, y quienes vivieron primero la amargura y luego la dulzura. Y me dijo:

—Tú mismo has escogido tu camino, Miri-Mon, ve y que Dios te guarde: algunos de tus abuelos fueron a la guerra, otros se dedicaron a la política o al comercio; tú deseas dedicarte a la verdad. Todos han hecho según su designio. Sin embargo, guárdate de levantar la ira del poderoso o de insultar a la prostituta, sé como la historia, que escucha a todo el que habla sin inclinarse ante nadie, para luego entregar la pura verdad a los que observan.

Me alegré de abandonar la inactividad y adentrarme en el flujo de la historia, que no conoce principio ni fin, y que añade a su curso todo lo que merece la pena, en una ola persistente de amor a la verdad eterna...

EL SACERDOTE DE AMÓN

Tebas volvió a su edad dorada, después de haber experimentado la amargura del éxodo y la decadencia en tiempos del Hereje. Se convirtió de nuevo en la capital; su nuevo faraón, Tutankhamón, hizo reverdecir el trono. Los hombres de paz y de guerra regresaron, y los sacerdotes ocuparon de nuevo sus templos. Los palacios volvieron a ser habitados y sus jardines reverdecieron. El templo de Amón volvió a erguirse de nuevo con sus columnas gigantescas y sus jardines en flor. Los mercados bullían de gentío, vendedores y mercancías. Todo resplandecía con poder y estabilidad y el tráfico era inacabable. Cuando la visité por primera vez en mi vida, me deslumbraron su nobleza, sus edificios, sus palacios y sus gentes sin fronteras. El griterío y el ruido reinante me aturdía, así como sus carromatos y sus baldaquines. Mi ciudad, Sais, me pareció en comparación un pueblecito adormecido y mudo. A la hora acordada me dirigí hacia el templo de Amón, y crucé el patio de las columnas en pos de un sirviente. Luego giré hacia un corredor lateral que me condujo a la sala en la que me esperaba el gran sacerdote. Cuando le vi, estaba sentado al fondo, en un trono de ébano, con dos asideras de oro. Era un viejo decrepito con la cabeza rapada, vestido con una túnica larga y ancha. Ceñía su cabeza una cinta blanca. Me dio la impresión de gozar, a pesar de su vejez, de una vitalidad excelente y de un corazón tranquilo.

Me dio saludos para mi padre y alabó su lealtad:

—En los tiempos difíciles es cuando se conoce a los hombres fieles.

Alabó mi proyecto murmurando:

—Hemos derribado el muro con todas las mentiras que contenía, sin embargo la verdad debe ser escrita.

Inclinó su cabeza con benevolencia, mientras decía:

—Hoy Amón se sienta en su trono, y se yergue en su nave sagrada en el sanctasanctórum como señor de los dioses, protegiendo a Egipto, rechazando a sus enemigos. Sus sacerdotes han recuperado el control total. Él es quien liberó nuestro valle con mano enérgica, y extendió nuestras fronteras al norte y al sur, a Oriente y a Occidente, con mano firme, él es el dios que vence, y humilla a quien le traiciona.

Me incliné en signo de adoración hasta que me dieron permiso para sentarme en un asiento bajo, delante de él. Recogí mis ropas para escucharle, cuando empezó a hablar el gran sacerdote:

—Es una triste historia, Miri-Mon, que empezó con lo que parecía un rumor inocente. La madre del Hereje, la gran reina y mujer del faraón Amenhotep III era una mujer de origen humilde por cuyas venas no fluía sangre real. De una familia nubia, era fuerte e inteligente como si tuviera cuatro ojos que le permitieran ver en todas direcciones al mismo tiempo. Al principio parecía que deseara complacernos, y nunca olvidaré lo que me dijo el día de la celebración de la fiesta del Nilo:

—Vosotros sois nuestro bien y nuestra bendición, sacerdotes de Amón.

Solía mirar fijamente a los hombres más enérgicos con sus grandes ojos, hasta que les obligaba a inclinar la cabeza aturcidos. Nunca temimos nada de ella, ni nos hizo olvidar el amor de los faraones de la noble familia hacia los sacerdotes de Amón, hasta que nos dimos cuenta de que la reina se interesaba por ampliar el lugar de los estudios religiosos para abarcar el culto de los dioses, y en particular el del dios Atón. El asunto fue más allá de un mero interés en otras religiones, que nosotros respetamos y santificamos, y no encontramos forma de oponernos a ello. Nos dolió el hecho de que otros dioses gozaran en su patria, Tebas, de la misma consideración que Amón. No mejoró nuestros sentimientos la declaración de Tiy en el sentido de que Amón continuaría siendo para siempre el señor de los dioses, ni de que sus sacerdotes continuarían a la cabeza de los sacerdotes de Egipto sin excepción. Tutu, el sacerdote que se encarga de la recitación, me dijo:

—Detrás de esta decisión me huelo una nueva política que no tiene nada que ver con la religión.

Le pedí aclaraciones al respecto, y me dijo:

—La gran reina busca el amor de los sacerdotes de las regiones para ponerlos a nuestro nivel y así limitar nuestro poder y aumentar el del trono.

Le respondí, no sin desasosiego:

—Somos los siervos de los dioses y del pueblo, somos los maestros, los médicos, los guías en la religión y el más allá. La gran reina no es más que la dama reinante, sin duda nos respeta...

Tutu respondió enojado:

—Se trata de la lucha por el poder. La reina es fuerte y ambiciosa, según mi opinión es más fuerte que el mismo rey.

Dije, como para exorcizar mis propios temores:

—Somos hijos del gran dios, nos ampara una tradición eterna.

»Quizá sea útil ahora que te hable del gran rey Amenhotep III. Su abuelo Thotmés III afianzó para él un imperio sin precedentes en cuanto a grandeza y multitud de razas. Él era un rey fuerte, que saltaba a la defensa de sus posesiones al primer aviso. Obtuvo grandes victorias hasta que todo el imperio se sometió a su obediencia. Sin embargo, en su largo reinado predominaron los períodos de paz: recogió el fruto de lo que sembraron sus antepasados, y abundaron las cosechas, las joyas, las finas vestiduras, las mujeres. Construyó palacios, templos y estatuas, y se hundió hasta las orejas en comida, vino y mujeres. La astuta mujer se percató de sus puntos fuertes y débiles, y se aprovechó de ellos en el mejor modo posible: le impulsó a la guerra cuando hubo guerra, y condescendió a sus apetitos, traicionando su instinto de mujer para hacerse acreedora del poder, y para poner en práctica su ambición sin límites. No niego su entrega, ni su amplitud de miras, ni su deseo de gloria y grandeza, pero le reprocho su avidez de poder, esa avidez que la condujo

equivocadamente a aprovecharse de la religión con finura y astucia para influir con energía en el trono prescindiendo de todos los sacerdotes. Más tarde me pareció claro que otros pensamientos rondaban por su cabeza, pues un día visitó el templo para ofrecer los sacrificios, y me acompañó luego a la casa de descanso. Era de estatura media, de complexión fuerte.

Cuando nos sentamos, me preguntó:

»—¿Qué es lo que te apena?

»Traté de escoger la respuesta adecuada, pero ella se me adelantó:

»—Puedo leer los secretos de los corazones como los sacerdotes: crees que estoy dando demasiado poder a los otros sacerdotes a expensas de los sacerdotes de Amón.

»Respondí, entregándome:

»—Los sacerdotes de Amón son los garantes de vuestra noble estirpe...

»Dijo con ojos brillantes:

»—He aquí lo que pienso, gran sacerdote: Amón es el señor de los dioses de Egipto, y un símbolo del poder, y quizá de la derrota, para los súbditos del imperio. En cuanto a Atón, es el dios del sol, que brilla en todas partes y al que se pueden dirigir todas las criaturas sin menoscabo:

»¿Crees que era eso lo que realmente pensaba, o era una nueva treta con la que disimular su verdadero deseo de quitarnos poder? La idea en sí misma no me convenció, y dije:

»—Mi señora, vosotros sois crueles. Gobernáis con la fuerza y no con el amor.

»Respondió sonriente:

»—Y también con el amor. Lo que sirve para tratar a los animales salvajes no sirve para los animales domésticos...

»Entonces comprendí que era un alma femenina estéril, y que podría dar frutos malsanos, lo cual se verificaría más tarde en los dolorosos sucesos que vinieron.

El gran sacerdote enmudeció por un instante, como para contemplar o recordar. Luego prosiguió:

—Recuerdo muy bien que al inicio de su vida matrimonial tuvo problemas. Estuvo no poco tiempo sin concebir, enfrentándose al fantasma de la esterilidad. Su origen humilde aumentaba sus sufrimientos, y gracias a Amón y sus sacerdotes, y a las oraciones y su magia poderosa quedó embarazada, pero tuvo una hija. Cada vez que nos cruzábamos en el palacio o en el templo me miraba llena de malos pensamientos, como si fuera yo el responsable de su mala suerte. Nunca pensamos en perjudicar al trono, pero ella era muy desconfiada debido a su mala conciencia.

Calló de nuevo, vacilando, y luego dijo:

—Luego, de modo misterioso, tuvo dos gemelos. El mayor y más válido murió, y el otro vivió para llevar a cabo sus excentricidades en perjuicio de Egipto.

El sacerdote adivinó mis ardientes interrogantes:

—Sabemos cómo abrirnos camino hacia la verdad, aunque para la mayoría está oculta: tenemos el poder de la magia, el poder del mal de ojo... El Hereje es de padre desconocido. Su hombría es dudosa, afeminado... Como su padre, se casó con una mujer del pueblo que reunía en su persona, como su madre, un origen humilde, una ambición desmesurada y cierto libertinaje. Hermosa, perseverante, provocadora, se lanzó junto a él en su política destructiva. Tuvo siete hijas de otros hombres. A pesar de su aparente amor por ella, quizás él no amaba en el fondo más que a su madre, quien le dio la vida y los pensamientos. Fue debido a su pasión por ella por lo que sintió la soledad y el dolor hasta el límite de odiar a su padre incluso después de su muerte, incluso borró su nombre de los monumentos con la excusa de que se parecía demasiado a la de Amón. La verdad es que lo aniquiló después de su muerte porque no fue capaz de matarlo en vida. Su madre lo educó en la religión de Atón, en la que creía, por motivos políticos, pero él tuvo una fe palpitante y verdadera en ella, política que no se ajustaba a su naturaleza femenina, y de ahí pasó a la herejía, lo cual su madre no había podido imaginar. Todavía recuerdo su figura repugnante... no era ni hombre ni mujer. Era débil hasta el límite de odiar a los fuertes, fueran hombres, sacerdotes o dioses. Se inventó un dios a su imagen y semejanza, débil y femenino, padre y madre a la vez, y le atribuyó una sola función: el amor. Su culto era el baile, el canto y la bebida. Se hundió en la estupidez, olvidando sus obligaciones reales mientras los mejores hombres del imperio caían ante el enemigo, pidiendo ayuda sin recibirla. El imperio se perdió finalmente, Egipto quedó destruido, con sus templos vacíos y sus gentes hambrientas. Ése fue el Hereje, el que se hizo llamar Akhenatón.

El gran sacerdote enmudeció bajo el peso de la emoción y la intensidad de los recuerdos. Luego entrecruzó los dedos de las manos y empezó de nuevo:

—Desde su primera infancia tuve noticias de él, provenientes de mis hombres en palacio, consagrados a Amón y a la patria. Por ellos supe que el heredero se inclinaba ante Atón e ignoraba a Amón. Y que a pesar de su juventud buscaba refugio en solitario a la orilla del Nilo para saludar el amanecer con cánticos. Enseguida me di cuenta de que era un joven extraño, con problemas. Me apresuré a comunicar mis temores al rey y a la reina. Amenhotep III sonrió y dijo:

»—Todavía es un niño.

»Respondí:

»—Pero el niño está creciendo, y en su interior continúa pensando como un niño.

»Intervino Tiy:

»—No hace más que cantar a la sabiduría en todas sus formas con corazón inocente.

»El faraón:

»—Pronto empezará su adiestramiento militar y entonces conocerá sus verdaderos objetivos.

»Tiy:

»—No necesitamos más territorios, sino más sabiduría para preservarlos.

»Intervine claramente:

»—No hay otra manera de preservarlos sino la confianza en Amón y ejercer la fuerza.

»La astuta mujer dijo:

»—No había visto nunca un sabio que despreciara la sabiduría como tú, sacerdote de Amón.

»Insistí:

»—No desprecio la sabiduría, pero la considero inútil si no se apoya en la fuerza.

»Dijo Amenhotep:

»—En este palacio nadie se opone a que Amón sea el señor de los dioses.

»Protesté angustiado:

»—Ha dejado de acudir al templo.

»Dijo el rey:

»—Paciencia, pronto cumplirá con sus obligaciones de heredero.

»El encuentro no sirvió para apaciguar mis ánimos. Es más, quizá nuestros temores —los de los sacerdotes— se fortalecieron. Tuvimos noticias de una conversación entre el heredero y sus padres que nos hizo comprender que aquel cuerpo enfermizo tenía poderosas inclinaciones secretas y ardientes obsesiones que hacían presagiar las peores consecuencias. Un buen día se me acercó uno de mis discípulos y me dijo:

»—¡El mismísimo sol ha dejado de ser un dios!

»Le pregunté a qué se refería, y me dijo:

»—Corren rumores sobre un nuevo dios, hasta ahora desconocido, que se ha aparecido al espíritu del heredero y le ha exigido que le adorara como al único dios verdadero de la creación, a él y sólo a él, y cualquier otro dios es falso.

»La noticia me fulminó. Me pareció que la muerte, que nos había arrebatado al hermano mayor, era preferible a la locura que poseía al pequeño. La desgracia apareció ante mis ojos con la más horrible de las apariencias.

»—¿Estás seguro de lo que dices?

»—Te he hecho saber lo que se rumorea en palacio.

»—¿Y cómo se le ha aparecido ese pretendido dios?

»—Sólo oyó su voz...

»—¿Ni sol ni estrella ni estatua?

»—Nada de nada.

»—¿Y cómo se adora lo que no se ve?

»—Cree que es la energía única y eterna.

»—El loco se ha perdido en la nada.

»El sacerdote recitador, Tutu, dijo:

»—Ha enloquecido, y por lo tanto no tiene derecho al trono.

»Dije con esperanza:

»—Cálmate, Tutu, por muchas impiedades que cometan, los dioses continuarán siendo adorados por muchos.

»Preguntó enérgicamente:

»—Pero ¿cómo va a heredar el trono un infiel, un hereje?

»Dije con tristeza:

»—Esperaremos a que anuncie la verdad, y después plantearemos la cuestión al rey. Será el primer debate de este tipo en nuestra larga historia...

»Sucedió que el heredero al trono se casó con Nefertiti, la hija del sabio y piadoso Ay. Ésta era, al igual que la gran reina Tiy, de origen humilde, sin embargo me hizo concebir una sola y débil esperanza: que el matrimonio le aportara algo de equilibrio. Mandé llamar a Ay, y le encontré mesurado en sus palabras, lo cual me hizo comprender lo apurado de la situación. Por mi parte no mencioné la cuestión de la impiedad del faraón, pero acordamos que me prepararía un encuentro secreto con su hija. La observé, y las dotes de fisonomista que Amón me ha otorgado me hicieron percibir la gran energía de su belleza, solo igualada por la de la gran reina. Deseando que esa energía estuviera de nuestra parte y no en contra de nosotros, le dije:

»—Recibe mi bendición, hija de Ay, mi amigo.

»Me lo agradeció con dulzura, y luego añadió:

»—Es mi deber recordarte, aunque no haga falta, que el trono se sustenta en tres personas: Amón, señor de los dioses, el faraón y la reina.

»Respondió:

»—Feliz quien escucha tus palabras.

»Continué:

»—La reina sabia es aquella que ayuda al rey a conservar la patria y el imperio.

»Dijo con seguridad:

»—Oh, santo sacerdote, mi corazón está lleno de amor y fidelidad.

»Dije claramente:

»—Egipto es un país de tradiciones eternas, y la mujer es el vaso sagrado en el que se guardan esas tradiciones.

»Intervino con la misma seguridad de antes:

»—Mi corazón también está lleno de sentido del deber.

»Ninguna estatua hubiera podido imitar aquella rigidez, aquella cautela. Seguí hablando sin poder arrancarle una sola palabra, sin conseguir descubrir absolutamente nada. Sin embargo, su mismo silencio era muy revelador, su cautela indicaba que estaba al corriente de todo. Y también que no estaría de nuestra parte. Digna de hacer perder la cabeza a cualquiera, había sido elegida para el trono por un golpe de suerte,

y sería su principal cometido durante su vida el de preservarlo, no el de servir a Amón ni a los dioses. Rezamos, con los sacerdotes, una oración a la tristeza en el sanctasanctórum. Después les puse al corriente del contenido de mi conversación con Nefertiti. Tutu comentó:

»—Mañana amanecerá una larga noche.

»Más tarde, en privado, me preguntó:

»—¿No podrías discutir el futuro con el general May?

»Intuí sus intenciones y respondí sin ambages:

»—No podemos desafiar a Amenhotep III y a la gran reina Tiy. Parece que las cosas no son fáciles en palacio entre el loco y su padre. Por eso ha habido una orden real que obliga al heredero a emprender un viaje de estudios por todo el imperio. Sin duda el faraón quiere que su hijo conozca a sus futuros súbditos y que viva la realidad, tal vez así despierte de sus sueños. En mi interior alabé su actitud, aunque mi tristeza no se desvaneció tan fácilmente. Durante aquel viaje sucedieron cosas de extrema importancia, pues Tiy dio a luz dos gemelos, Samankhra y Tutankhamón, y después de algún tiempo el viejo rey enfermó y murió. Dos legados salieron en búsqueda del heredero para comunicarle las noticias y hacerle regresar para ocupar el trono. Los sacerdotes nos reunimos para discutir el futuro del país, siendo todos de una misma opinión. Me apresuré a entrevistarme con la reina Tiy a pesar de los numerosos guardianes y de que estaba ocupada en la momificación de su marido. La encontré fuerte, firme, consciente de sus objetivos a pesar de su tristeza. Debía exponerle claramente mis intenciones a toda costa:

»—He venido, mi señora, para expresar mi punto de vista a la madre legal del imperio.

»Me escuchó, mientras con su mirada inteligente adivinaba lo que le iba a comunicar.

»—Mi señora, es sabido que el heredero ha renegado de todos los dioses.

»Su rostro se obnubiló, y dijo:

»—No debes creer todo lo que se dice.

»Dije con ardor:

»—Estoy pronto a creer todo lo que me digáis, gran reina.

»Replicó enojada:

»—Él es un poeta, gran sacerdote.

»No me convenció, y permanecí en silencio. Añadió firmemente:

»—Aprenderá perfectamente cuáles son sus obligaciones.

»Hice acopio de todo mi coraje y repliqué:

»—Mi señora sabe cuáles son las consecuencias de la impiedad respecto al trono.

»Dijo angustiada:

»—No hay ningún temor de que adore a otros dioses.

»Dije, en un alarde de coraje:

»—Hay otra solución: que nombremos heredero a uno de los gemelos y que vos seáis la regente.

»Objetó decidida:

»—Reinará Amenhotep IV, que es el heredero.

»Así fue como venció la reina sabia y amante madre, y como perdí la oportunidad de salvarnos.

El destino nos asestó un golpe mortal.

»El loco y afeminado heredero regresó. A su debido tiempo, enterró al rey, su padre. Inmediatamente pedí audiencia oficial. Por primera vez le vi de cerca y pude observarle con detenimiento. Tenía la tez muy oscura, era alto y delgado, sus ojos soñadores. Su constitución afeminada era evidente ante todo el mundo. Sus rasgos, inarmónicos, resultaban repugnantes a quienquiera que lo viera. Era un ser deforme, despreciable, que no merecía el trono. Era inimaginable que pudiera amenazar a un mosquito, y pretendía desafiar a Amón, señor de los dioses. Necesité de toda mi ciencia y sabiduría para disimular mi repugnancia y mi asco mientras me observaba; lo hacía sin odio, ni amor, ni desafío. Desconcertado, perdí el uso de la palabra, así que fue él quien empezó:

»—Me has injuriado a menudo en conversaciones con mi padre.

»Recuperé las fuerzas y respondí:

»—No hay nada más importante en mi vida que Amón, el trono y el imperio.

»Dijo tranquilamente:

»—Lo que dices es indudablemente cierto.

»Intervine preparándome para la batalla:

»—Me llegaron noticias inquietantes, pero no les di crédito.

»Dijo despreocupadamente:

»—¡Son verdaderas! »

»Me quedé aturdido sin saber qué decir, mientras él continuaba su explicación:

»—Soy el único creyente en un país de gente extraviada.

»—No puedo creer lo que oigo.

»—Créelo, no hay más dios que el dios único.

»La cólera se apoderó de mí, y mi fe me impulsó a defender a Amón y al resto de los dioses sin importarme las consecuencias. Dije sin ambages:

»—Amón no perdonará esa blasfemia a ningún ser humano.

»Dijo sonriendo tranquilamente:

»—Sólo el dios único puede perdonar.

»Sentí un estremecimiento:

»—Ese dios no existe.

»Extendió sus brazos compasivamente:

»—Él lo es todo, el creador... la energía... el amor... la paz... la alegría.

»Su mirada, ardiente en contradicción con su aspecto frágil, me perforó:

»—Te ordeno que creas en él.

»Le advertí enojado:

»—Guardaos de la cólera de Amón, pues él es quien prohíbe y quien permite, él es quien ayuda o desampara, quien socorre y quien destruye. Temed por vuestra vida, por vuestro trono y por vuestro imperio.

»Él insistió tranquilamente:

»—Me siento como un niño que gatea en un espacio cerrado en el que, de pronto, ha brotado una flor: me contento con sus designios, soy su sirviente, pues él se ha apiadado de mí, manifestándose a mi espíritu. Ha llenado mi vida de luz y cánticos, y ya no me importa nada más que él.

»Dije enojado:

»—¡El heredero no se convierte en faraón hasta que es coronado por Amón!

»Replicó con indiferencia:

»—¡El heredero es coronado bajo los rayos del sol, como sirviente del único creador!...

»Nos separaron en la peor de las situaciones. Yo estaba con Amón y los creyentes. Él, con el patrimonio de su noble familia, con su imagen sacra entre sus súbditos, y con su locura indiferente.

»Me preparé para la guerra santa, para dar mi vida por los dioses y por mi patria. Sin perder un minuto, comuniqué a los sacerdotes:

»—El nuevo faraón es un infiel, es necesario que lo sepáis e informéis a la gente...

»A pesar de mi arrojito, me vi obligado a poner coto a Tutu, el sacerdote recitador, y le propuse que fingiéramos apoyar al Hereje para poder vigilarle de cerca. Por otra parte, el propio monarca se puso inmediatamente manos a la obra y se hizo coronar en una explanada dedicada al pretendido dios, empezando enseguida a construirle un templo en Tebas, la ciudad sagrada de Amón. A continuación, empezó a predicar la nueva religión entre sus hombres, para elegir a sus colaboradores. La flor y nata de Egipto profesó la nueva creencia, debido a diversas causas y con un único objetivo: el de llevar a cabo sus ambiciones personales a cuenta de su fe. Si la gente se hubiera rebelado, todo habría sido distinto, sin embargo, cayeron como mujeres disolutas. El sabio Ay se consideraba el valedor de su familia, pero la fama le embriagó y le cegó. El valeroso general Horemheb nunca había profesado una fe sincera, y para él se trataba simplemente de un cambio de nombres. En cuanto al resto, no eran más que una pandilla de hipócritas, sin otro afán que la fama y el dinero. Si no se hubieran retractado más tarde cuando tuvieron problemas, habrían merecido la muerte. Sin embargo, aunque conservaron la vida, no me merecen ningún respeto. En Tebas

aumentó la tensión, y la gente se dividió entre seguidores de Amón y seguidores del loco vástago de la familia más noble en la gloriosa historia de Egipto. La reina madre Tiy se angustiaba al contemplar cómo la semilla que había sembrado se transformaba en una planta venenosa, cómo se precipitaba en el abismo, arrastrando a su familia hacia la destrucción. Ella continuó visitando el templo de Amón y ofreciéndole sacrificios, en un intento por atenuar la violenta ola de rebeldes que amenazaba con arrebatárles el trono. Me decía a menudo:

»—Obedeciendo ganáis, con la rebeldía perderéis...

»Yo le respondía:

»—¡Cómo podéis exigirnos que obedezcamos a un infiel! ¡Ojalá hubierais seguido mis consejos!

»—¡Debemos alejar la desesperación de nuestro horizonte! »

»Estaba clara su impotencia ante su hijo, el afeminado, el enfermizo. Su habitual entereza se desmoronó frente al poder de la oculta locura de éste: no había más remedio que continuar la lucha hasta el fin. Su poder se debilitó en Tebas, y durante la fiesta de Amón llegaron a sus oídos gritos de odio. Fue así como su dios le mandó refugiarse en una nueva ciudad construida a posta para él. Le obligamos a emigrar, acompañado por ochenta mil herejes que se construyeron una prisión maldita. Finalmente tuvimos las manos libres para emprender nuestra batalla sagrada, como ellos tuvieron las manos libres para dedicarse a la infidelidad y al pecado: la nueva ciudad se convirtió en la capital del juego, la bebida, la pendencia y el libertinaje, encarnados en un dios cuyos emblemas eran el amor y la alegría. Cuanto más se percataba el loco de su debilidad natural, más exageraba en demostraciones de fuerza: mandó cerrar templos, se incautó de los bienes de los dioses e hizo expulsar a los sacerdotes. Yo hablé con los de Amón:

»—La vida no tiene ningún valor después del cierre de los templos, es preferible morir.

»Encontramos refugio en casa de los creyentes y un ejército en sus corazones. Continuamos luchando con renovado coraje mientras nuestras esperanzas resurgían día tras día. El Hereje insistía, y un día emprendió un viaje por todo el territorio para atraer a su pueblo a la impiedad.

Pocas veces el pueblo estaría tan dividido entre seguidores de los dioses y secuaces del rey, que los desconcertaba con su cuerpo exhausto y afeminado, su rostro repugnante y su hermosa y libertina mujer.

»Fueron días de pesar y tristeza, de hipocresías y arrepentimientos, de lágrimas vertidas y de temor a la cólera de los dioses. La misión afeminada de amor obtuvo sus resultados: los burócratas descuidaron sus obligaciones y explotaron a la gente tanto como pudieron. La rebelión se extendió por todo el imperio. Los enemigos ya no respetaron las fronteras: los generales fieles pidieron ayuda y les enviaron poesías en

lugar de ejércitos. Murieron defendiendo el imperio y maldiciendo al loco y traidor Hereje. El diluvio de bienes que antes fluía sobre Egipto se truncó, y los mercados se vieron vacíos, las escasas mercancías no se podían vender, y los esclavos pasaban hambre. Exclamé con todas mis fuerzas:

»—He aquí la maldición de la cólera de Amón: o terminamos con el Hereje o habrá una guerra civil.

»No tenía elección, si quería ahorrar al pueblo los dolores de la guerra, y me entrevisté con la reina madre, Tiy, quien me confesó con afecto:

»—¡Estoy triste, gran sacerdote!

»Respondí amargamente:

»—Ya no soy gran sacerdote, sólo soy un rebelde desterrado...

»Su voz temblaba:

»—Pido a los dioses que se apiaden de nosotros.

»—Debemos actuar, él es vuestro hijo, y vos seréis responsable de lo que suceda. Aconsejadle antes de que estalle una guerra civil que no deje piedra sobre piedra...

»Se encolerizó cuando le recordé su responsabilidad en el asunto:

»—He tomado la decisión de visitar la nueva ciudad de Akhetatón...

»No niego que ella hizo lo que pudo por reparar lo que había estropeado, y no perdí la esperanza, sino que yo mismo me desplazé a Akhetatón, arriesgando la vida. Reuní un grupo de hombres y les dije:

»—Ahora os hablo desde una posición de fuerza: mis hombres están esperando una señal para abalanzarse sobre vosotros, pero he preferido realizar un último intento por salvar lo que se pueda sin derramamiento de sangre ni destrucción. Os daré tiempo para reflexionar y cumplir con vuestra obligación...

»Leí en sus rostros que mis palabras les habían convencido y, desviando su atención de sus verdaderos intereses, hicieron lo que les pedí, se dirigieron al Hereje y le exigieron urgentemente dos cosas para evitar al país numerosos males: restablecer la libertad de culto y enviar ejércitos para defender el imperio. Sin embargo rehusó, evidenciando su demencia total. Entonces le pidieron que renunciara al trono, permitiéndole conservar su fe, e incluso dándole la oportunidad de hacer proselitismo. Él rehusó de nuevo, pero esta vez designó a su hermano Samankhra como correinante. Nosotros lo ignoramos y elegimos a Tutankhamón para sucederle en el trono. Ante la obcecación del loco, sus hombres decidieron abandonarle a él y a la ciudad y hacer pública su lealtad al nuevo faraón: así fue como el Estado cambió de manos sin guerra ni destrucción. A cambio de eso, no se hizo justicia sobre el loco y su mujer, ni sobre los que continuaron siéndole fieles. Los templos reabrieron sus puertas y los fieles acudieron después de un largo período de prohibición. La pesadilla había terminado y todo volvía a la normalidad en la medida de lo posible. En cuanto al Hereje, después de enloquecer completamente, enfermó y no tardó en

morir desolado y sin posibilidad de redención, dejando tras de sí a su perversa mujer, que hubo de sufrir la soledad, el destierro y los remordimientos.

El hombre permaneció en silencio por unos instantes mientras me miraba fijamente:

—Todavía estamos curando nuestras heridas, necesitaremos tiempo y esfuerzos. Las pérdidas dentro y fuera de nuestras fronteras son más de lo que Egipto puede soportar. ¿Cómo pudo suceder? ¿Cómo se pudo permitir a un loco que nos hiciera todo eso en presencia de gente inteligente?

Esperó un momento, y luego me dijo:

—Lo que te he contado es la verdad pura, inalterada. Transcríbela con fidelidad en tu cuaderno. Transmite mis saludos a tu padre.

El sabio, padre de Nefertiti y Mut-Najmat, el consejero real. La vejez cavó esas fosas en su rostro para anidar en ellas. Me recibió en su palacio con vistas al Nilo, al sur de Tebas. Hablaba con tranquilidad, en voz baja, sin que ninguna emoción atravesara su rostro. La larga y densa historia que guarda en su corazón ha influido en su adustez y en su larga vida. Empezó a hablar diciendo:

»—Qué extraña es la vida y cuántas contradictorias experiencias nos trae.

Se quedó pensativo, ahogado en un diluvio de recuerdos.

—Todo empezó un día de verano. Amenhotep III y la gran reina Tiy me mandaron llamar. Cuando estuve delante de ellos, me dijo la reina:

»—Eres un hombre sabio, Ay, conoces lo mejor del mundo y de la religión. Hemos decidido encargarte de la educación de nuestros hijos Thotmés y Amenhotep...

»Incliné mi rapada cabeza y respondí:

»—Feliz el que sirve a sus majestades.

»Thotmés tenía a la sazón siete años, y Amenhotep seis. Eran muy distintos, prácticamente opuestos. Amenhotep era alto y delgado, de tez muy oscura y rasgos afeminados. Su mirada, al mismo tiempo delicada y agresiva, era sobrecogedora. Muy pronto murió el hermoso, y quedó sólo el débil y extraño. La muerte de su hermano fue un gran golpe para él: lloró por largo tiempo, y cada vez que lo recordaba las lágrimas volvían a sus ojos. Me dijo:

»—Visitaba el templo de Amón para someterse a su magia y a sus amuletos, y sin embargo murió...

»Y también:

»—Tú, que eres el sabio maestro, ¿no puedes devolverle la vida?

»Le respondí:

»—El espíritu le dice a quien llora: «Aleja de ti la tristeza, pues yo soy eterno».

»Eso nos llevó a hablar de la vida y la muerte, y me sorprendieron su gran inteligencia y sensibilidad, superiores a lo que se podía esperar de su edad. Me preguntaba qué clase de niño era ése. ¿Acaso obtendría su sabiduría de los espíritus? Aprendió a leer y escribir con una facilidad pasmosa. Le dije a la reina Tiy:

»—Sus avances asustan al maestro.

»Me apresuré a enseñarle todo cuanto pude, imaginándome las maravillas que podría haber realizado al subir al trono de sus antepasados, superando incluso la grandeza de sus padres.

»En efecto, Amenhotep III era un gran rey: daba su merecido a los rebeldes en tiempo de guerra, dedicándose en tiempos de paz a la comida, la bebida y las mujeres, en época de prosperidad. Eso fue lo que acabó con él, pues llegado a un cierto punto cayó enfermo. Pasó malos ratos y la bondad de sus primeros tiempos se echó a perder. En cuanto a Tiy, era de una noble familia nubia. El tiempo daría a

conocer su sabiduría y su energía, que sobrepasaba a la de la mismísima Hatsepsut. A causa de los amoríos de su marido, y de la pérdida de su primogénito Thotmés, concibió un amor extraordinario por su hijo enfermizo, y se convirtió, más que en su madre, en su compañera y maestra. Era más que amor por la sabiduría, hasta que su ambición de poder fue causa de su deshonra. Los sacerdotes la acusaron de ser la primera responsable de la desviación religiosa de su hijo, aunque la verdad es que ella sólo quería acercar a su hijo a los dioses de su pueblo, y deseaba que Atón ocupase un lugar al lado de los otros dioses del imperio; es su calidad de sol la que infunde la vida en todos los rincones y une a sus siervos en la unidad de una religión al servicio de la política por el bien de Egipto, pero su hijo creyó en la religión olvidando la política, al contrario de lo que ella pretendía. Por naturaleza, se negó a poner la religión al servicio de ninguna otra cosa, ni a ponerlo todo al servicio de la religión. La madre condujo su política consciente y mesuradamente, sin embargo el hijo creyó a ciegas, y consagró su vida a la nueva fe, hasta el punto de sacrificar al pueblo, el imperio y el trono.

Calló un instante para apretarse el cinto azul que llevaba en torno al pecho. Su rostro parecía pequeño, comprimido entre sus cabellos postizos.

—Fue singular desde su más tierna juventud. Es como si hubiera nacido con la mente de un sacerdote ya maduro. Era milagroso, hasta el punto de que más de una vez me encontré discutiendo con él de igual a igual. Sus razonamientos eran apasionados como si brotaran de un manantial de agua caliente. En aquel débil armazón destacaba una voluntad de hierro que no tenía nada que ver con aquella debilidad. Este hecho me convenció de que el espíritu del hombre es más fuerte que sus músculos aunque éstos se fortalezcan y ejerciten una y mil veces. Se enamoró hasta un extremo inimaginable de los estudios religiosos, lo cual le perjudicó cuando ascendió al trono. No aceptaba una idea sin discutirla en profundidad, y nunca escondió sus dudas sobre muchas de las verdades y de las enseñanzas tradicionales. Una vez me dijo:

»—¡Tebas, decís que es una ciudad sagrada! No es más que un nido de comerciantes ambiciosos, libertinos y prostitutas, y ¿quiénes son esos grandes sacerdotes, maestro? ¿Acaso no son ellos quienes engañan a los humildes con supersticiones, quienes piden a los pobres parte de sus limitados ingresos, quienes seducen a los jóvenes con la excusa de bendecirlas, quienes han convertido su templo en un centro de corrupción y pendencia!

»Sus palabras me angustiaron, pues su dedo acusador me señalaba, llamándome maestro:

»—Ellos constituyen el fundamento sólido del trono.

»Exclamó enojado:

»—Un trono que se sustenta en la mentira y el embuste es indigno.

»Le advertí:

»—Tienen un poder que no se puede despreciar, como el ejército...

»Ironizó:

»—Los salteadores de caminos también tienen un poder que no se puede despreciar...

»De buen principio se opuso a Amón, el que mora en el sanctasanctórum, y se volvió hacia Atón cuya luz ilumina los dos mundos. Solía decir:

»—Amón es el dios de los sacerdotes, Atón es el dios del Cielo y la Tierra.

»Le respondía con ardor:

»—Tú debes ser fiel a todos los dioses.

»—¿Acaso no tenemos un corazón para distinguir la verdad de la falsedad?

»Le instigué:

»—Un día serás coronado en el seno de Amón.

»Extendió sus brazos delgados y preguntó:

»—¿Por qué no coronarme bajo los rayos del Sol, al aire libre?

»—Amón es quien guió a tus abuelos a la victoria.

»Se quedó pensativo un instante:

»—No entiendo cómo se puede orar a un dios para que extermine a sus criaturas.

»—Su sabiduría es ignota a los hombres.

»—El Sol brinda sus rayos a todas sus criaturas por igual.

»Insistí:

»—La vida es una lucha, no lo olvides.

»Me respondió tristemente:

»—Maestro, no me hables de lucha: ¿no has contemplado nunca el sol al amanecer sobre los campos y el Nilo? ¿Nunca has observado el crepúsculo? ¿Nunca has escuchado el ruido de los ruiseñores, ni el zureo de las palomas?... ¿Nunca has perseguido la santa alegría que se esconde en lo más profundo de nuestras vidas?

»Sentí que el tiempo se escapaba de mis manos, que aquel árbol estaba creciendo solo, y que yo me veía arrastrado a un atolladero. Comunicé mi preocupación a la reina madre Tiy, quien no compartió mi angustia:

»—Todavía es un niño inocente, Ay. Espera a que madure un poco: pronto empezará su educación militar.

»El joven sacerdote fue llamado a filas junto a los hijos de las familias dirigentes, como Horemheb, sin embargo, nunca se integró a ellos o bien no encontró la fuerza necesaria para ello. Odió al ejército: fue un fracaso indigno de un hijo de reyes. Decía con amargura:

»—No deseo aprender a matar.

»El rey se apenó mucho por aquello, y me dijo:

»—Un rey que no sabe combatir está a merced de sus generales.

»El muchacho me habló de la enemistad que se entabló entre él y su padre a raíz de aquello. Quizá fue a partir de aquel momento en que empezó a odiar a su padre, sentimiento que exagerarían más tarde los sacerdotes al acusarle de matar a su padre después de muerto, borrando su nombre de las lápidas. La verdad es que borró su nombre por estar asociado al de Amón; un indicio de eso es que él mismo cambió su propio nombre por el de «Akhenatón». Llegó al colmo de la excentricidad cuando renunció a todas sus raíces, en una noche única y extraña. Ello sucedió mientras se encontraba en el jardín de palacio, en su refugio en el que esperaba la salida del sol. Supe de qué se trataba cuando lo encontré aquella misma mañana. Era primavera, un día sin humedad ni viento del desierto.

»Nos miró con su rostro pálido y con ojos hechizados. Me dijo sin responder a mi saludo:

»—¡La verdad se ha revelado, maestro!

»Me sorprendió su aspecto, y entonces le pregunté a qué se refería:

»—Me encontraba en mi refugio, poco antes del amanecer, cuando la compañía de la noche me despedía y me bendecía el silencio, y he aquí que me sentí ligero, pareciéndome que la noche me arrastraba con ella. De la oscuridad nació un ser vivo que me saludó, y en mi interior sentí brillar una luz perfumada. Vi a todos los seres en un solo lugar que la vista podía abarcar, felicitándose en un murmullo, emocionados por la felicidad de la buena nueva, preparados para recibir la verdad que se aproximaba. Finalmente, me dije, he triunfado sobre el dolor y la muerte, mientras ríos de alegría se derramaban sobre mí, y la entera creación se introducía en mi pecho llenándolo con su dulce néctar. Escuché con toda claridad su voz que decía:

»—Yo soy el único dios, no hay más dios que yo, yo soy la verdad: apresúrate a venir a mi seno. Adórame a mí sólo. Entrégame tu ser, pues yo te he entregado mi amor».

»Nuestras miradas se encontraron durante un buen rato. Permanecí en silencio, desesperado:

¿Acaso no me crees, maestro?

»Dije sinceramente:

»—Tú no mientes nunca.

»Me respondió embriagado:

»—Entonces debes creerme.

»Le dije con ansia:

»—¿Qué es lo que viste?

»—Escuché la voz, en la fiesta de la aurora...

»Titubeé un instante:

»—Eso significa que no es nada...

»Me dijo con seguridad:

»—¡Es así como aparece el Todo cuando se manifiesta!

»—Quizá fuera Atón.

»—¡No, ni Atón ni el Sol; lo que hay detrás y por encima de todo eso es el dios único!

»Dije, perplejo:

»—¿Y dónde le adorarás?

»—En todas partes, en todo momento: él me dará fuerza y amor.

Ay enmudeció. Quise preguntarle si era Amón el dios de Akhenatón, pero recordé el consejo de mi padre y me contuve.

Como otros, tuvo dudas sobre su fe en los momentos difíciles, y quizás esto permanecerá en secreto por toda la eternidad. Ay prosiguió su historia:

—No tuve más remedio que informar al rey y a la reina de lo que pasaba. Después de algunos días encontré al príncipe esperándome en su jardín preferido. Me reprochó sonriendo:

»—¡Me has vuelto a delatar, como de costumbre, maestro!

»Respondí tranquilamente:

»—Era mi deber, príncipe.

»Rió:

»—Mi padre me mandó llamar. Fue un encuentro emocionante. Le conté mi experiencia y se enojó:

»—Haré que te visite el doctor Bintu.

»Le respondí con educación:

»—Me encuentro perfectamente.

»—No sé de ningún loco que reconozca su locura.

»Luego dijo en tono obstinado:

»—Egipto es el país de los dioses. Quien ostenta el trono debe adorar a todos los dioses de su pueblo; este dios del cual me hablas no es nada, y no merece ser añadido a los otros.

»Le repliqué:

»—Él es el dios único, y no hay más dios que él.

»Me gritó:

»—Eres un loco infiel.

»Insistí en mis ideas, y él me dijo, enojado, en un tono que me hacía presagiar todos los males:

»—Te ordeno que dejes de lado esas ideas y que regreses al patrimonio de tus antepasados.

»A continuación interrumpió la discusión para dedicarse a sus asuntos. La reina me habló con cariño:

»—Te está pidiendo que respetes tus deberes sagrados, no importa que tu corazón

siga latiendo por otros dioses. Ya llegará el momento en que vuelvas al camino recto.

»Abandoné aquel salón triste, maestro, aunque más decidido...

»Le dije sin ambages:

»—Un faraón es una combinación de nuestras sagradas tradiciones, no lo olvides.

»Mi corazón me decía que Egipto iba a pasar penas inimaginables, y que aquella familia divina que había liberado la patria y creado un imperio estaba al borde del abismo. En aquel momento, o quizás antes, aunque no estoy seguro del orden de los sucesos, me mandó llamar el faraón de Amón. Me dijo:

»—Tenemos un antiguo pacto, Ay, ¿qué es eso que cuentan?

»Como te he dicho, no recuerdo si ese encuentro tuvo lugar antes o después de que se difundiera la inclinación del príncipe hacia Atón o a raíz de su conversión al dios único.

»Le dije:

»—El príncipe está atravesando una edad difícil, es un hombre excelente, y los hombres de ese tipo a veces se dejan llevar por la imaginación, aunque luego la madurez los reconduce a la verdad...

»Apesadumbrado, me interrogó:

»—¿Cómo es posible que se haya revelado contra tu autoridad, siendo tú el mejor maestro?

»Me defendí:

»—Es muy difícil canalizar un río cuando se desborda.

»Su voz resonó:

»—¡Nadie en esta tierra tiene derecho a distraerse ni por un momento del destino de la fe, la patria y el imperio!

»Recordé mi perplejidad noche y día, a solas y con mi familia, formada por mi mujer Tiy, y mis hijas Nefertiti y Mut-Najmat. Mientras Tiy y Mut-Najmat acusaban al príncipe de impiedad, Nefertiti se ponía de su parte con una espontaneidad sorprendente, y me susurraba al oído:

»—¡Es la verdad, padre!

»Llegados a este punto, hay algo que decir sobre Nefertiti. Tenía casi la misma edad que Akhenatón, y como él poseía una inteligencia superior a la normal. Las dos chicas habían recibido una educación general y doméstica excelente. Sin embargo, la pequeña se conformó con dominar la lectura, la escritura, la aritmética y algo de teología, además de tejer y bordar, la cocina, el dibujo, la gimnasia y la danza religiosa. Nefertiti, además de todo eso, se adentró por propia voluntad en la religión y el pensamiento. Estaba también su inclinación hacia Atón, y lo más sorprendente es que creyó en el dios Akhenatón. Una vez se sinceró:

»—Él es el dios que me sacó de mi terrible aturdimiento.

»Con ello alzó las iras de su nodriza, Tiy, así como de su hermana, aunque de

distinta madre, Mut-Najmat, quien la acusó de herejía.

»En aquel tiempo, el rey celebró sus treinta años de reinado, y organizó una fiesta en palacio.

Por primera vez, llevamos con nosotros a las dos chicas. El destino quiso que el príncipe se enamorara de Nefertiti. Se casó con Akhenatón mientras nosotros observábamos perplejos los acontecimientos, sin creer lo que estaba sucediendo. El sacerdote de Amón me mandó llamar de nuevo, y me dijo en un tono significativo:

»—¡Te has convertido en un nuevo miembro de la familia real, Ay!

»Sentí que poco faltaba para que me considerara un adversario, y defendí al príncipe cuanto pude. Le dije:

»—Yo soy un hombre que nunca dejará de cumplir con su deber.

»Me dijo tranquilamente:

»—¡El tiempo nos dirá cómo es cada uno en realidad!

»Me pidió que le arreglara una cita con mi hija Nefertiti, lo cual hice, no sin amonestarla previamente. Sin embargo, ella no necesitaba ninguna clase de consejos, y se limitó a decirle palabras vacías sin revelar ningún secreto ni comprometerse a nada. Creo que la enemistad de los sacerdotes hacia mi hija empezó entonces.

»Nefertiti me dijo:

»—No fue una entrevista, padre, sino más bien una especie de competición secreta. El bribón decía defender al imperio, cuando en realidad defendía la comida, la bebida y la ropa que concernían al templo.

»En el horizonte se arracimaban nubes de tristeza. La lucha entre el rey y el heredero se hizo más cruenta, hasta que finalmente el rey me mandó llamar, y me dijo:

»—Quiero que el príncipe emprenda un viaje por todo el imperio para que conozca por sí mismo la realidad de la vida y de las gentes...

»Dije convencido:

»—¡Buena idea, mi señor!

»En aquel tiempo, el rey atravesaba la que sería una de las mejores etapas de sus últimos días, con una amante que habría podido ser su nieta, Tadu-Hepa, hija de Tushrata, rey de Mitanni, ¡aunque ello fuera en detrimento de su salud! En cuanto a Akhenatón, había abandonado Tebas acompañado de un grupo de jóvenes pertenecientes a la flor y nata de la sociedad. Era un grupo sorprendente, lleno de deseos revolucionarios. Se dirigían a sus propios esclavos, en las plazas o en los campos, con palabras afables y amistosas que les dejaban perplejos. Sin duda esperaban tener que rendir cuentas ante un dios poderoso que les miraría de arriba abajo, o quizá no les miraría en absoluto. Por donde pasaban acusaban a los hombres de religión, se burlaban de sus prácticas y despreciaban sus rituales, que incluían sacrificios humanos, y anunciaban al dios único, la energía existente en lo más íntimo

de la creación, la energía creadora de todo por igual, que no distinguía entre siervos y señores en Egipto. Era una exhortación al amor, la paz y la alegría, en la que afirmaban que el amor era ley de vida, que el objetivo era la paz y que la alegría era un signo de gratitud de las criaturas hacia su creador.

»Por doquier despertaron emoción y perplejidad fervientes. Me atemoriqué hasta el punto de preguntarle:

»—Príncipe, estás arrancando el imperio de cuajo para esparcir sus restos al viento.

»Me interrogó riendo:

»—¿Cuándo penetrará la fe en tu corazón, maestro?

»Le respondí con amargura:

»—Has atacado a las religiones que respetaron mis antepasados y que predicaban la igualdad, el amor y la paz; para los siervos, eso no será más que una incitación a la rebeldía y la desobediencia.

»Reflexionó un instante y luego preguntó:

»—¿Por qué la gente inteligente cree tan firmemente en el mal?

»Le respondí resignado:

»—Creemos en la realidad.

»Sonrió:

»—Maestro, yo viviré para siempre en la verdad.

»En ese momento un mensajero nos anunció la muerte del gran rey Amenhotep III.

* * *

Llegados a este punto me fueron narradas las noticias del retorno, los funerales, y la investidura en el trono de sus antepasados con el nombre de Amenhotep IV, cómo su esposa Nefertiti recibió el título de gran reina, y cómo el nuevo rey les mandó llamar para exponerles su nueva religión, y cómo ellos proclamaron su nueva fe. Cómo, en consecuencia, May fue nombrado general del ejército de fronteras, Horemheb jefe de la policía, y él, Ay, consejero del trono. El rey heredó el harén de su padre, como está prescrito, ¡pero lo conservó intacto! Disminuyó los impuestos, y utilizó el amor en lugar del castigo. Cómo empeoró su situación respecto de los sacerdotes de Amón, hasta que finalmente su dios le ordenó que le construyera una nueva capital. Ay se detuvo, cuando me hablaba de la conversión de la gente al nuevo dios, y observó:

—¡Oirás decir muchas cosas, y muy contradictorias, pero en realidad nadie conoce los secretos del corazón!

Parecía que se sintiera obligado a desvelarme el secreto de su propio corazón, y me dijo:

—¡Por lo que a mí respecta, creí en el nuevo dios como uno más entre los dioses, considerando que no era lícito oponerse a la libertad de conciencia!

Sobre la política del amor, le dijo a su señor:

—Cuando los funcionarios se vean libres de castigo, se corromperán, y serán un tormento para los pobres.

Sin embargo, el rey le respondió confiado:

—Todavía tienes poca fe: verás con tus propios ojos de lo que es capaz el amor. Mi dios no me desampará nunca.

* * *

Ay continuó su relato:

—Nos trasladamos a Akhetatón, la nueva capital. Nunca hubo ni habrá ciudad más bella. Realizamos la primera oración en el templo que se erguía en el centro de la ciudad. Nefertiti, resplandeciente de belleza y juventud, tomó la cítara para cantar con su dulce voz:

*Ven, principio de vida,
la tierra está llena de tu belleza
¡Me has encadenado con tu amor!*

Los días que siguieron fueron como un sueño, llenos de felicidad, alegría, amor y relajamiento. En verdad el corazón de todos se abrió a la nueva fe. Sin embargo, el rey no olvidó su misión. En nombre del amor, la paz y la alegría, emprendió la guerra más devastadora en la historia de Egipto. No tardó en hacer cerrar los templos. Desterró a los dioses e hizo borrar sus nombres de las lápidas. Incluso cambió su nombre, y emprendió sus famosos viajes por todo el país para hacer proselitismo a favor de su religión, la religión del amor, la paz y la alegría. Me sorprendió ver cómo en todas partes era recibido con entusiasmo y amor. Su imagen, junto a la de Nefertiti, se imprimió en los corazones como no lo había hecho ningún otro faraón, pues antes la gente oía hablar de ellos sin verlos.

»Más tarde la tristeza empezó a arrastrarse entre nosotros, despacio al principio, más tarde como una cascada: alargó sus garras primero hacia su hija más querida, la segunda, la bella Mikitatón. Su muerte lo apenó muchísimo. Sus lágrimas fueron incluso más abundantes que cuando murió su hermano Thotmés durante su infancia. Exclamaba, desde su corazón herido:

»—Dios mío, por qué..., dios mío, por qué.

»Parecía hallarse incluso al límite de la infelicidad.

Más tarde corrieron las noticias sobre la corrupción de los funcionarios y, en los

mercados, los lamentos de los pobres llegaron a nuestros oídos. Luego, se supo que los pueblos sometidos se estaban rebelando, y que los enemigos acechaban en la frontera del imperio, hasta que fue asesinado nuestro amigo Tushrata, el rey de los Mitanni... el padre de Tadu-Hepa.

»Insistí en mis consejos:

»—Hay que limpiar el interior y enviar el ejército a las fronteras a defender el imperio...

»Le encontré impertérrito y firme, no quería ceder ni desistir. Me respondió:

»—Mi arma es el amor, Ay, ten paciencia y espera...

»¿Qué explicación tenía ese fenómeno tan extraño?

»Los sacerdotes lo acusaban de locura, y algunos de sus hombres de confianza se unieron a esas acusaciones en los últimos momentos de crisis. Yo no supe qué partido tomar, pero siempre rechacé y sigo rechazando esa acusación. No estaba loco, aunque no era como el resto de los hombres. Era algo entre una cosa y la otra, algo que no sé explicar. La reina madre, Tiy, vino a visitarnos, lo cual causó al rey una alegría inimaginable. Organizó un recibimiento nunca visto en Akhetatón. Acomodó a la reina en un palacio construido especialmente para ella al sur de Akhetatón, y que estuvo vacío hasta que ella llegó. Me mandó llamar, y sentí mucho comprobar cómo su salud había empeorado, y cómo había envejecido el doble de lo que por edad le correspondía. Me dijo:

»—He venido para tener una larga conversación con él, pero creo que es mejor hablar antes con sus hombres.

»—Nunca he dejado de cumplir con mi obligación de fiel consejero.

»—Te creo, Ay. Sin embargo, nuestra tradición no puede echarse a perder en vano. Quiero que me hables con sinceridad, ¿permanecerás fiel a mi hijo pase lo que pase?

»—No tengáis ninguna duda.

»—¿Podrías apartarte de él, llegando un momento en el que te consideraras exento de tu lealtad?

»Dije sinceramente:

»—Soy un miembro de su familia, y no le abandonaré nunca.

»Suspiró:

»—Gracias, Ay. Corren tiempos difíciles. ¿Crees que los otros serán tan leales?

»Pensé un poco y respondí:

»—Sobre algunos no me cabe ninguna duda.

»Murmuró:

»—Me interesaría conocer tu opinión sobre Horemheb en concreto.

»—Es un fiel general, compañero de infancia del rey...

»Me interrumpió con pesar:

»—Él es quien me preocupa, Ay...

»—Quizá porque es quien tiene más poder; sin embargo, no es menos fiel al rey que Miri-Ra.

»Llegó el momento de su audiencia con el rey, pero fracasó como todos nosotros. Regresó a Tebas decepcionada, su salud empeoró en poco tiempo y murió, dejando tras de ella una historia real terrible.

»Las cosas fueron de mal en peor, hasta que todas las provincias se rebelaron contra el poder real, y quedamos asediados en una cárcel llamada Akhetatón, ¡junto a nuestro dios único! Todos presentíamos la inminente catástrofe menos Akhenatón, que repetía confiado:

»—¡Mi dios no me desampará!

»El gran sacerdote de Amón atacó la ciudad, amparado en un poder al que nunca antes nos habíamos enfrentado. Yo fui el primero a quien visitó. Me sorprendí al verle, disfrazado de comerciante.

»Le dije:

»—¿Por qué te escondes, si sabes que el rey no odia a nadie?

»No hizo caso de mis palabras, y me dijo tajantemente:

»—Organízame un encuentro con los jefes...

»Nos reunimos en el jardín del palacio de la gran reina Tiy, conscientes de que nos hablaba desde una posición de fuerza, y que nos exigiría que colaboráramos para evitar el derramamiento de sangre. Nos abandonó después de haber lanzado su última amenaza como una víbora arrastrándose bajo nuestros pies. Fui incapaz de explicarme su comportamiento, pues no conocía bien a aquel hombre. A través de él descubrí una realidad que desconocía, y es que no estaba seguro de la lealtad de todos los ejércitos de las provincias y recelaba del resultado de la perniciosa anarquía que podía terminar con una derrota o con una victoria demasiado cara. Me convencí de que el peligro que le amenazaba no era menor que el que nos amenazaba a nosotros, y que en cualquier caso era Egipto el que salía perdiendo. La sesión no terminó con su partida. Todos sabíamos que teníamos que tomar una decisión.

Muy a mi pesar, tuve que interrumpirlo por primera vez para preguntarle:

—¿Quién asistió a esa reunión?

Sus ojos se empequeñecieron, aturdidos:

—Ya no me acuerdo, han pasado muchos años. Pero entre ellos estaba Horemheb, Nakht, y quizá Tutu, el encargado de las comunicaciones. En cualquier caso, Horemheb fue el primero en hablar:

»—Yo soy su amigo, y el encargado de su guardia.

»Sus ojos marrones recorrieron todo el grupo, e insistió tranquilamente:

»—No hay más remedio que tomar una decisión, por el bien de la patria.

»Nadie se atrevió a oponerse. Pedimos una audiencia oficial. Saludamos a su

alteza como era debido. Akhenatón sonreía. En cuanto a Nefertiti, estaba rígida, sin su habitual esplendor. Akhenatón se dirigió a nosotros:

»—¡No lleváis buenas intenciones!

»Horemheb dijo:

»—Estamos aquí por el bien de Egipto.

»Replicó seguro y tranquilo:

»—Yo trabajo por el bien de Egipto y el de todo el mundo.

»Dijo Horemheb:

»—El país se encuentra al borde de una guerra devastadora. Hay que tomar una decisión firme para ahorrarle los horrores de la destrucción.

»El rey preguntó:

»—¿Tenéis alguna propuesta?

»—Hay que proclamar la libertad de culto, ordenar al ejército de las fronteras que defienda al imperio...

»El rey sacudió la cabeza, ceñida con la corona de los dos imperios, y dijo:

»—Eso significa volver a la impiedad. Yo no tengo derecho a tomar decisiones, sino a cumplir la voluntad de mi dios, el único creador.

»Horemheb dijo, con valentía:

»—Tienes derecho a conservar tu fe, pero en ese caso deberás renunciar al trono...

»Sus ojos brillaban como la luz del sol, e insistió:

»—¡Cómo iba a traicionar de ese modo a mi dios adorado, renunciando al trono!

»Akhenatón volvió sus ojos hacia mí y tuve la sensación de adentrarme en las profundidades del infierno. De todas maneras, intervine:

»—Es el único modo de defenderte a ti mismo y a tu fe.

»Dijo tristemente:

»—¡Idos en paz!

»Sin embargo, Horemheb dijo:

»—Te dejamos un plazo para reflexionar.

»Abandoné el salón del trono con los otros, apurado por una angustia que no me ha dejado hasta hoy. En los días siguientes acontecieron sucesos importantes. Nefertiti huyó del palacio del faraón y se refugió en el suyo, al norte de Akhetatón.

»Me entrevisté con ella para interrogarla, pero brevemente me dijo:

»—No abandonaré mi palacio hasta que muera.

»Se negó a añadir nada más. En cuanto a Akhenatón, anunció que su hermano Samankhara ocuparía el trono junto a él. Sin embargo, los sacerdotes de Tebas juraron fidelidad a Tutankhamón, el segundo hermano, anunciando con ello su desobediencia a Samankhara y al mismo Akhenatón. Parecía que no había elección: o aceptar la realidad o la guerra. Horemheb se entrevistó con el rey, pero éste insistía en

su posición. Le dijo:

»—No traicionaré a mi dios, pues él no me ha desamparado. Permaneceré en mi trono, aunque esté solo...

»—Mi señor, os pedimos permiso para huir de Akhetatón y regresar a Tebas, así se reunificará el país y conseguiremos alejar el fantasma de la destrucción. Os aseguro que no permitiré que el odio se apodere de nadie, vivo o muerto. No nos mueve más que el deseo de salvar el país y de salvaros a vos.

»Akhenatón dijo, en un arrebato de decisión y coraje:

»—Haced lo que os parezca, no culparé a nadie por su poca fe. No necesito los cuidados de nadie. Mi dios está conmigo, y no me desampará.

»Llevamos a cabo nuestra decisión en silencio y con tristeza. La gente de la ciudad nos imitó en seguida, hasta que no quedó nadie en ella, más que Akhenatón en su palacio y Nefertiti en el suyo, así como un puñado de vigilantes y esclavos. La enfermedad no tardó en apoderarse de aquel cuerpo que no había conocido el descanso desde su juventud, y murió solo, murmurando mientras agonizaba:

*Oh, creador de los óvulos de las mujeres,
Creador del semen de los hombres,
Que das la vida al feto en el vientre de la madre.
Quien te recuerda no conoce la soledad.
Cuando te ausentas de la mente,
La tierra se ensombrece,
Como muerta.*

Ay se detuvo, como para volver en sí, perdido como estaba en la corriente de sus recuerdos. Luego me miró con ternura, diciendo:

—Esta es la historia de Akhenatón, a quien hoy maldicen y llaman el Hereje. No deseo minimizar los daños que cayeron sobre su pueblo por su causa, pues perdió su imperio, y las supersticiones lo despedazaron. Sin embargo, te confieso que no puedo borrar de mi corazón el amor y la admiración por él. Dejemos la sentencia final para el tribunal de Osiris, juez del mundo eterno.

* * *

Abandoné el palacio del sabio Ay, convencido de que la sentencia final en su caso tampoco se conocería sino cuando su corazón se encontrara sobre el plato de la balanza, ante el trono de Osiris.

HOREMHEB

De media altura, constitución sólida, su aspecto sugería energía y determinación. Procedía de una familia media de la casta sacerdotal, rica en médicos, sacerdotes y generales. Su padre fue el primero en ascender a la clase dirigente, al adquirir el rango de «jefe de jefes» en la corte de Amenhotep III. Fue el único hombre de Akhenatón que conservó su empleo como jefe de la policía en la nueva situación. Fue el encargado de acabar con la corrupción en el país y devolver la paz a sus provincias, en lo cual tuvo un éxito notable. El gran sacerdote de Amón testificó a su favor, apoyado por Ay el sabio, que había sido un héroe en los momentos difíciles, en el drama de tiempos pasados. Me recibió en la sala de recepción, al lado del jardín de palacio, y empezó a hablar del Hereje diciendo:

—Fue el compañero de mi infancia, mi amigo, antes de ser mi señor. Desde que le conocí hasta el instante del último saludo, no tuvo en la cabeza más que la religión.

Se detuvo un instante para aunar sus recuerdos:

—Le respeté como era debido desde que le conocí. Mi educación me obliga a santificar el deber, y a poner cada cosa en su lugar sin tener en cuenta mis sentimientos personales. Él era el heredero y yo uno de sus súbditos. Le respetaba aunque en mi interior le despreciase, debido a su debilidad, a lo afeminado de su rostro y de su cuerpo. No puedo imaginarme siendo su verdadero amigo, aunque en realidad llegué a serlo en todo el sentido de la palabra. Me pregunto cómo fue posible. Quizá porque no fui capaz de oponerme a sus sentimientos refinados y educados, dotados de una magia irresistible. Tenía una capacidad extraordinaria para cautivar y atar el corazón de la gente: ¿acaso no le respondió el pueblo cuando le llamó a traicionar al dios de sus padres y abuelos? Ambos estábamos en extremos opuestos, lo cual no impidió que nuestros sentimientos tomaran cuerpo en una forma sincera y sólida, resistente para siempre hasta que topó finalmente con un escollo infranqueable. Todavía me parece oírle cuando me decía sonriente:

»—Horemheb, animal sediento de sangre, te quiero.

»En vano intenté encontrar algo que tuviéramos en común. A menudo le invité a ir a cazar, mi deporte favorito, y siempre me contestaba:

»—No mancilles el amor que late en el corazón de la creación.

»No le gustaban las maneras del ejército. Mirando mis pantalones cortos, mi casquete y mi espada, me decía irónico:

»—¿No es extraño que se entrene al asesinato a la gente educada, y que luego ésta lo lleve a cabo?

»Una vez le dije:

»—¿Sabes lo que decía tu gran abuelo Thotmés III sobre eso?

»Exclamó:

»—¡Mi gran abuelo! Construyó su grandeza sobre una pirámide hecha con los cadáveres de los pobres. Mira su imagen esculpida en el templo mientras ofrece los

prisioneros en sacrificio a Amón. Qué gran abuelo y qué dios sanguinario...

»Me decía a mí mismo que se le podía aceptar como amigo, a pesar de sus extrañas ideas, pero ¿cómo podía ocupar el trono con ellas? Nunca la acepté como a uno de los faraones de Egipto, y jamás cambié de opinión, ni siquiera en los momentos de mayor alegría y felicidad. Es más, quizás era en esos momentos cuando me parecía más alejado de la reverencia y la gloria eterna de los faraones. Sucedió que fui llamado a reprimir una revuelta en un extremo del imperio, en mi primera campaña como general. Nuestra victoria fue aplastante y regresamos con un gran botín y numerosos prisioneros. Fui debidamente recompensado por mi señor Amenhotep III. El príncipe me felicitó por haber regresado sano y salvo, y yo le invité a ver a los prisioneros. Pasó revista mientras ellos estaban en pie, semidesnudos, con gruesos grilletes en los tobillos. Los contempló durante un buen rato, mientras ellos lo miraban implorantes, como si palparan su debilidad de espíritu en su mirada. Una nube de tristeza cubrió su rostro, y les dijo con delicadeza:

»—Estad tranquilos, pues no se os hará ningún daño.

»Eso me desorientó, pues había imaginado para ellos toda suerte de castigos para que se acostumbraran al orden y al trabajo. Cuando regresamos juntos, me preguntó sonriendo:

»—¿Estás satisfecho con lo que has hecho, Horemheb?

»Le respondí sin ambages:

»—¡Tengo derecho a estarlo, príncipe!

»Murmuró misteriosamente:

»—¡Vaya un problema!

»Enseguida se rió y me dijo bromeando:

»—¡No eres más que un salteador de caminos, Horemheb!

»Ese era el heredero elegido para el trono. Y a pesar de todo, me arrastró en su amor y su amistad, incitándome a seguir sus ideas, que sin embargo no me influyeron nunca como aquel que sigue a una voz extraña e inhumana. Todavía hoy me pregunto perplejo cómo fue posible. Respecto a esto recuerdo una discusión religiosa que tuvo lugar en su refugio, en el jardín de palacio. Me preguntó:

»—Horemheb, ¿por qué rezas en el templo de Amón?

»La pregunta me sorprendió, sobre todo porque no tenía una respuesta satisfactoria ni para él ni para mí. Al comprobar mi silencio, me preguntó:

»—¿Crees realmente en Amón y en lo que de él dicen?

»Pensé un poco y respondí:

»—No como cree la otra gente.

»Dijo seriamente:

»—O se cree o no se cree, no hay término medio.

»Me sinceré:

»—No me interesa la religión sino como una más de las sólidas tradiciones de Egipto.

»Me dijo con una seguridad sorprendente:

»—Tú te adoras a ti mismo, Horemheb.

»Le desafié:

»—Querréis decir que adoro a Egipto.

»—¿No tienes ninguna curiosidad por conocer los secretos de la creación?

»Le respondí amargamente:

»—Sé cómo apagar esa curiosidad.

»—Qué lástima, ¿y qué has hecho por tu espíritu?

»Le dije, harto de su acoso:

»—Yo santifico lo que es necesario: ¡ya tengo mi cementerio!

»—Espero que un día experimentes la alegría de la Epifanía.

»Le pregunté sorprendido:

»—¿La Epifanía?

»—La Epifanía del único creador del universo.

»Le pregunté con un cierto desprecio:

»—¿Y por qué iba a ser único?

»Me respondió confiado:

»—Es demasiado fuerte y sublime para tener compañeros.

»Aquel joven demacrado, que huía del palacio para refugiarse en una tienda en el jardín, apasionado por el canto, las flores y los pájaros como una muchacha bien educada, ¿por qué no nació hembra? La naturaleza pensó en ello, pero cambió de opinión en el último momento, para mayor desgracia de Egipto.

Horemheb permaneció en silencio por un momento y luego prosiguió:

—Su destino se confirmó al casarse con Nefertiti. Ella se presentó por primera vez en palacio durante la celebración de los treinta años de reinado del rey. Todo el mundo quedó prendado de su belleza y sensibilidad. Bailó en compañía de las hijas de los grandes señores, y cantó con voz suave:

*Hermano, qué bello ir a la laguna
y bañarme en tu presencia
para que me veas, bella en mis finas ropas de lino,
cuando se mojan y se adhieren a mi cuerpo.
¡Ven y mírame!*

»Sin duda, Ay y su mujer Tiy habían presentado a su hija, allanando su camino hacia el trono. No olvides que Ay era el preceptor y consejero del príncipe, y sin duda tuvieron ocasión de influir en su carácter débil y enfermizo para inclinarlo hacia la

herejía. En cualquier caso, Nefertiti consiguió durante aquella fiesta deslumbrar al príncipe y a su madre al mismo tiempo. Muy pronto se casó con él. Recuerdo que durante la boda el sacerdote de Amón me dijo:

»—Esperemos que el matrimonio arregle lo que estropeó la temeridad de la juventud.

»Le respondí fríamente:

»—Como ves, es de familia humilde. ¡No soñaba con el trono, y no se atreverá nunca a contrariar a su marido el rey!

»¡Me pregunto si Nefertiti lo hubiera aceptado como marido de no haber sido el heredero al trono! Está claro que no podía ser el príncipe azul de nadie, ¡ni siquiera de una humilde campesina! Después de la boda, el príncipe empezó con más energía a desafiar las tradiciones. Supe, a destiempo, de la pretendida revelación de su dios, así como de las voces que decía oír, y vi cómo el futuro se hacía más y más oscuro. Al incrementarse la tensión, el rey se enojó y le mandó a visitar el imperio.

* * *

Llegados a este punto, me contó con profusión de detalles las discusiones religiosas, sus contactos con sus súbditos para anunciar la buena nueva de la igualdad, el amor y la nueva religión, sin añadir nada nuevo a lo que me había contado el sabio Ay.

* * *

Comentando los hechos, me dijo:

—Por primera vez, a pesar de mi amistad y fidelidad, deseé matarlo con mi propia espada antes que permitir que nos arrastrara a la destrucción. Lo cierto es que lo deseé sin albergar hacia él ningún sentimiento de odio. Amenhotep III murió y el príncipe fue llamado a ocupar el trono como Thotmés III. Lo primero que hizo fue llamar a sus hombres uno a uno para instruirlos en la nueva religión. Cuando llegó mi turno, me dijo:

»—Quien quiera colaborar conmigo deberá profesar la fe en el dios único, Horemheb.

»Con mi habitual franqueza, le dije:

»—Mi señor, mi opinión sobre el dios único os es bien conocida, de todos modos declaro mi fe en el dios único en señal de fidelidad al trono y servicio a la patria...

»Sonrió:

»—Eso me basta por ahora. Mi palacio no puede prescindir de ti, Horemheb. Algún día recibirás la gracia de la fe.

»Empezó una nueva vida al servicio del nuevo rey y del nuevo dios, con una

fidelidad total y especial, porque se basaba solamente en la fe en el deber.

Sin embargo, debo admitir que el rey dio muestras de una energía escondida que no había dado a conocer anteriormente. A pesar de la debilidad de su cuerpo y de su moral afeminada, poseía una determinación desafiante como una lengua de fuego, sin que se supiera de dónde la había sacado. Con ella combatió a los hombres más poderosos, a los sacerdotes. Con ella derruyó las tradiciones más antiguas y firmes, la magia y la superstición. Nefertiti demostró poseer una gran capacidad, como si hubiera nacido para ser una gran reina como Tiy y Hatshepsut. Ella administraba los asuntos del rey mientras él se ocupaba de su misión. Me pareció siempre, en conjunto, que tenía una fe sincera en la nueva religión, fe que desgraciadamente, superó todo lo inimaginable. Es verdad que se ha dicho sobre esta mujer todo lo que se podía decir, y yo detesto repetir las habladurías; sin embargo, su fe sigue siendo un enigma sin resolver. Sólo a veces me asaltan dudas sobre su sinceridad: ¿acaso fingía para conservar su alta posición? ¿Acaso ella era quien le enardecía para reservarse para ella misma los asuntos terrenales y los súbditos? ¿Tuvo su padre algún papel en todo ello, actuando a través de su hija? Los sacerdotes intentaron hacerle reflexionar sobre las consecuencias, pero fracasaron, y luego volcaron sobre ella su odio hasta el día de hoy. Creían en la debilidad de Akhenatón, y no comprendieron su capacidad de desafío, de lucha y de invención. Por eso acusaron a su madre Tiy de haber creado su pensamiento, como acusaron a Nefertiti de ser el secreto de su obstinación y dureza. Es una imagen falsa. Debes registrar todas las partes, pero no dudes de que todos los hilos salieron de la cabeza del mismo Akhenatón. Al trasladarse a la nueva capital, Akhetatón, el rey declaró la guerra a todos los reyes. Empezó a difundir su misión religiosa por todas las regiones. Tuvimos días de victoria, felicidad y tranquilidad hasta que nos pareció que aquel joven deprimente estaba destinado a destruir el mundo y a reconstruirlo a su imagen y semejanza. Seguí sus incursiones en las regiones, y con qué fascinación le recibían las muchedumbres. Se percibía en el aire una nueva energía ejercida con una dignidad sorprendente. De todas maneras, nunca dejé de tener dudas sobre el nuevo mundo que se estaba creando en lo que bien parecía un saqueo. ¿Resistiría este nuevo orden el paso del tiempo? ¿Acaso el sueño del amor, la paz y la alegría podría ser la balanza del mundo? ¿Dónde quedarían las verdades y las experiencias de la vida? Un día me dijo Nefertiti, leyendo mis pensamientos:

»—Él está inspirado, y su dios, el que lo ha colmado de amor, no le traicionará, venceremos...

»Un día me encontraba a solas con el ministro Nakht, en una reunión de alegría y bebida, cuando todavía creía en su capacidad para la política. Le pregunté:

»—¿De veras crees en el dios único, el dios del amor y la paz?

»Me respondió tranquilamente:

»—Sí, pero no estoy de acuerdo en atacar a los otros dioses.
»Le dije satisfecho:
»—Una solución intermedia, ¿no se lo has aconsejado a él?
»—Claro, pero él lo considera infidelidad.
»—¿Y Nefertiti?
»Me respondió contrariado:
»—Ella habla su misma lengua...

* * *

Pasó a describirme con pelos y señales cómo la situación dio un vuelco tanto en el interior como en el exterior, sin añadir nada a lo que me habían contado el gran sacerdote de Amón y el sabio Ay.

* * *

Luego dijo:

—En aquella ocasión le aconsejé: «Debemos cambiar de política», pero él, ebrio de entusiasmo, se oponía a cualquier acción que sugiriese retirada. Me dijo:

»—Es necesario proseguir esta batalla divina hasta el final, pues éste no puede ser más que la victoria.

»Dándome unas palmaditas en la espalda, continuó:

»—No imites a los miserables en su amor a la miseria.

»Cuando las cosas empeoraron, tuve de nuevo tentaciones de matarle con mi propia espada para salvar al país de su locura. Deseé matarle en nombre del amor y de la fidelidad. De pronto vi claramente que lo que yo había tomado por una gran energía que nacía de las profundidades de un cuerpo débil no era más que una estúpida locura que era necesario rodear y atar. En el punto más álgido de la crisis me visitó la reina madre Tiy y me invitó a visitarla en su palacio situado al sur de Akhetatón. Me dijo:

»—Voy a tener una larga conversación con el rey.

»Le dije con toda franqueza:

»—Quizá consigáis lo que no hemos conseguido nosotros.

»Me miró con la profundidad que le era habitual:

»—¿Acaso los hechos os han obligado a darle nuevos consejos sobre la situación?

»Me apresuré a responderle porque ya sabía cómo solía interpretar cualquier titubeo en las respuestas:

»—Mi señora, le sugerí un cambio en la política tanto interior como exterior.

»Dijo satisfecha:

»—Es lo que se espera de gente honesta como tú.

»—Él es mi señor y mi amigo como sabéis, mi señora.

»Me escrutó de nuevo con su mirada y entonces me preguntó:

»—Horemheb, ¿me prometes que le serás siempre fiel, en cualquier circunstancia?

»Mi mente trabajaba a toda velocidad:

»—Juro fidelidad a él no importa cuáles sean las circunstancias.

»Sin esconder su satisfacción, me dijo:

»—Exigen su cabeza, y tú eres el hombre fuerte que la protege, seguramente intentarán captarte, tarde o temprano.

»Reiteré mis promesas de amistad y fidelidad, y siempre las mantuve, pues me convencí de que la mejor manera de protegerlo era librarse de él. Tiy fracasó en su misión, a pesar de su reconocida influencia sobre él. Abandonó Akhetatón para morir en un suspiro eterno. Sobre nosotros, en la ciudad del nuevo dios, se estrechó el cerco, y se confirmó que el nuevo dios era incapaz de defenderse a sí mismo, por no decir a su amado y elegido.

»Tuvimos que sufrir privaciones, y la muerte nos acechaba por todos lados. Sin embargo, ello no debilitó su resistencia, sino que aumentó su tozudez y su obstinación. Su éxtasis religioso no disminuyó, y repetía a menudo:

»—¡Mi dios no me desampará, hombres de poca fe!

»Cada vez que contemplaba su rostro reluciente de éxtasis y confianza me parecía más clara su locura. No era una batalla religiosa como podía parecer desde fuera, sino una locura anárquica que hervía en la cabeza de un hombre nacido con una aureola de excentricidad.

»Después vino la visita del sacerdote de Amón, y su última advertencia. Cogió mi mano con fuerza y dijo:

»—Tú eres el hombre del deber y la fuerza, Horemheb, salva tu conciencia y haz lo que debes.

»La verdad es que aprecié mucho que estuviera más allá de las represalias y de la venganza y que pensara en salvar al país de la destrucción completa. Pedimos una audiencia. Fue difícil, dolorosa, triste. Rompimos nuestra fidelidad hacia un hombre que no pensaba más que en el amor. Su locura le había dibujado un sueño extraordinario que pretendía que compartiéramos en una felicidad imaginaria. Le propuse que proclamara la libertad de credo y se ocupara inmediatamente de la defensa del imperio. Al negarse, le propuse que renunciara al trono y se dedicara a difundir su religión. Lo dejamos solo para que reflexionara sobre la cuestión. Samankhra compartía con él el trono, mientras Nefertiti lo había abandonado. Él, sin embargo, no dio un paso atrás en su determinación. Decidimos librarnos de él y unirnos al otro bando, para devolver la unidad a la patria, después de haber acordado

que nadie le haría daño, ni a él ni a su esposa. Juré fidelidad al nuevo rey Tutankhamón, y las tinieblas se cernieron sobre el mayor drama que escindió el corazón de Egipto. ¡Mira lo que hizo aquel loco con la gloria de nuestra noble y antigua tierra!

Nos quedamos definitivamente en silencio, mientras recogía mis papeles para marcharme. Todavía le pregunté:

—¿Cómo explicas que Nefertiti lo abandonase?

Respondió sin titubear:

—¡Sin duda se dio cuenta de que su locura iba más allá de la fe, y abandonó palacio para salvar su vida!

—¿Y por qué no abandonó la ciudad con vosotros?

Dijo con desprecio:

—¡Estaba segura de que los sacerdotes la consideraban la principal responsable del gran crimen!

Le pregunté mientras me despedía:

—¿Cómo murió?

—Su debilidad no le permitió superar la derrota. Cuando su dios le abandonó, sin duda su fe resultó dañada. Enfermó por algunos días y luego murió.

Vacilé un instante y le pregunté:

—¿Cómo recibisteis la noticia de su muerte, general?

Su rostro se ensombreció:

—¡Ya he hablado lo suficiente!

El escultor Bek vive en una isla del Nilo dos millas al sur de Tebas, en una casita elegante en medio de un pequeño campo cultivado. Vive en semirreclusión, a pesar de su reconocida capacidad artística, porque no se le ha llamado a la reconstrucción del nuevo Estado, debido a su fidelidad a su señor precedente o, aún más, por ser acusado de impiedad hacia los antiguos dioses. Tiene ya unos cuarenta años, es alto y delgado, fuerte y activo. Su tez es oscura y su cálida mirada está cubierta por un velo de tristeza. Sonrió mientras leía la carta de mi padre y luego me miró y dijo:

—El espíritu de la belleza se apagó cuando él se fue. La belleza de los colores y de las melodías desapareció. Lo conocí cuando yo era un chiquillo, aprendiz de escultor en la escuela de mi padre, Man, el escultor-jefe del rey Amenhotep III. Un cierto día apareció el chico llevado en un baldaquín. Mi padre me susurró al oído:

»—¡El heredero!

»Vi al muchacho de mi misma edad, flaco y débil, de mirada penetrante, sencillo y complaciente, apasionado por el lenguaje milagroso de las piedras. Venía a ver y aprender, y sus palabras dulces y afectuosas enseguida te hacían olvidar que estabas hablando con un hijo de los dioses.

»Nos visitó con asiduidad en días determinados y creció entre nosotros una amistad que mi padre bendijo con orgullo y que me proporcionó la máxima felicidad. Mi padre me decía:

»—¡Es un hombre maduro de corta edad, Bek!

»En efecto, así era. Incluso el gran sacerdote Amón reconocía su precoz madurez aunque, a su manera, la atribuyera a una fuerza maligna. No señor. La fuerza maligna anida en el corazón de los sacerdotes. El corazón de mi señor y maestro no conocía el mal: quizá fue ese el secreto de su drama. Cuando creció, discutía con mi padre, que estaba esculpiendo una estatua de Amenhotep III. Le decía, siguiendo el trabajo de mi padre y sus colaboradores:

»—Vuestras tradiciones, maestro, ahogan vuestros espíritus...

»Mi padre respondió orgulloso:

»—Con las tradiciones, derrotamos al tiempo, príncipe.

»Mi señor exclamó extasiado:

»—Con cada nuevo sol nace una nueva belleza.

»Se acercó a mí y me susurró:

»—Bek, ésta no será una fiel estatua de mi padre: ¿dónde está la verdad?

»Se refería a la verdad por la cual vivió y murió. Desde su tierna infancia se agolparon en su espíritu las voces del más allá, como si en él encontraran una salida cada vez que se resplandor resultaba incontenible. Un día me dijo:

»—Te quiero, Bek, insiste en tus estudios para que puedas ser mi hombre en el terreno creativo.

»Lo cierto es que yo se lo debo todo a mi señor y maestro, le debo la religión y el

arte al mismo tiempo. Encaminó mis sentidos a la religión de Atón para después abrir mi corazón al único creador, cuya voz le reveló la fe y el amor:

*Iluminas la tierra con tu luz
y las tinieblas desaparecen.
Oh, creador del cielo y de la tierra,
del hombre y de las bestias.*

Un día en que estábamos solos entre la cantera y la escuela, le dije lleno de alegría:

»—Príncipe, quiero dar testimonio de mi fe en vuestro dios...

»Me respondió con alborozo:

»—Eres el segundo creyente, después de Miri-Ra; sin embargo, los enemigos son innumerables, Bek.

»Poco después supe que Nefertiti se había convertido al mismo tiempo que nosotros, mientras vivía en el palacio de su padre, Ay. De vez en cuando me contaba las dificultades que sufría a causa de su misión divina. Yo, a pesar de mi aislamiento en la cantera, lejos de Tebas, reunía fragmentos de sucesos. Él me guió hacia el arte verdadero. Aunque mi padre me enseñara los fundamentos del arte, mi señor me dio el espíritu. Él mismo se entregó a la verdad, tanto en la vida como en el arte, y por ello se hizo odioso a los ojos de aquellos que no viven más que para este mundo y no conocen más que el idioma ordinario de la vida terrenal, avanzando y retrocediendo con ella, abalanzándose sobre los placeres como halcones o cuervos. Mi señor no era así, yo le escuchaba mientras hablaba con su dios:

»—¡Oh, creador de vivos e inertes! Déjame ver tu luz, alegra mi pecho, deja que mi corazón se agite con tu dulce latido cósmico.

»Otras veces me decía:

»—¡Guárdate de aquellos que quieren encarcelar a los muertos en el arte: que tus piedras sean morada de la verdad!

»Y también:

»—Dios ha creado las cosas: no juegues con ellas, reproducélas fielmente, haz que resalten con fuerza, no dejes que sean dominadas por el miedo, la avidez o los falsos credos. ¡Refleja todos los defectos de mi cara y de mi cuerpo para que en la verdad aparezca tu belleza!

»Ese era mi señor y mi maestro, no repetía viejas cantilenas, le fascinaba lo nuevo, lo vivo. Derrumbaba ídolos, arrancaba de cuajo viejas supercherías. Nadaba en el mar de lo ignoto, extasiándose en la verdad. El día en que subió al trono ratifiqué mi fe ante él y ocupé mi cargo de «gran escultor real», y el día en que su dios le ordenó huir a la nueva ciudad, marché al frente de ochenta mil trabajadores y artesanos para construir la ciudad más hermosa de la tierra, la ciudad de la luz y de la

fe, Akhetatón. Con amplias avenidas, altos palacios, verdes jardines, estanques artificiales, máximo ejemplo del arte y la belleza, cayó destruida por el odio, presa de los sacerdotes y del tiempo.

Enmudeció un momento, enojado, para contener la tristeza que se abatía sobre la obra de su vida, que se desmoronaba poco a poco, se deshacía para perderse entre los escombros. Respeté su silencio hasta que él mismo decidió romperlo:

—Mi señor era artista, poeta y dibujante. Entrenó sus dedos largos y delicados para conversar con la piedra. Te diré algo que sólo saben unos pocos: esculpió un busto de Nefertiti que era un ejemplo de verdad y belleza. Quizá se encuentre ahora en el palacio abandonado o en el palacio de Nefertiti, eso si no se ha vengado de él la mano de la devastación. Cuando de improviso le abandonó la reina dejando en su corazón una herida imborrable, se borró el ojo izquierdo de la estatua, como expresión de su desilusión al mismo tiempo que de su amor eterno.

Hija de Tushrata, rey de Mitanni, el mejor aliado del trono de Egipto. Amenhotep III se casó con ella en sus últimos días, cuando contaba sesenta años y ella sólo quince. Akhenatón la heredó junto con el harén de su padre al subir al trono. Hoy vive en un palacio al norte de Tebas con trescientos esclavos. Me recibió por orden de Horemheb. Con casi cuarenta años, su belleza es todavía resplandeciente y magnífica. La encontré en una habitación lujosa, sentada en un trono de ébano con incrustaciones de oro. Su sonrisa me dio ánimos, y empezó enseguida a contarme su historia:

—Conviví con Amenhotep muy poco tiempo, en un ambiente enrarecido por los celos y el odio. Me sorprendió que la reina Tiy ocupara una posición tan elevada, pues en el harén de mi padre, el gran rey Tushrata, había decenas tan aptas como ella. Todavía me sorprendió más el aspecto del heredero, a quien veía en el jardín: una criatura fea y débil que inspiraba más desprecio que cariño. La salud del rey empeoró y los envidiosos me acusaron de ser la causa de ello. En realidad, leí en su cara arrugada desde la primera noche que su fin estaba cerca. ¡Me pregunté si acaso me iba a heredar pronto aquel niño despreciable! Me decía a mí misma que era preferible vivir con un anciano padre, quien gozaba de una jovialidad y una vitalidad que se contradecían con su salud y su edad. En el harén, a menudo se hablaba del heredero, se bromeaba sobre su pasión por las actividades femeninas, como el dibujo o la música, así como sobre su evidente inadecuación al trono y su abstención de las mujeres, que levantaba sospechas.

Nos llegaban noticias acerca de sus locas ideas religiosas y los pesares que con ellas causaba a sus padres, así como las angustias y temores de los sacerdotes. Todas estas noticias estaban en el aire sin que les prestáramos demasiada atención, pues las mujeres se ocupan de los asuntos cotidianos, lo cual las distrae de las cuestiones de Estado. Sin embargo, la muerte del rey representó una gran sacudida, y nos impuso nuevos ritos que resultaban insoportables. Aquella despreciable criatura subió al trono junto a Nefertiti, con quien se había casado en vida de su padre, heredando el harén de éste. Nos otorgó su protección como si fuéramos animales domésticos, pero no se nos acercó, hasta el punto de que no pocas mujeres, procedentes de distintas naciones, se dieron a la perversión y al vicio. Una de ellas se preguntaba:

»—Si fuera capaz, no se entretendría con esas charlatanerías...

»A pesar de ello, Nefertiti sintió celos, y decidió visitar el harén para saludarnos y conocernos. Todas las mujeres se imaginaron que el verdadero motivo de la visita era el verme de cerca, debido a los rumores sobre mi juventud y mi belleza que circulaban por el palacio. Era la única que tenía su misma edad y que competía con ella en belleza, superándola en categoría social, pues yo soy hija de reyes, mientras que su padre, Ay, es de origen humilde. Él fue el primero en proclamar su fe en el nuevo dios delante del rey, y el primero en unirse a sus enemigos cuando su buena

estrella empezó a declinar. La nueva reina se presentó entre dos filas de esclavas, y nos saludó de una en una por orden de antigüedad en el harén. Cuando llegó mi turno —era la última— me escrutó con su perforante mirada. Yo la mantuve, con educación y desafío al mismo tiempo, hasta que su rostro se tranquilizó. Es por ello por lo que siempre odió a la reina madre Tiy, quien recordaba a su hijo sus deberes con el harén, y en particular con Tadu-Hepa, la hija del rey Tushrata. Jamás le perdonó su intromisión, y su cólera estalló cuando el rey accedió a la voluntad de su amada madre y decidió visitarme. Como manda la tradición le esperé en mi habitación, en mi lecho incrustado en oro, completamente desnuda, sin ocultar ninguna de mis bellezas. Él se presentó semidesnudo, con un vestido corto anudado a la cintura, y se sentó al borde de la cama, sonriendo tímidamente, aparentando una tranquilidad antinatural. Me preguntó en un susurro:

»—¿Te gustaría tener un hijo mío?

»Le respondí, controlando mi repugnancia:

»—Es mi deber, mi señor.

»En sus ojos apareció una mirada de desilusión, y murmuró:

»—Yo busco el amor: ése es mi primer y último deber.

»Le pregunté sin miedo:

»—¿Acaso deseáis de mí el amor?

»Me dio unas palmaditas afectuosas en la mano:

»—¡No en contra de tu voluntad!

»Cubrió mi frente con el velo y abandonó la habitación como había venido. Nunca revelé a nadie el secreto de aquella noche, pero las otras mujeres creyeron que Nefertiti había perdido como mínimo la mitad del corazón del rey. Los días pasaron, y los rumores sobre la situación en el exterior eran preocupantes. Finalmente, se publicó la orden de construir la nueva ciudad. Después de algunos años nos trasladamos a Akhetatón. Todo el mundo a nuestro alrededor se alegró: a nosotras nos relegaron a un ala de palacio, donde llevábamos una vida vil y despreciable que nos abocaba a la perversión. Cuando se supo que el estúpido rey respondía a los errores con amor en lugar de castigarlos, la corrupción se apoderó del ejército y de las mujeres y se perdieron todos los valores. El rey empezó a propagar la nueva religión por todo el país. Las mujeres aceptamos rezar al nuevo dios único sin verdadera fe, hasta el punto de que parecía una religión sin creyentes, una comunidad de hipócritas ávidos de gloria y dinero. ¡Cómo es posible que este gran mundo tenga un solo dios! Cada ciudad necesita un dios que se ocupe de sus asuntos, cada actividad humana necesita un patrono. ¿Cómo puede ser el amor la base de las relaciones entre los hombres? Todo ello eran disparates de niño mal educado y mimado por su madre. Recitaba a todo el mundo sus poesías mientras su mujer canturreaba sus himnos. El reverenciado trono fue ocupado por una fanfarria ambulante de músicos y poetas y el

temor que antaño inspiraban los faraones desapareció. Forzosamente debía ocurrir lo que ocurrió: la tristeza se abatió sobre nosotros como una noche interminable, las desgracias se sucedían tanto en Egipto como en el resto del imperio. Mi fiel y valiente padre fue el único en resistir: envió cartas pidiendo ayuda hasta que murió dando su sangre en el campo de batalla defendiendo al estúpido rey. La gente hacía bien en considerarlo un gran poeta que no debiera haber ocupado el trono. Era en verdad una extraña criatura, ni hombre ni mujer, y atormentado por sentimientos de inferioridad y de vileza, en ellos arrastró a sus súbditos. Bajo el escudo del amor, incitó a las gentes al odio y la corrupción, desgarró su país y echó a perder el imperio. En esa locura le acompañó su mujer, la astuta Nefertiti, para aprovecharse del poder y saciar sus indecentes apetitos en brazos de los hombres. Todos estaban convencidos de que ella y su marido eran la imagen ideal del amor y la fidelidad: intercambiaban besos en público por las calles de Akhetatón y durante las ceremonias en provincias. La verdad, según cuentan todas las mujeres de palacio, es que no tenían ningún tipo de relación íntima, ni él era capaz de tenerla. Ella llevaba a cabo sus caprichos amorosos con el escultor Bek, los generales Horemheb y May y con otros. De ellos tuvo sus seis hijas. ¡Algunas murmuran que él no tenía relaciones sexuales más que con su madre, la reina Tiy...!

Permaneció en silencio mientras observaba los signos de sorpresa que se dibujaban en mi cara. Luego continuó:

—Entre nosotras eso era una verdad incuestionable. También se sabe que de ella tuvo una hija, y que no podía hacer el amor más que con ella. Nefertiti lo sabía, y por ello siempre se odiaron a muerte. El caso es que muchos no se imaginan que el hombre que hizo zozobrar el mundo pudiera ser un personaje débil, enfermizo, insignificante; sin embargo esa es la verdad que debe ser conocida y registrada. Si no hubiera sido el heredero de la familia más grande de la historia, se habría paseado como un desgraciado por los callejones de Tebas. Los niños se habrían reído de él mientras sus babas de estúpido caían de su boca. ¡No es extraño que un estúpido, si llega a ocupar el trono, sea capaz de arruinar un imperio! Si él no hubiera visto algo especial en Nefertiti, ésta no habría sido sino una más de las putillas de Tebas.

»Poco antes del final, la reina madre visitó Akhetatón para intentar salvar el barco del naufragio, pero tuvo una fuerte discusión con Nefertiti, en la cual ésta no se abstuvo de acusar a la vieja de estar conchabada con los enemigos del trono. Esa acusación entristeció mucho a Akhenatón, quien defendió a su madre y amante a capa y espada. Nefertiti se enojó muchísimo, y se guardó la ofensa para vengarse más tarde, en los momentos difíciles: le abandonó por sorpresa antes de que sus hombres decidieran librarse de él. Intentó congraciarse con los sacerdotes de Amón para procurarse un puesto en el nuevo Estado, quizá deseaba incluso llegar a ser la mujer de Tutankhamón, pero ellos hicieron desvanecerse todas sus ambiciones, y de no

haber sido por el poder de su antiguo amante Horemheb, la hubieran hecho pedazos.

Tadu-Hepa enmudeció, mientras sonreía con desprecio, luego concluyó su relato diciendo:

—¡Ésta es la historia del imbécil y de su necia religión!

TUTU

—Nunca fui infiel a Amón, ni me uní a la recua de hipócritas y oportunistas, sin embargo serví al Hereje de acuerdo con el gran sacerdote de Amón para ser su ojo vigilante en palacio y su mano ejecutora cuando hiciera falta.

Así me habló Tutu, ministro de Mensajes en tiempos de Akhenatón, defendiéndose de las acusaciones de hipocresía que rondaban sobre los hombres de Akhenatón. Me recibió en su refugio del templo donde ocupaba el cargo de sacerdote recitador en época de Tutankhamón como había hecho en tiempos de Amenhotep III. Era un hombre de religión de rostro resplandeciente y ojos saltones, nervioso. Sin dudarle un instante empezó a darme su visión de la historia. Dijo:

—Esa antigua familia se distinguía por sus magníficos reyes, y sólo empezó a debilitarse cuando Amenhotep III escogió como compañera en el trono a una mujer de familia humilde, que le dio aquel heredero fofo y estúpido. Esos magníficos reyes establecieron con nosotros —los sacerdotes de Amón— una nueva política. Reconocieron el valor y la preeminencia de Amón sobre los demás dioses, y le adoraron como a un dios superior a cualquier otro, mientras reconocían a los sacerdotes de los otros dioses sus derechos, para asegurarse la fidelidad de todos y establecer un equilibrio entre nosotros y el resto de sacerdotes que duplicase el poder y la independencia del trono. Aquella política no nos gustó en absoluto, pero no llegamos a indisponernos ni a oponernos a ella, pues nuestra posición no cambió. Cuando el Hereje subió al trono, encontró ante él el camino despejado para continuar la política de sus padres y abuelos. Sin embargo, el escarabajo se creyó león, lo cual desencadenó la crisis. No tuvo la energía y sabiduría de sus antepasados. Él era consciente de su debilidad, de su fealdad y de su aspecto afeminado, sin embargo, estaba dotado de una picardía y astucia que no poseen más que aquellos envilecidos por su propia debilidad y consumidos por el odio. Decidió librarse de todos los sacerdotes para poseer todo el poder él solo. A continuación se erigió él mismo en dios reservándose todos los súbditos para sí, sin más compañía que la de un dios imaginario que inventó para ocultar su ambición. Empezaron a llegarnos noticias sobre los milagros del chico, cuyas fuerzas eran impropias de su edad, hasta que tuvimos noticias del nuevo dios que se le había revelado para ordenarle que abandonara el culto a los otros dioses. A la sazón le dije al gran sacerdote:

»—Es una conspiración que hay que cortar de cuajo.

»Aparentemente él no creía que fuera una conspiración, e insistí:

»—Yo le echo la culpa a la reina Tiy y al sabio Ay: el muchacho no es responsable.

»El gran sacerdote me respondió:

»—No perdono a la reina Tiy su parte de responsabilidad, pero su error fue de valoración. En cuanto a Ay, me aseguró que estaba tan molesto como nosotros...

»Le di la razón, pues él está exento de error, y le dije:

»—Entonces estamos ante un ser inspirado por los seis dioses del mal: hay que matarlo de inmediato.

»Dijo el sacerdote:

»—La situación todavía está en manos del rey y la reina...

»Yo estaba convencido de que acabaríamos pagando caro el precio de nuestra indecisión. Oraba a mi dios repitiendo:

Oh, Amón, dios de los silenciosos,

que respondes a la voz del pobre:

Cuando te llamé en mi aflicción,

viniste a liberarme.

Oh, Amón, señor de Tebas, tú eres

quien redime a los habitantes del mundo inferior.

Cuando alguien te llama,

tú acudes desde lejos.

* * *

Me narró los hechos históricos que ya conocía, la historia del viaje del príncipe por el imperio, su retorno y como ocupó el trono.

* * *

Llegados a este punto, comentó:

—La gente profesó la nueva fe delante de él para conservar su puesto en el nuevo Estado. Todos cayeron, sin honra, permitiendo al muy astuto que escupiera su veneno y destruyera la tierra. No hay excusa posible para su traición: todos son responsables de la desgracia que se abatió sobre nosotros. Le comenté al gran sacerdote:

»—No hay crimen ni castigo: hay que devastar Akhetatón y matar al Hereje, a su mujer, a Ay, a Horemheb, a Nakht, a Bek...

»Me respondió:

»—El país no sobreviviría a más destrucción.

»Insistí:

»—Hace falta sangre para satisfacer a Amón.

»—Sé perfectamente lo que satisface a Amón.

»Me callé, pero mi interior hervía de odio, pues estoy convencido de que un crimen que escapa a su merecido castigo no hace más que cimentar el pecado, debilitar la fe en la justicia divina y sentar la base de otros crímenes. ¡Cuánto me duele ver hoy a alguno de ellos a salvo en su retiro o trabajando entre gente honrada

como si fuera uno de ellos! ¡Cómo podemos dar seguridad a quien ha contribuido a nuestra destrucción!

* * *

Continuó su narración con la construcción de Akhetatón y el traslado a la nueva ciudad, y la dedicación del rey a difundir la nueva religión.

* * *

—Vivía cerca de él, trabajaba en su patio, como los otros en contacto con sus continuos dislates, y lo conocí tal como era mejor que antes. Hubiera podido ser un poeta o un músico, pero se sentaba en el trono de los faraones: ése era el problema. Desde el principio decidió que debía superar su debilidad con disimulo y astucia para ostentar todo el poder. Quería poder decir a Thotmés III:

«A pesar de tu habilidad militar, yo soy más fuerte». No era un inspirado como creían algunos, ni un loco como creían otros, sino que gozaba de la gran astucia de los débiles y perversos, y supo representar bien su papel. Se imaginó que podía crear un mundo a su imagen y vivió, en efecto, en un mundo de su propia creación, sin ningún contacto con el mundo real: un mundo con sus propias leyes y tradiciones, con sus propias gentes, en el cual se erigió como único dios apoyándose en la magia que el trono le confería y en su poder sobre las almas. Por eso mismo, su magia desapareció al primer choque con la realidad: lo destruyeron la corrupción, la rebeldía y los enemigos, y los cobardes huyeron de su lado. Se hablaba mucho de sus horas de iluminación y de los hechos y dichos prodigiosos que sucedieron. Yo fui testigo de alguno de esos momentos, pues era el encargado de llevarle la correspondencia a su refugio. Solía fingir que se encontraba en estado de éxtasis, fuera de los límites de la conciencia, se sumergía en lo desconocido, intercambiando misteriosas palabras con fantasmas invisibles. Luego, poco a poco, volvía en sí y nos hablaba de su dios, que nunca le iba a desamparar. Yo lanzaba miradas furtivas a los rostros de aquellos astutos, Ay, Horemheb, Nakht, preguntándome si de verdad se creían la comedia. ¿Se habían tragado de verdad las tretas de aquel afeminado? Fingían creerlo para alcanzar sus objetivos, y no lo reconocieron hasta que la muerte los tuvo rodeados por todas partes.

* * *

Me contó cómo cambió la situación, la corrupción de los funcionarios, la desgracia de la gente, las revueltas en el imperio, las provocaciones de los hititas en la frontera de

Tushrata.

* * *

Dijo:

—Me inundaba el miedo por el país, y pensé seriamente en asesinarlo para salvar al mundo y a la religión de su maldad. No tuve dificultad en encontrar a un voluntario para matarle en su refugio, al alba: le facilité un escondrijo en el jardín, y estuvo a punto de tener éxito, si no fuera porque Mahu, el jefe de guardia, lo descubrió en el último momento y le asestó un golpe mortal con el que se ganó la maldición eterna de los dioses. A menudo intenté la magia, pero desgraciadamente para el país nunca surgió efecto: seguramente el malvado recurría a la magia protectora.

* * *

Continuó su relato con la difusión de los alborotos en provincias, la visita de la reina Tiy a Akhetatón, y el encuentro histórico entre el sacerdote de Amón y los hombres de Akhenatón.

Dijo:

—Cuando el malvado dejó de confiar en sus hombres y supo del plan de los sacerdotes de elegir a Tutankhamón para ocupar el trono, compartió el trono con Samankhra, pero yo conseguí asesinar al joven con mis métodos especiales. Y he aquí que el edificio se resquebrajaba con el abandono de la misma Nefertiti. El mal murió, pero no sin antes haber inyectado su veneno a todos sus miembros. Fue nuestra desgracia que su destino le llevara a escoger como esposa a Nefertiti. Era en verdad una mujer de gran personalidad, de firme inteligencia, de belleza superior, pero estaba, como él, enferma de codicia. Aparentemente compartía su fe, pero en realidad compartía su astucia y su maldad. Está claro que no le amaba ni podía amarlo: ella estaba enamorada de la fuerza y el poder absoluto. Quizás ella es otro indicio del papel oculto que desempeñaba el astuto Ay, quien en ocasiones recibía del rey marmitas llenas de regalos para él y su mujer, llevadas por los esclavos a su palacio. ¿Cómo es posible que aquella inteligente mujer no se diera cuenta de las consecuencias de la política de su marido sobre el país y el imperio? ¿Creía verdaderamente en la misión de amor y paz? La verdad es que yo no me lo trago, no puedo ni imaginármelo, pero quizás ella sobrevaloró el encanto del trono de los faraones y se imaginó que ese encanto que ese encanto estaba más allá del castigo, la espada y el ejército de defensa. Quizá se percató del error de buen principio pero temió comunicar sus escrúpulos y perder la confianza de su marido y se entregó al destino. Cuando el rey se quedó sin su séquito, también ella le abandonó, intentando

desesperadamente conservar a sus amantes. Creo que Horemheb intentó convencer al gran sacerdote para que la trajera a Tebas, pero él se negó a ello repetidas veces. El Hereje murió, pero ella continúa viva en su cárcel, consumiéndose en tristes suspiros.

»Si a Amenhotep III le hubiera sucedido en el trono un enemigo hitita, no habría podido causarnos más males que el maldito Hereje...

La mujer del sabio Ay, de unos setenta años de edad, cuerpo pequeño, excelente salud para su edad, buena presencia. Ay se casó con ella a raíz de la muerte de su primera mujer la madre de Nefertiti. Tiy la conoció cuando ésta tenía apenas uno o dos años. Posteriormente tuvo a Mur-Najmat. Cuando la fortuna llevó a Nefertiti al trono, ésta la eligió de entre su séquito y le otorgó el rango de nodriza real. No lo hubiera hecho de no haberla tenido en alta estima, y eso era así porque Tiy siempre le otorgó sus cuidados y su amor y nunca fue la «esposa del padre» en el sentido habitual de la expresión.

Le conté los conocimientos que ya había obtenido sobre los hechos históricos, y le dije:

—No hay necesidad de repetir nada: si es que no tienes nada que añadir o corregir, no hace falta que perdamos tiempo.

Tiy me respondió:

—No traté mucho al rey a pesar de mi parentesco con su esposa, quizá no nos hablamos más que unas pocas veces, y sin embargo jamás olvidaré su dulzura. Supimos mucho sobre él desde lejos, a través de las palabras de mi marido Ay, quien fue elegido para ser su preceptor. Nos desconcertaron sus opiniones sobre Amón y su inclinación hacia Atón, y mucho más nos desconcertaron los rumores sobre la revelación del dios único. La verdad es que las sorprendidas fuimos yo y mi hija Mut-Najmat; en cuando a mi querida Nefertiti, tenía otro punto de vista. Sin embargo, en primer lugar debo hablarte de ella: era una muchacha inteligente, dotada de un espíritu fuerte, amante de la belleza y enamorada de los secretos de la religión. Su madurez era muy superior a la que su edad hacía presumir, hasta el punto de que un día le dije a mi marido Ay:

»—¡Me parece que tu hija va a ser sacerdotisa!

»Entre ella y su hermana Mut-Najmat se producían las discusiones y disputas habituales entre hermanas, pero la verdad estaba siempre de su parte, no recuerdo que ella se equivocara una sola vez. Trataba a su hermana como un adulto trataría a un chico. Sobresalía tanto en sus estudios que me hacía temer una reacción irreparable por parte de mi hija. Empezó a recibir las enseñanzas del heredero con admiración, y a inclinarse, junto a él, hacia Atón. Pronto nos sorprendió anunciando su fe en el dios único.

»Mut-Najmat le dijo:

»—Es un infiel.

»Dijo con seguridad:

»—Ha escuchado la voz de dios.

»Le gritó:

»—¡Tu también eres una infiel!

»Su voz era dulce, a menudo nos alegraba oír la cantar:

*Qué le diré a mi madre,
pues cada día regreso con pajaritos,
y hoy no he tendido mis redes
porque tu amor me ha poseído.*

»Después de descubrir su nueva fe, solía cantar al dios único sola en el jardín, pues ninguno de nosotros quería acompañarla. Sin embargo, recuerdo una mañana en que su voz me asaltó mientras yo me peinaba asomada a la ventana.

*¡Oh, vivo!
¡Oh, hermoso! ¡Oh, magnífico!
Todo en ti es alegría.
El mundo llenas de luz.*

»Es así como nuestro palacio fue el primer lugar que escuchó el himno al nuevo dios. Fuimos invitados a la celebración de los treinta años de reinado de Amenhotep III. Se nos permitió ir en compañía de nuestras dos hijas por primera vez a presenciar una fiesta en el palacio de los faraones. Las dos se adornaron para intentar gustar a la flor y nata de los jóvenes de buena familia. Las dos llevaban vestidos largos y holgados, con capas estampadas cortas colgando de los hombros y sandalias de bandas doradas. Entramos en una sala mayor que todo nuestro palacio, iluminada por candelabros y rodeada por los asientos de los invitados. Presidía la sala el trono del faraón, a cuyos lados se alineaban dos filas con los asientos de príncipes y princesas, entre unos y otros se abría un espacio preparado para los músicos y las bailarinas desnudas. Los esclavos circulaban entre los invitados e invitadas llevando bandejas de perfumes, comida y bebida. Recorrí con mi mirada la flor y nata de los jóvenes, y escogí para mi hija a Horemheb, el futuro general, y a Bek, el dotado escultor. Me di cuenta de que todo el mundo —Horemheb, Bek, Nakht, May— miraba a Nefertiti cuando llegó entre un grupo del séquito, y en especial cuando las hijas de los nobles tuvieron ocasión de bailar y cantar entre los reyes. Mi querida bailó con una elegancia cautivadora y cantó con una voz más dulce que la de los mejores músicos. Quizás aquella noche compartí la silenciosa envidia de mi hija Mut-Najmat, sólo que yo me consolaba diciéndome: «Cuando se case Nefertiti, la belleza de Mut-Najmat no tendrá competidor». La curiosidad hizo que espiara a Nefertiti para descubrir hacia quien dirigía sus miradas. No fue poca mi sorpresa al comprobar que se sentía profundamente atraída por su maestro espiritual... ¡el heredero! Dirigí mi mirada hacia él y me atemoriqué al presenciar su extraña figura y su sorprendente delicadeza casi femenina. Cuando mi mirada se encontró con la de mi hija, me susurró:

»—¡Creía que era un gigante!

»Su fascinación era más fuerte que su perplejidad, más no se imaginaba lo que le depararía el destino. Cuando regresamos a nuestro palacio, le dije a mi marido Ay:

»—El matrimonio llama a nuestra puerta, Ay, organízate...

»Me respondió con su habitual tranquilidad:

»—Los dioses escriben nuestro destino.

»Después de un par de días, Ay me sorprendió anunciándome:

»—La reina Tiy desea recibir a Nefertiti...

»La noticia me desconcertó, y le pregunté:

»—¿Qué significa eso?

»Reflexionó un instante, y luego dijo:

»—¡Quizá la ha elegido para algún cargo en palacio!

»—¡Sin duda sabes algo más que eso!

»Me respondió:

»—Quién puede saber lo que le pasa por la cabeza a la gran reina.

»Empezó a enseñarle los fundamentos del protocolo necesario para hablar con los reyes.

»Le dije:

»—Que Amón te proteja...

»A lo cual ella respondió con firmeza:

»—Yo pido la protección del dios único...

»Ay la increpó tajantemente:

»—Cuidado con decir tonterías delante de la reina.

»Nefertiti partió. Cuando regresó, emocionada, me rodeó con sus brazos y empezó a llorar. Ay dijo:

»—¡La reina la ha elegido como esposa del heredero!

»La noticia levantó una tormenta en nuestros corazones. Con ella mi querida Nefertiti se elevó más allá de la envidia y la competencia. Ella nos abrió la puerta de la felicidad, que atravesaríamos para unirnos a la familia reinante. Su buena estrella extendió sus alas sobre nosotros y nos elevó por encima del resto. Por ello la bendije con todo mi corazón, y lo mismo hizo Mut-Najmat. Empezó a contarnos lo que sucedía entre ella y la gran reina y debido a lo impresionada que estaba no le presté atención, de manera que no conservo muchos recuerdos de aquel período. Además, ¿qué importancia tiene el hablar de ello, comparado con el resultado final de aquellos hechos? La ceremonia de la boda fue comparada por los más longevos con la de Amenhotep III. Todos nosotros pasamos a formar parte de la familia reinante, y mi querida me eligió como su nodriza privada, ¡que es un cargo sólo inferior en importancia al de princesa! Al casarse, Nefertiti y el príncipe se convirtieron en una persona sola e indivisible, cuyas dos mitades no separó más que la muerte. Ella le acompañó en la alegría y en la tristeza hasta pocas horas antes del fin. Administró los

asuntos del reino con la habilidad de una mujer nacida para el trono, y le ayudó a difundir su misión religiosa como si fuera en verdad una sacerdotisa elegida para el servicio divino. Créeme era una gran reina en el pleno sentido de la palabra. Por eso me fulminó la noticia de que había abandonado por sorpresa a su marido en lo más álgido de la crisis. Quizá fue la primera decisión que tomó sin mi conocimiento. Me apresuré hacia su palacio y me senté a sus pies abandonándome al llanto. No pareció importarle mi estado, y me dijo tranquilamente:

»—Vete en paz...

»Le supliqué:

»—Todos huyen para proteger al rey de cualquier mal.

»Replicó fríamente:

»—Vete en paz...

»Le pregunté perpleja:

»—¿Y tú, mi señora?

»Dijo simplemente:

»—No abandonaré este palacio.

»Empecé a decir algo, pero ella me interrumpió en tono imperativo:

»—Vete en paz...

»La abandoné sintiéndome la mujer más desgraciada del mundo. Pensé mucho en el motivo de su retiro, sin encontrar más que uno: que ella odiaba el deber presenciar la derrota del rey y de su dios. Tomó la decisión de huir en un instante de desesperación, pensando en regresar a él cuando se hubieran ido todos. Sin duda lo intentó y se lo impidieron por la fuerza. No aceptes ninguna otra explicación sobre su huida de palacio. Oirás noticias contradictorias, cada uno pretenderá que está diciendo la pura verdad, pero sólo te contarán lo que desearían que hubiera sucedido. La vida me ha enseñado a no fiarme de nadie y a no creer a nadie. El tiempo pasa y me pregunto si mi señor Akhenatón merecía aquel triste fin. Personificaba la nobleza, la sinceridad, el amor y la misericordia. ¿Por qué la gente no pagó su nobleza con nobleza, su sinceridad con sinceridad, su amor con amor, su misericordia con misericordia? ¿Por qué cargaron contra él como bestias salvajes para desgarrarlo a él y a su reino como si fuera un enemigo pecador? Durante años lo he visto en sueños tumbado en el suelo, con una profunda herida en el cuello de la cual brota un chorro de sangre. Estoy profundamente convencida de que lo mataron y se inventaron que había muerto de muerte natural.

Calló mientras su triste mirada se fijaba en un punto delante de ella. Finalmente murmuró:

—Hemos conocido a un hombre irrepetible.

Apenas cuarenta años de edad, delgada y hermosa, sus ojos color miel irradian inteligencia; ante ella sentí que entre nosotros había una distancia infranqueable. La hija de Ay y Tiy, hermana de Nefertiti, vivía en un ala privada del palacio de Ay. Un enigma recorre su vida: nunca se casó a pesar de sus muchos pretendientes. Apenas me senté delante de ella y desplegué mis papiros, empezó a hablar:

—El destino ha hecho que viviéramos el drama del hereje Akhenatón. Mi padre, el sabio Ay, fue elegido como preceptor, y nos mantenía informados de sus ideas. Desde el principio desconfié de él, y más tarde el tiempo me daría la razón. Nefertiti tenía otro punto de vista que desconcertó a la familia, no a mí, siempre le gustó llamar la atención con fingidos desafíos. Le gustaba desatar polémicas a su alrededor. Sí, era inteligente, pero nunca fue ni sincera ni fiel. Eso fue lo que la llevó a ser infiel a todos los dioses y creer en aquel dios único del cual nunca habíamos oído hablar. Una vez oí que le decía a mi padre:

»—Padre, dile al heredero que yo creo en su dios.

»Mi padre frunció el ceño:

»—No seas estúpida, Nefertiti, no te das cuenta de las consecuencias que eso implica.

»Por culpa de su blasfemia temí que la maldición cayera sobre todos nosotros. Mi fe en mi dios continuó tan firme como siempre. Claro que, al pertenecer a la familia real, tuve que declarar mi fe en el nuevo dios para poder obtener todo lo posible de mi nueva posición y defender a mis dioses sagrados. Mi fe nunca disminuyó. Vi al Hereje por primera vez durante la celebración del treinta aniversario del reinado, me sorprendió el extraordinario paralelismo existente entre sus ideas perversas y su físico horrible, demacrado y deforme. Por eso, no te tomes en serio lo que cuentan sobre el noble amor que unía al Hereje y a la gran reina Nefertiti. Yo conozco la verdad, conozco el ideal que hubiera podido saciar sus apetitos, y no tenía nada que ver con aquel joven delgado, feo e impotente, creado mitad hombre mitad mujer. Pretendían vivir en la verdad: en cuanto a él, no vivía más que en la locura; ella vivía en la mentira y la traición, y no amaba más que el trono y el poder. Durante la fiesta la traicionó su verdadera naturaleza, y mostró sus bellezas sin ningún pudor como una pervertida. Lanzó sus redes sobre Horemheb, pero él no se interesaba en esa clase de mujeres ordinarias. Cuando llegó el turno de bailar y cantar a las hijas de los nobles, me levanté con vergüenza. Escogí un himno a Amón:

*Tú eres quien sacia nuestra hambre,
Tú cubres nuestra desnudez,
eres como el cielo tranquilo después de la tormenta;
Traes el calor a quien tiene frío.*

»Sin embargo, Nefertiti sorprendió a todos con su danza impúdica, aunque suscitó la admiración de los disolutos, ¡que eran muchos! Luego escogió una canción libertina, y cantó:

*A tu salud
bebo hasta embriagarme
No dejes nunca de alegrarte.
Vine y puse la trampa,
Abrámosla juntos,
Tú y yo a solas.
¡Qué bueno que estés aquí conmigo!*

»Mi padre bajó su mirada y mi madre enmudeció. Las libertinas cantantes murmuraban: «Esta chica sería digna de cantar con nosotras». Regresamos por la noche a nuestro palacio, y ella estaba deseando que llamara a su puerta Horemheb; sin embargo, el destino nos iba a deparar una sorpresa, a nosotros, a Egipto y al imperio. La muy astuta fue invitada a un encuentro con la gran reina Tiy y regresó como esposa del heredero. Yo le comenté a mi madre:

»—¿No es cierto que un faraón debería reforzar su legalidad casándose con una princesa de sangre real?

»Mi madre me respondió:

»—Eso no tiene importancia si el faraón es poderoso, y éste ha decidido elegir una novia humilde para su hijo como la eligió para sí mismo.

»Me dio un beso susurrándome al oído:

»—Sé inteligente, Mut-Najmat, sin duda eres mejor que ella, pero no podemos nada contra la fortuna. Resígnate a ser una princesa, y la vida te dará de todo si eres fiel a tu hermana.

»Le dije clara y sinceramente:

»—Actuaré sabiamente, pero preservando mi honra y mi fidelidad.

»Eso es lo que siempre pretendí, y nunca me separé del buen camino. Cuando estuve a solas con Nefertiti, le dije:

»—¿De veras te gusta?

»Aunque sabía muy bien a quién me refería, se hizo la estúpida:

»—¿A quién te refieres, Mut-Najmat?

»—¡A tu futuro marido!

»Me respondió enérgicamente:

»—¡El marido y el sacerdote son inseparables!

»Como siempre, leí sus pensamientos. Compartiría con él el trono como reina y como sacerdotisa. No le iba a ser difícil encontrar quien satisficiera sus insaciables

deseos de amor y de vida. Llevó a cabo ese plan con toda tranquilidad, justificándose ante sí misma en su impotencia. Apoyándose en la maldita política de amor y rechazo del castigo no temía la venganza de su marido, a diferencia del resto de corruptos que la secundaban. Mis contactos diarios con su harén me revelaron la impotencia y perversión de él: allí sí que conocían la verdad que se escondía a sus más allegados, allí contaban cosas extraordinarias de su impotencia, fue allí donde descubrieron el secreto de sus relaciones pecaminosas con su madre, la única mujer con quien podía superar su impotencia, la única que le dio una hija. Esa es una perversión que nunca se había producido en nuestro país a lo largo de su historia. Eso me hizo ver que nuestro futuro era negro y me prometí a mí misma que siempre estaría del lado de la verdad. Amenhotep III murió, y Nefertiti ocupó el trono como gran reina en lugar de Tiy. Vivimos días tristes en Tebas y luego nos trasladamos a Akhetatón, la ciudad más hermosa que jamás construyera el hombre, donde vivimos momentos de alegría, de victorias y abundancia. Los dioses fueron indulgentes con Akhenatón, le permitieron que negara su existencia y que confiscara sus bienes, le facilitaron el éxito y las alegrías, hasta que el muy ignorante creyó que aquellas claras victorias del nuevo dios y de su imaginaria misión de amor y paz iban a ser permanentes. Un día, a solas con mi madre, le dije:

»—¿Dónde están los dioses, por qué no se enojan por lo que sucede?

»Mi madre me dijo:

»—¡Eso es una prueba de la existencia del dios único, Mut-Najmat!

»La miré pasmada, me pareció que un mundo se eclipsaba y que sin duda un nuevo mundo estaba por llegar. Sin embargo, la noche con sus sueños empezó a desvanecerse y a desaparecer, y una triste tormenta iba a devastarnos de arriba abajo. A cada embate del destino, le decía a mi padre:

»—Ése es Amón, que muestra sus colmillos.

»Él me respondía:

»—¡No repitas lo que dicen los sacerdotes llenos de odio!

»—Dime, padre, ¿cuál es tu deber en estas circunstancias?

»Me respondía dolido:

»—¡No necesito que nadie me recuerde cuál es mi deber, Mut-Najmat!

»En cierta ocasión, le pregunté a Nefertiti:

»—¿No vas a hacer nada para defender tu trono?

»Me respondió con un entusiasmo que no me satisfizo:

»—Moriremos defendiendo el trono del dios único.

»No era fiel. No conoció la verdadera fidelidad en su vida. Temía que su marido se percatara del verdadero objetivo de su contumacia, que dejara de confiar en ella y eligiera a otra mujer como reina y sacerdotisa. Mediante precavidos tanteos, descubrí que Tutu, el ministro de mensajes, era fiel. Conversamos a menudo, hasta que nos

confiamos completamente. Posteriormente sería mi contacto con el gran sacerdote de Amón. Fue una experiencia dolorosa que me ocasionó un gran tormento: debía escoger entre mi fidelidad a mi nueva familia y mi lealtad a mi país y a los dioses, y lo hice, no sin pagar el doloroso precio de mi elección. Fue así como me uní a otro ejército, contraviniendo a mis intereses personales y a mi felicidad familiar. Un día me dijo Tutu:

»—El gran sacerdote te exige que intentes que la reina se una a nosotros.

»Le respondí:

»—Lo he intentado muchísimas veces, y creo que ella está más loca que el Hereje.

»Con el mismo fin, el gran sacerdote envió a la reina Tiy a Akhetatón, y luego fue él mismo para anunciar su ultimátum. Tutu se opuso enérgicamente a ello: él proponía saltar sobre ellos sin avisar, ponerlos a todos entre rejas e incendiar la ciudad del Hereje. Me hubiera gustado que Horemheb, el jefe de la guardia, se uniera a nosotros, pues era quien ostentaba verdaderamente el poder en la ciudad y siempre fue un hombre duro y recto. A raíz de lo que sucedió entre nosotros descubrí que compartía mi punto de vista, aunque no lo dejara ver por cautela y desconfianza mutua. Cuando la amenaza de una guerra civil planeó sobre el horizonte, le dije:

»—Deberíamos revisar nuestras posiciones.

»Me miró interrogándome, y le dije con sinceridad:

»—No podemos dejar que Egipto se quemase hasta convertirse en cenizas.

»Me preguntó con inteligencia:

»—¿No se lo has hecho ver a tu hermana?

»Yo le respondí con una sinceridad que le sorprendió:

»—Ella está tan loca como él.

»Se interesó:

»—¿Qué es lo que propones?

»Le respondí tajantemente:

»—¡Todo está permitido para salvar a la patria!

»Luego vino el fin que ya conoces, un fin más dramático que la invasión de los hicsos en el pasado. Un drama causado por un loco que se sentó en el trono y lo usó para llevar a cabo sus dislates. Sin duda, Nefertiti es más culpable que él, debido a su inteligencia y astucia, pero ella no se preocupó más que de sí misma y de su ambición. Cuando él perdió su honor, ella lo abandonó, aparentemente uniéndose a sus enemigos, presentándose como una reina que apoyaba el nuevo trono. Sin embargo, su ardid no tuvo éxito y tuvo que enterrarse en vida para tragarse su tormento y su arrepentimiento.

Cuarentón, de tez oscura como el vino, delgado, su mirada es un buen indicio de su drama. Vive en una casa pequeña sin ningún amigo ni sirviente. En un tiempo fue el gran sacerdote del dios único en la ciudad de la luz, Akhetatón. Le visité en su pueblo, Dashasha, dos días al norte de Tebas. Cuando leyó la carta de mi padre me preguntó sonriendo:

—¿Por qué te tomas todas estas molestias?

Le respondí simplemente:

—Ignoro la verdad.

Sacudió la cabeza tristemente:

—Es bueno que haya al menos una persona que quiera saber la verdad.

Luego empezó a contarme:

—Quizá fue la única persona que fue sacada por la fuerza de Akhetatón y que se negó a separarse de su señor. La voz divina calló y el templo fue destruido, pero el destino todavía no ha pronunciado su última palabra.

Fijó en mí sus ojos castaños y prosiguió:

—Tuve la buena suerte de formar parte del séquito del príncipe desde niño. Como él, sentía inclinación por los asuntos del espíritu. Estudiamos juntos la religión de Amón y la de Atón. Como tantos otros, me sentí fascinado por él y por sus mágicas palabras, me maravillaba su madurez extraordinaria y precoz.

Un día me bendijo con sus palabras, con las que se ganaba el corazón de sus sirvientes:

»—Yo te amo, Miri-Ra, ¡no me escatimes tu amor!

»Su amor penetró en mi corazón, allí donde nunca antes había penetrado ningún sentimiento, y me permitió incluso entrar en su refugio a la orilla del Nilo cuando me apeteciera. Estaba situado en el extremo occidental del palacio, se asomaba sobre el Nilo y tenía forma de sombrilla levantada sobre cuatro columnas y rodeada de palmeras y árboles de loto. El pavimento era de hierba fresca, en cuyo centro se habían dispuesto una alfombra verde y algunos almohadones. Se despertaba al alba y se dirigía allí para contemplar la salida del sol y cantarle a su disco resplandeciente detrás de los campos. Todavía me parece oír en mi pecho su dulce voz y difundirse en mi interior como sagrado incienso, cuando cantaba:

Difundes la belleza por el celestial monte de luz.

¡Oh, Atón el vivo! ¡Oh quien vivió antes!

Cuando apareces en el monte de luz oriental,

Todos los países se llenan de tu belleza.

Eres hermoso, eres magnífico,

Brillas en lo alto sobre todos los países,

Tus rayos abarcan toda la tierra,

Creador de todo,

Tú estás lejos pero tus rayos están sobre la tierra.

»Se derretía de emoción, mientras su hermoso rostro brillaba con luz propia. Luego paseábamos por el jardín. Me decía:

»—La alegría pura no existe más que en el culto.

»Y es que su vida no carecía de amarguras. En una ocasión se me quejó:

»—Mi padre insiste en convertirme en un combatiente, Miri-Ra.

»Su fracasada educación militar no pasó sin causarle un dolor lacerante. Se miraba en su espejo enmarcado en oro puro y se decía sonriente:

»—¡No soy ni fuerte ni bello!

»La muerte de su hermano mayor Thotmés dejó en él una profunda herida que no cicatrizó sino con la herida aún mayor que le causó la muerte de su hija Mikitatón. ¡Cuánto lloró la muerte de su hermano, que le enfrentó cara a cara con la realidad dura y oscura de la muerte! Me preguntó:

»—¿Qué es la muerte, Miri-Ra?

»Preferí el silencio, evitando aquellas respuestas tradicionales que tanto le angustiaban.

»Insistió:

»—¡Ni siquiera Ay lo sabe; sólo el disco solar vuelve a salir después de ponerse, pero Thotmés no volverá a esta existencia!

»Fue entonces cuando anunció una guerra eterna contra la debilidad, la fealdad y la tristeza. Se lanzó como un rayo de sol en el camino de lo ignoto, renovando cada día sus intenciones, hasta que un buen día lo encontré en su refugio, pálido y con la mirada fija. Me dijo decidido sin responder a mi saludo:

»—El sol no es nada, Miri-Ra.

»No entendí a qué se refería hasta que me invitó a sentarme a su lado en la alfombra y me dijo:

»—Escucha la verdad, Miri-Ra. Ayer por la noche me sentía ebrio de nostalgia, cuando de pronto las sombras tomaron cuerpo para hacerme compañía: una imagen espléndida como una novia el día de su boda se sentó a mi lado y me arrebató en éxtasis hacia el espacio. Mil y un fantasmas pasaron a mi lado, y la verdad resplandeció en mi corazón con una fuerza nunca alcanzada por una imagen visual. Una voz más dulce que el aroma de las flores llegó a mis oídos y me dijo:

»«Deja que mi aliento llene tu espíritu, y aleja de ti todo lo que no soy yo. Yo soy la energía de la cual brota la existencia, yo soy el manantial de la vida, yo soy el amor, la paz, la alegría. Deja que llene tu espíritu y lo alegre con el néctar de los castigados de este mundo».

»Su gran resplandor hizo que apartara la cabeza deslumbrado. Me dijo:

»—¡No temas, Miri-Ra, no huyas de la felicidad!

»Farfullé sin aliento:

»—¡Qué resplandor!

»Me dijo con una clarísima dulzura:

»—Ven a vivir conmigo en la verdad.

»Volví a sentarme correctamente y dije:

»—Siempre estaré contigo.

»Desde aquel feliz momento se convirtió en el primer sacerdote del dios único, en mi maestro y mentor, el guía de quienes responden a la llamada. Le dije:

»—Creo en tu dios.

Me respondió con alegría:

»—Haces bien: serás el primer sacerdote de su templo.

»Anunció su fe a sus íntimos, pero no se enfrentó a los otros dioses sino más tarde. Progresivamente, anunció primero que no creía en los falsos dioses, más tarde hizo suprimir el culto y distribuir sus riquezas entre los pobres. Cuando era todavía príncipe, no tenía poder para tomar decisiones. Su matrimonio con Nefertiti le aportó una gran felicidad, pero su mayor gozo fue siempre su fe sincera en su dios. En Akhetatón ocupé el cargo de gran sacerdote del dios único, y cuando mi señor pretendió incautarse de los bienes de los templos le dije:

»—Estáis desafiando a una fuerza que tiene un poder antiguo sobre las gentes, desde la Nubia hasta el mar.

»Me dijo con aplomo:

»—Los sacerdotes no son más que charlatanes. Utilizan a los débiles, difunden supersticiones, saquean las provisiones, sus templos son burdeles, y sus corazones están llenos de avidez por el mundo.

»Descubrí que se escondía en él una energía real, oculta por su débil constitución, un coraje mucho mayor que el de Horemheb, el jefe de la guardia, o el de May, el general de la frontera. Eso era para algunos un enigma insoluble, sin embargo para mí era algo diáfano como la luz del sol. Murió por amor de su dios y éste le amó a su vez. Dio su vida por él ignorando las posibles consecuencias y no se hizo atrás de ninguna decisión ni opinión. No me sorprendió su comportamiento durante su famoso viaje por todo el imperio, no me sorprendió su tenacidad en la defensa de su misión de amor y paz incluso en las más difíciles circunstancias, no me sorprendió su última postura, cuando le abandonaron sus más allegados. Su dios le protegía y él ejecutaba sus órdenes. Por ello no le importaba lo que pudiera suceder, pues ¿cómo va a preocuparse de las tretas de la política y la astucia de los militares quien vive en la verdad? Le tacharon de embaucador, soñador y loco, cuando era él quien vivía en la verdad y eran ellos los embaucadores, los soñadores y los locos, enfangados en la corrupción de este mundo corrupto. No le importaba el trono como a los reyes

normales, es más, recuerdo que cuando regresó de su viaje para ocupar el trono tras la muerte de su padre, frunció el ceño y me dijo:

»—¿Crees que todo esto me va a apartar de mi dios?

»Le respondí con sincero entusiasmo:

»—Mi señor, debéis poner el poder del trono al servicio de dios, del mismo modo que vuestros abuelos lo pusieron al servicio de sus falsos dioses.

»Se tranquilizó y murmuró:

»—Es cierto lo que dices, Miri-Ra, así como ellos sacrificaron a los dioses gente desgraciada, yo voy a ofrecer las fuerzas del mal como sacrificio a los dioses, rompiendo las cadenas que atenazan a los que no tienen poder.

»Ocupó el trono para entablar la más difícil batalla jamás librada por un rey en aras de la libertad, el amor, la paz y la felicidad de los hombres, y en ella demostró ser decenas de veces más fuerte que el mismo Thotmés III. Sus hombres defendían el trono y Nefertiti se ocupaba de los asuntos domésticos mientras él no dejaba de pulirlos para hacerlos dignos de la bondad divina y de la nobleza humana. El encanto era su arma principal para difundir su misión por todas las regiones. La gente se sentía hechizada por él, embriagada por su misión, le demostraban su amor con flores y arrayanes. Miri-Ra se detuvo un momento y respiró profundamente. Prosiguió:

—Luego nubes de tristeza llegaron una tras de otra traídas por vientos de odio procedentes de dentro y de fuera del país. Cada uno las recibía de acuerdo con sus energías y su fe: mi señor ni se inmutó. Repetía continuamente:

»—Mi dios no me desampará.

»Un día, en el templo, me dijo:

»—Mis hombres me aconsejan que actúe con justicia mientras mi dios me dice que actúe con fe, ¿a quien debo escuchar, Miri-Ra?

»Su pregunta irónica no necesitaba respuesta. Cuando la crisis se acentuó, Horemheb vino a visitarme al templo y me dijo:

»—Gran sacerdote, tú eres quien está más cerca del rey.

»Le respondí sospechando sus intenciones:

»—Eso es un favor que el dios me ha hecho.

»Se sinceró:

»—Las circunstancias exigen un cambio de política.

»Le respondí con firmeza:

»—Sólo escucho la voz de la verdad.

»Frunció el ceño contrariado:

»—Me gustaría escuchar palabras razonables.

»Le interrumpí:

»—Sólo es posible entenderse entre creyentes.

»Cuando supe de su acuerdo para librarse del rey con la excusa de proteger su

vida, le dije a Ay:

»—Por mi parte no pienso caer en la infidelidad.

»Mi señor se negó a dar un solo paso atrás; sin embargo, él también tenía un plan para evitar la guerra civil. Estaba decidido a dar la cara él solo ante el pueblo y los ejércitos rebeldes. Tenía plena confianza en su capacidad para recuperarlos para la fe. Sin embargo, su séquito estaba convencido de que él sería inevitablemente asesinado y de que ellos correrían su misma suerte como recompensa a su fidelidad. Se libraron de él y me obligaron a unirme a su caravana de apóstatas. Obligaron a la guardia a retenerlo por la fuerza cuando pretendía enfrentarse al pueblo. Le impidieron realizar sus proyectos, y se encontró solo y encarcelado en su palacio, e incluso Nefertiti lo abandonó. Entonces la tristeza se apoderó de su corazón, ante la debilidad de la fe por cuya difusión y divulgación había dado su vida. Posteriormente nos dijeron que la enfermedad terminó con él. La verdad es que lo dudo mucho, más bien creo que manos pecadoras se cernieron sobre él en su soledad y separaron su cuerpo de su espíritu puro y eterno. Murió sin saber que me obligaron a abandonarle, y estoy seguro de que ese fue el caso de Nefertiti.

Se calló de nuevo para lanzar un suspiro, luego me miró fijamente y dijo:

—Pero él no ha muerto ni morirá nunca, él es la verdad eterna y la esperanza renovada que vencerá tarde o temprano. ¿No le repetía su dios que no le iba a desamparar?

Se inclinó sobre un cofre y extrajo de él un rollo de papiros. Me lo entregó diciéndome:

—Contienen su misión y sus himnos. Léelos, muchacho, y tu corazón amante de la verdad encontrará en ellos muchas respuestas, pues no has emprendido tu viaje sin motivo...

MAY

Fui a encontrarme con él en Rinu-Culpura, en la frontera, donde vivía en una tienda rodeado por su ejército. En tiempos de Akhenatón era el general del ejército de la frontera, y continúa ocupando su puesto con pleno merecimiento en el nuevo período. Era un hombre maduro, un gigante serio y orgulloso de sí mismo. Después de entregarle la carta de mi padre, me dijo interesado, agradeciendo aquella oportunidad de distraerse un poco:

—¡Ése era el Hereje, de padre desconocido, quien con sus rarezas subyugó a todo el mundo! Los tambores de la guerra enmudecieron, las gloriosas banderas quedaron a media asta para dejar paso a los cantos y la música que se elevaban del trono de los faraones, de la garganta de una mujer fea, disfrazada bajo un pellejo de hombre. Me obligaron (a mí, el encargado de defender el imperio) a permanecer quieto mientras el imperio se desgarraba y caía en manos de los rebeldes y de los enemigos y las voces de nuestros aliados solicitando ayuda se perdían en el aire. Ese loco nos hizo perder nuestra honra militar y nos convirtió en el hazmerreír de nuestros enemigos y presa fácil de los salteadores de caminos. Por suerte no formaba parte del séquito, aunque mis deberes me obligaran a pasar de vez en cuando por Akhetatón. Cada vez me sentía consternado al comprobar la participación de hombres como Ay, Horemheb y Nakht en aquel horrible engaño, y cómo asombrosamente le seguían del palacio al templo. Siempre he sido y sigo siendo fiel a los dioses, a mi país y las tradiciones que hemos heredado. Me enojé terriblemente el día que me enteré de su infidelidad, y decidí firmemente unirme a los creyentes el día en que se librarán de su yugo. Cuando supe que había ordenado cerrar los templos y echar de ellos a los sacerdotes, me di cuenta de que una gran maldición se cernía sobre nosotros, sin distinción de buenos y malos. Una noche vino a visitarme a Tebas el gran sacerdote de Amón y me preguntó:

»—¿Tienes algún inconveniente a esta visita?

»Le sorprendió mi sinceridad:

»—Es un honor para mí, mi palacio está a su servicio.

»Me lo agradeció diciendo:

»—Pertenece a una generación de hombres piadosos, May. La gente ha perdido la tranquilidad y la resignación. La gente recurría a los dioses y ofrecía sacrificios, se congregaban en torno a los sacerdotes, que los guiaban en la vida y en la muerte. Los pobres se han perdido, como ganado extraviado...

»Dije, muy enojado:

»—¿De qué sirve quejarse? ¡Nuestro deber es librarnos de él!

»Meditó por un instante y dijo:

»—¡Eso acarrearía una guerra devastadora!

»—¿Existe otra solución?

»Dijo con serenidad:

»—¡Convencer a sus hombres más allegados!

»—¡Ésa es una esperanza muy lejana!

»Dijo con cautela:

»—No recurramos a una vía desesperada hasta que hayamos intentado todas las posibilidades...

»Me comprometí diciendo:

»—En el momento apropiado, encontraréis al ejército de defensa de vuestra parte.

»Sin embargo, el éxito de su campaña tardó en llegar todavía mucho tiempo, tiempo durante el cual el país sufrió una profunda crisis, y no pudimos salvar más que lo que quedó bajos los escombros. Muchos se han preguntado por los motivos del drama: yo te digo que el secreto está en la debilidad del Hereje, en su debilidad física y mental. Su madre le mimó demasiado y creció hipersensible, enfermizo. Era deprimente compararlo con sus compañeros Horemheb, Nakht o Bek. Ocultaba un sentimiento de inferioridad bajo un fino velo de humildad femenina y ternura afeminada, mientras preparaba su traición hacia todos los fuertes, humanos o divinos, para quedarse solo, reservando un poder ilimitado para el dios que se inventó y para él mismo. Por otra parte, su debilidad tenía un atractivo irresistible para todos los ambiciosos. Sí, la gente acudía a él no por temor de su fuerza, sino por avidez de su debilidad. Es por ello por lo que las gentes del imperio anunciaron su fe en su mensaje. Cuando se rebelaron, les mandó mensajes de amor y paz en lugar del ejército de defensa. Por ello anunciaron su nueva fe hombres de inteligencia indudable, como Ay, Horemheb y Nakht y una mujer inteligente como Nefertiti. Su debilidad era el cebo que atraía a hipócritas, ambiciosos, ladrones y libertinos. Recitaban sus himnos en el templo para luego apoderarse del dinero y aprovecharse de los esclavos, hasta que se sintieron amenazados y se libraron de él, uniéndose a sus enemigos y llevándose el botín. Por eso di mi opinión al gran sacerdote cuando la crisis llegó al máximo:

»—No vayas a Akhetatón, no les adviertas, deja que avance sobre ellos y los extermine para restablecer la justicia...

»Tutu me apoyó con entusiasmo, pero el gran sacerdote era partidario de la benevolencia y de evitar el derramamiento de sangre. Me dijo:

»—Conformémonos con lo que tenemos.

»Comprendí lo que pasaba por su cabeza. Era un hombre inteligente con visión de futuro y sin duda consideró que si me permitía combatir acabaría con el Hereje y con sus hombres y me reservaría el derecho a ser el jefe y el héroe con lo cual habría muchos motivos para que yo ocupara el trono. Entonces ocuparía el trono un rey fuerte en cuya presencia no podría ir más allá de sus atribuciones naturales. Por ello se inclinó por el pacto y eligió para el trono a un muchacho sin experiencia para que creciera según sus designios. Hoy se agolpan en torno al trono el sacerdote, Ay,

Horemheb, acechando al rey. Así van las cosas en Egipto, tierra de la fidelidad.

»De todas formas, estamos mejor que antes. El Hereje y su debilidad ya no están, murió de tristeza, y la libertina espera su fin sola entre las ruinas de la ciudad infiel.

May dio a sus palabras un tono concluyente y se calló. Le pregunté todavía:

—¿Y Nefertiti, señor general?

Me contestó sin darle importancia:

—Una mujer hermosa: aunque nació para ser prostituta la suerte quiso que llevara a cabo sus deseos amorosos desde el trono. No te creas lo que cuentan sobre su validez como gobernante, pues de ser así no hubiera dejado caer el país en un abismo de corrupción y destrucción. En cuanto perdió el poder se libró de él, pero sus esperanzas de subirse a la nueva nave fueron vanas.

Lo visité en un pueblo al sur de Tebas, donde vive de la agricultura después de haber sido jefe de la policía de Akhenatón en Akhetatón. Tiene unos cuarenta años, de rasgos rudos y bien marcados, corpulento, en sus ojos se asoma una mirada triste. Cuando leyó mi carta cruzó las manos sobre la cabeza, recordando con pesar los hechos pasados. Me dijo:

—Con él terminó la alegría, ¡y que los dioses te perdonen, Egipto! Mi relación con él empezó de un modo irreplicable con el que nunca soñaría alguien como yo: era un miembro de la guardia del palacio de los faraones y lo veía desde lejos en el jardín. Cierta mañana le vi avanzar hacia mí como si me hubiera descubierto por vez primera. Me convertí en una estatua delante de él. Me miró durante un rato, y sentí que su mirada recorría mis venas y seguía el ritmo de mi respiración. Me preguntó:

»—¿Cómo te llamas?

»—Mahu.

»—¿De dónde eres?

»—Del pueblo de Fina.

»—¿A qué se dedica tu padre?

»—Es campesino.

»—¿Por qué te eligió Horemheb para la guardia?

»—No lo sé.

»—Él escoge a los valientes.

»Mi corazón se hinchó de alegría, pero no dije nada. Me dijo convencido:

»—Eres un joven sincero, Mahu.

»Mi alegría se redobló, pero no dije nada. Me preguntó:

»—¿Aceptas mi amistad?

»Perdí la razón. Desconcertado, murmuré:

»—Ese honor es demasiado alto para mi alcance.

»Se fue sonriendo mientras decía:

»—¡Nos encontraremos a menudo, amigo!

»Ése es un hecho real, y así es como elegía a sus hombres. Nos llegaban noticias sobre su adoración por Atón y la revelación de su nuevo dios. Recitaba sus himnos a nuestro lado. Mi corazón estaba abierto a todo cuanto venía de él: me sentía fascinado por él y le amaba profundamente. Quizá no creía más que un poco de lo que escuchaba, quizá dudé mucho ante su oscuro dios que no tomaba cuerpo en ninguna estatua y que ofrecía a la gente amor en lugar de castigo. Quizá no fui infiel a Amón, pero creí por amor a mi señor, el mejor hombre, el más dulce y compasivo. Vivía en el amor y para el amor, nunca hizo daño a ningún hombre ni animal, su mano nunca se manchó de sangre ni castigó a ningún culpable. Cuando subió al trono me dijo:

»—No te obligaré a hacer nada que tú no desees, Mahu, y de todos modos tendrás tu paga, ¿quieres declarar tu fe en el dios único?

»Respondí sin dudarle:

»—Declaro mi fe en el dios único, mi señor, y estoy preparado para morir por él.

»Me dijo tranquilamente:

»—Serás el jefe de la policía, pero nadie te exigirá que sacrifiques tu preciada vida por nada...

»Estaba preparado para combatir incluso contra los sacerdotes en el seno de cuyas palabras crecí y en cuyo amor y santificación me crié. Con todo, mi mano dio un solo golpe durante el tiempo en que fui jefe de la policía, un golpe para el que no tenía permiso. El día en que tomé posesión de mi cargo me dijo:

»—Que tu arma sea a partir de hoy el amor. Enseña a la gente con amor como yo lo he hecho contigo, y quien no aprenda con amor aprenderá con más amor...

»Cuando cogíamos a algún ladrón recuperábamos lo que había robado y les encontrábamos trabajo en los campos, predicándoles el mensaje de amor y paz. A los asesinos les enviábamos a las minas, dándoles tranquilidad y un sueldo. En los ratos libres, se les adoctrinaba en la nueva religión. A menudo encontrábamos ingratitud y traición, pero él nunca cejó en su empeño, y nos decía:

»—Pronto veréis cómo vuestras esperanzas dan fruto.

»Su fe era fuerte, firme, inquebrantable, incansable. Ese extraño rey que colmaba de alegría el aire en la ciudad de la luz, henchiendo con sus himnos los corazones de hombres, mujeres y pájaros. Sus jornadas transcurrían de manera muy distinta a las de sus padres y abuelos, pues él oraba en su refugio, predicaba desde el balcón de palacio, recitaba los himnos en el templo y se paseaba en carroza real por las calles de Akhetatón en compañía de la reina sin la guardia, hablando con la gente, rompiendo las tradicionales barreras entre el trono y el pueblo, llamando siempre a la devoción y al amor, y todos desde los ministros hasta los empleados de la limpieza cantaban los himnos en honor del dios único.

»Una mañana uno de mis colaboradores me dijo:

»—Entre los jefes circulan rumores de malas noticias.

»Se reveló el contenido de esos secretos: corrupción de funcionarios, penalidades de los campesinos, desórdenes por todo el imperio. Esas sabandijas salieron arrastrándose de sus madrigueras y la traición llegó con las aguas del Nilo. Recelaba del desánimo que podía apoderarse de mi señor; sin embargo, los hechos no hicieron más que aumentar su dureza, su fe y su confianza en la victoria. No sólo no dejó de aferrarse al amor, sino que lo hizo con más fuerza y energía, como si las tinieblas no fueran más que un preámbulo de la futura luz. En esos días sombríos un asesino enviado por los sacerdotes se introdujo en su refugio para matarle protegido por las tinieblas, y lo habría conseguido si yo no me hubiera adelantado acertándole con una flecha en el pecho. Mi señor se despertó al darse cuenta de lo que ocurría y se puso a escrutar la cara del asesino mientras éste exhalaba el último suspiro. Permaneció un

rato en silencio y luego me miró y dijo, más calmado:

»—Has cumplido con tu deber, Mahu.

»Exclamé excitado:

»—¡Daría mi vida por mi señor!

»Me preguntó con el mismo tono pausado:

»—¿No era posible cogerlo vivo?

»Le dije con sinceridad:

»—No, mi señor.

»Me dijo con tristeza:

»—Es una conspiración de los malvados para cometer un crimen odioso contra aquel que otorga la vida, nosotros nos hemos interpuesto en su camino y hemos participado en el crimen.

»Intervine con ardor:

»—Algunos males no se atajan más que con la espada.

»Me respondió con ironía:

»—Eso se dice y se repite, sin que las mentiras de las dos partes salgan a la luz. ¿Y si se está dando la razón al mal?

»Inesperadamente cayó en éxtasis y exclamó:

»—¿Cuándo observarán el amanecer y el ocaso bajo una misma luz? Las cosas fueron de mal en peor, los hombres resultaron ser fantasmas vacíos que arrastra el viento del otoño como hojas amarillas y secas sin fe ni lealtad. Defendieron la mentira hasta el último momento y decidieron librarse de él pretendiendo salvarle la vida. Sólo sé que Horemheb me dio la orden de abandonar la ciudad al frente de mi guardia. No podía discutir, y ni siquiera se me permitió custodiar a mi señor. Me dirigí a Tebas con un sentimiento de arrepentimiento que no me ha abandonado hasta hoy.

Nos llegaban algunas noticias sobre mi señor prisionero en su palacio, hasta que se anunció la noticia de su muerte. No me cabe ninguna duda de que fue asesinado. ¿Cómo se pudo desvanecer aquel bello sueño con tanta velocidad?

»¿Cómo pudo su dios librarse de él después de susurrarle al oído su voz santa y prometedora? ¡Cómo y cómo, oh mundo sin sentido!

Enmudeció entristecido y yo respeté su silencio durante un momento, luego le pregunté:

—¿Cuál es tu opinión general sobre él?

Respondió perplejo:

—Era el espíritu personificado de la dulzura y la pureza, pero no puedo decir más de lo que dicen los hechos que te he contado...

—¿Y Nefertiti?

—Era la belleza y la majestad.

Titubeé un momento y dije:

—¡Cuántas cosas se dicen de ella!

Me dijo claramente:

—Te digo que como jefe de la policía no registré nunca un mal paso por su parte. Sin embargo, leí en los ojos de Horemheb, Nakht y May miradas ávidas, rebosantes de malos apetitos. Hasta donde yo sé, ella nunca dio a nadie ocasión de rebosar sus límites...

—En tu opinión, ¿por qué se separó de él?

Me respondió perplejo:

—¡Es un enigma para el que no tengo solución!

—Me parece que has dejado de creer en el dios de tu señor.

—¡Ya no creo en ningún dios!

NAKHT

Descendiente de una antigua familia, rechoncho, de cara pálida con manchas rojizas, más circunspecto que nadie, hacia los cuarenta aproximadamente fue ministro de Akhenatón y vive hoy en su provincia en la región de Dakma, en el Delta. No ocupa ningún cargo en el nuevo Estado, sin embargo, es llamado de vez en cuando para ser consultado en las ocasiones importantes. Me recibió exaltando la antigua relación entre nuestras familias y enseguida pasó a darme su opinión, saltando los hechos que yo ya conocía. Me dijo:

—Déjame que te diga que no soy un hombre feliz. No pude cumplir con mi deber ni asumir mi responsabilidad como debía. Se me escapó el poder y el imperio se desgarró ante mis ojos. He abandonado la vida pública, pero mis cuitas no me han abandonado. Cada vez que se repite mi tormento me pregunto qué tipo de hombre era mi señor Akhenatón, al que hoy llaman el Hereje.

»Yo era un amigo de infancia, como Horemheb y Bek, y por mucho que se diga sobre su debilidad y su aspecto afeminado y extraño, consiguió que todos le amáramos, nos maravilló a todos con su capacidad y su precoz madurez. Pero tenía un punto débil que yo fui el primero en descubrir, y es que los asuntos del mundo real no le interesaban, le aburrían y lo ponían enfermo. Observaba con ironía la vida cotidiana de su padre, que era el núcleo sólido en que se centraban las sagradas tradiciones del trono, como el hecho de levantarse a una cierta hora, el baño, el desayuno, el recibir a los responsables, la visita al templo. Mascullaba:

»—¡Qué esclavitud!

»Bromeaba con las tradiciones como lo hace un niño mimado que se divierte desafiando y rompiendo jarrones caros. Por otro lado anhelaba conocer el secreto de la creación y dominar la vida y la muerte. Su empeño se duplicó con la muerte de su hermano mayor Thotmés. Su corazón se hizo añicos ante la muerte, pero juró devolverle el golpe sin indulgencia. Era un deseo muy vehemente, hasta el punto de que sin saberlo se convirtió en prisionero de él. Nosotros también teníamos imaginación, pero éramos conscientes de ella, mientras que en su mente tomaba forma real. Por ese motivo lo consideraron loco o estúpido. No era ni una cosa ni la otra, pero tampoco era normal. Ya en su juventud fue una fuente de angustias para sus padres y para los sacerdotes y de estupor para nosotros, sus amigos íntimos. Dudaba de Amón, señor de los dioses, adoraba a Atón. Más tarde nos confiaba su fe en el dios único. No pongo en duda su sinceridad como no dudo de su error. Era sincero porque él no mintió nunca, pero no oyó la voz de su dios, sino que era su corazón quien hablaba. No sucede nada si ese error lo comete un sacerdote, pero si es el heredero al trono la cosa cambia. Aquella voz oculta no enmudeció, sino que él empezó a inventar ese mensaje de amor, paz y alegría. La destrucción amenazaba a los dioses, a los templos y a nuestro imperio. Un poeta llegaba a rey: el sueño ignoraba a la realidad y ocupaba su lugar, el equilibrio se destruía y el drama empezaba. ¡Cuando

subió al trono, nos mandó llamar para exponernos su nueva religión! Yo pensaba rehusar, y le dije a Horemheb:

»—Recobrará su lucidez cuando se encuentre solo.

»Me dijo:

»—Encontrará a otros canallas sin experiencia y llevarán el país a la destrucción.

»Le pregunté:

»—¿No es posible que eso suceda también si el poder está en nuestras manos?

»Sonrió irónicamente:

»—¡Es demasiado débil como para no tener en cuenta nuestra opinión!

»Y sacudió los hombros murmurando:

»—Él tiene sus discursos y nosotros tenemos la fuerza...

»Es por eso por lo que anuncié mi fe en la nueva religión delante de él. Me nombró ministro y mis miedos se disiparon. Nos encontrábamos cada día, tanto en Tebas como en Akhetatón, y yo le exponía los asuntos concernientes a la administración, la economía, las aguas y la seguridad. Él permanecía en silencio, dejando que la reina, quien mostró tener méritos inimaginables, expusiera sus opiniones y sus directrices. Él no hablaba más que de su dios y de su misión y de las directrices y decisiones relacionadas con ello. Me enfrenté al primer desafío cuando quiso hacer pública su opinión sobre los dioses, le advertí sobre las consecuencias y me respondió insultándome:

»—¡Hombre de poca fe!

»Fuimos juntos al balcón y se asomó sobre la multitud allí congregada. Él tenía un gran poder de fascinación sobre la gente, anunció su decisión con una energía espantosa y el griterío de la multitud se elevó hasta el cielo. Me sentí insignificante, sentí que aquella constitución enfermiza desprendía una energía ignota y sin precedentes. A pesar de la sabiduría de Nefertiti, ésta se entregaba a él y a su misión con entusiasmo, haciéndolo suyo. La verdad es que ello me sorprendió. Un día me dije:

»—Esta mujer o es su compañera espiritual o es la mayor embaucadora jamás conocida.

»Estoy convencido de que un factor de su éxito es que fui su única oposición. Horemheb no dijo una palabra hasta que la crisis alcanzó su apogeo. En cuanto a Ay, su consejero, siempre le animó, fingiendo entusiasmo, piedad y capacidad de sacrificio por amor al nuevo dios. Déjame que te diga que acuso a ese hombre de doblez y malas intenciones, y que concibió un plan para ocupar el trono de Egipto. He aquí lo que pienso: lo eligieron como preceptor del heredero y pudo darse cuenta de sus puntos débiles. Él es quien lo dirigió hacia la religión de Atón y quien le inculcó la idea del dios único y su misión. Él es quien organizó el matrimonio con su hija, aun sabiendo que era impotente, y quien la convenció para que aparentara

profesar la nueva fe. Así se convirtió en suegro del rey, conocido en Egipto por el «sabio». Le indujo a incautarse de los bienes de los dioses para enfrentarlo a los sacerdotes y al pueblo y para que la guerra acabara con su reclusión o su muerte, si no moría antes de muerte natural. No se le ocultaban sus propios méritos para ocupar el trono: el suegro del rey, el sabio. Aunque de avanzada edad, quien codicia el trono no deja nunca de esperar el momento apropiado para ocuparlo. Quizá llegó a concebir la idea de casarse con su hija Nefertiti para aumentar sus derechos y para que ella permaneciera en el trono. No se trata sólo de imaginaciones mías, sino que tengo fuentes fidedignas. De todas maneras, su plan fracasó debido, al principio, a la lealtad del pueblo hacia su rey, y luego a la confianza de los sacerdotes en Tutankhamón en lo más álgido de la crisis. Estoy convencido de que todavía conserva sus antiguas ambiciones.

»No podía confesar mis ideas a nadie, pero intenté a menudo aconsejar al rey, le dije:

»—Sin duda tu dios es el dios verdadero, pero deja que la gente tenga sus dioses, construye un templo en cada provincia y obtendrás la victoria final, pero ahórranos la guerra civil.

»Hubiera sido más fácil mover de su sitio una pirámide que conseguir que Akhenatón diera marcha atrás en sus decisiones. Lo único que hacía era repetirme:

»—¡Hombre de poca fe!

»También intenté salvar al país de la corrupción, y al imperio de la perdición, diciéndole:

»—El derecho de defenderse a sí mismo no es incompatible con el amor y la paz.

»Me dijo con un extraño entusiasmo:

»—Hasta los mismos hititas se someterán al encanto del amor, pues el amor es más fuerte que la espada y que el orgullo.

»Cuando las tinieblas se abatieron sobre nosotros, me reuní en secreto con el sacerdote de Amón y con el general de la defensa de May, y les dije:

»—Si no hacemos algo enseguida, perderemos la honra y el mérito.

»Me miraron interrogándome y les dije:

»—Los sacerdotes deben dejar de organizar alborotos en el interior, y el general May, con el ejército de defensa, debe apresurarse a salvar el país.

»May preguntó:

»—¿Atacar sin órdenes del faraón?

»Le respondí tranquilamente:

»—Sí...

»El sacerdote, que era el más poderoso de los tres, dijo:

»—¿Y después?

»Le respondí:

»—Cuando May obtenga la victoria le exigirá al rey que haga pública la libertad de religión.

»El sacerdote dijo:

»—El plan no es muy sabio, porque las tropas de May se podrían rebelar, si les ordena un ataque sin orden del faraón.

»Luego frunció el ceño hasta enrojecer, y me dijo:

»—Tú estás al servicio de tu señor, Nakht, no de nuestra parte. Sin duda has oído hablar del éxito de nuestra revolución en provincias y has decidido despojarnos de nuestros fieles ejércitos...

»Encajé el golpe con indignación y abandoné la sala convencido de que todos se preocupaban de su provecho personal, de que Egipto estaba en manos de unos estúpidos y de que las consecuencias de su destrucción nos alcanzarían a todos, leales y rebeldes, y no sólo a Akhenatón, quien era, de todos los culpables, quizás el de conciencia más pura y el de mejores intenciones. Los muy astutos jugaron con él y prepararon un plan para llevar a cabo sus ambiciones y poder luego heredar el trono después de su caída definitiva.

Él creyó sus mentiras y tuvo fe en ellas, y de su fe brotó una energía impagable que los invadió durante un cierto tiempo, invadió sus corazones con su encanto maravilloso hasta que chocó con la roca afilada y dura de la realidad, dejando en su lugar un drama de destrucción y lágrimas. En el último momento, los ávidos oportunistas se aferraron al bote de salvamento, dejando a su maravillosa víctima hundirse en la soledad, incapaz de creer que su pretendido dios le hubiera abandonado de verdad. Todos se quitaron las máscaras, encabezados por Ay y Nefertiti. Aunque sus destinos fueron distintos, ninguno de ellos obtuvo su merecido, excepción hecha del pobre Hereje y, en cierta medida, Nefertiti, de quien los sacerdotes no aceptaron el fingido arrepentimiento. En cuanto a Egipto, tuvo que cargar con los errores de todos mientras su cuerpo se llenaba de heridas...

El ministro permaneció en silencio y luego murmuró profundamente apenado:

—Es una historia de traiciones, de inocencia, de eterna tristeza...

Era el médico particular de Akhenatón, y continuaba ocupando el mismo cargo en el palacio de Tutankhamón, a sus sesenta años. De aspecto noble, por sus venas corre sangre nubia. Lo visité en su elegante palacio en el centro de Tebas. Me pareció ser de talante tranquilo, de voz suave, muy activo, vestido elegantemente. Empezó a hablarme abandonándose a la corriente de sus recuerdos:

—Se diga lo que se diga sobre Akhenatón, a quien hoy llaman el Hereje, su recuerdo llena de cariño nuestro corazón y constituye, con su magia, un desafío a nuestra memoria: ¿de veras existió un hombre tal entre nosotros? ¿De veras dedicó su vida al amor? ¿De veras dejó tras de sí aquel huracán de odio y aversión? Cada vez que lo recuerdo, recuerdo con él la angustia que suscitó desde su más tierna infancia en quienes lo trataban de cerca o de lejos. La gran reina Tiy me preguntaba:

»—¿Cuál es el secreto de su debilidad, Bintu?

»¡Cuánto me desconcertó esa pregunta! No estaba enfermo, pero era pálido y delgado, sin defensas ante las enfermedades o los accidentes. Al contrario que su hermano Thotmés, fuerte y hermoso, no le gustaban el deporte ni la buena mesa. Oré a Thot, dios de la ciencia, diciéndole: «Acude a mí y guíame, pues yo soy tu siervo». No servían ni los zumos de hierbas bendecidos con la magia de Isis ni los amuletos de Thot, escriba de los dioses. Mi temor alcanzó el máximo cuando cogió las fiebres del jamsín y contagió a su hermano Thotmés, quien dormía en su misma habitación.

La reina Tiy me dijo:

»—Tienen estreñimiento, mirá qué amarillos están...

»Los examiné y dije:

»—Tienen el corazón caliente y el vientre hinchado, hay que darles una purga. Haced una infusión de cerveza dulce y harina seca macerada durante una noche y que beban de ella durante cuatro días.

»Antes de ese tiempo murió el más fuerte, Thotmés, y se salvó el más débil. El muchacho rondaba por todo el palacio buscando a su hermano con el corazón despedazado de tristeza. Cada vez que me veía me lanzaba una mirada de protesta y decía:

»—Dejaste morir a mi hermano...

»Le decía a su padre protestando:

»—¡Cuando sea faraón mataré a la muerte!

»Un día me preguntó ansioso:

»—¿No es posible que Thotmés vuelva algún día?

»Le respondí:

»—Ora a los dioses que te salvaron, porque no hay retorno de la muerte y todos debemos morir.

»Me preguntó con violencia:

»—¿Por qué?

»Le respondí cariñosamente:

»—Repite el canto que recitabas con tu hermano, el que se ha ido:

Aquellos cuyas palabras la gente repite:

¿Dónde estáis ahora?

Es como si apenas tienes una alegría,

Tu corazón lo olvida.

Osiris no oye el lamento.

El griterío no salva a nadie del mundo de los muertos...

»Lo acompañó la tristeza durante largo tiempo, e incluso me pareció que sentía más la muerte de su hermano que su misma madre. En una ocasión en que lo estaba curando me dijo:

»—¿Para qué todo este esfuerzo si todos vamos a morir?

»Sonreí y continué con mi trabajo. Repitió su pregunta:

»—¿Por qué sonríes como si no fueras a morir?

»Le respondí escabulléndome:

»—Pregúntale a tu maestro Ay.

»Dijo despreciándolo:

»—Él no sabe más de lo que sabes tú.

»Su madurez, a pesar de su juventud y de su endebles, era sobrecogedora. Seguí sus aventuras espirituales con interés y admiración sin límite. Me dije que aquel muchacho poseía ocultas y extraordinarias dotes que resultaban inexplicables, sobrecogedoras, desafiando la energía que acechaba en él. ¿Qué le depararían los arcanos el día en que ocupara el trono de sus abuelos? Su actividad era, a pesar de su debilidad, pasmosa. Dormía poco, oraba mucho como si fuera un sacerdote, leía mucho como un sabio, no paraba de preguntar y discutir. Su padre el rey estaba preocupado por él y dijo con pesar:

»—¡Estoy seguro de que se merece cualquier cosa excepto ocupar el trono!

»Un día vi que miraba a su padre de un modo que no me gustó, y le dije:

»—Comprendes muchas cosas, pero todavía no has comprendido la grandeza de tu padre.

»Me respondió nervioso:

»—¡Me molesta su aspecto mientras traga!

»Se apartaba de la gente dominada por sus apetitos. Yo creía que la salud mental era la base de la salud del espíritu, pero aprendí que lo contrario también puede ser cierto, y que la fuerza del espíritu puede otorgar a un cuerpo débil una energía insospechada.

»No olvidaré sus palabras, riñéndome:

»—Tú te interesas por el cuerpo como si lo fuera todo, mientras que la verdadera fuerza se esconde en el espíritu, que es eterno. ¡El cuerpo es un edificio gastado y sucio, de malos hábitos, que se derrumba con la picadura de un bicho cualquiera!

»Exclamó como si hubiera olvidado totalmente mi presencia:

»—No sé lo que quiero, pero un gran anhelo me domina, ¡qué noche más larga y triste!

»Se agazapaba en las tinieblas esperando el amanecer. Entonces recibía la luz y resplandecía de alegría, hasta que un día con el torrente de luz le llegó la voz del dios único, y la tormenta se desencadenó en el corazón confiado de Tebas.

Me dije:

»—¡Esto no va a ser una brisa de primavera, sino una tormenta invernal!

»Los reyes me mandaron llamar, y Tiy me dijo:

»—¿Qué significa esta voz, Bintu?

»Dije asombrado:

»—Quizás el sabio Ay sea más apto para dar una respuesta, mi señora.

»El rey intervino hastiado:

»—Te lo pregunta como médico.

»Les dije con sinceridad:

»—No conozco una mente más madura que la suya, mi señor.

»Me preguntó con violencia:

»—¿Acaso juega con nosotros?

»—Es sincero y fiel.

»—Parece que no tienes explicación para ello.

»—Es verdad, mi señor.

»Me preguntó frunciendo el ceño:

»—¿Estás convencido de su cordura?

»—Ciertamente, mi señor.

»—¿No puede ser que le visite una fuerza maligna?

»—La experiencia se adquiere con la práctica.

»Exclamó enfadado:

»—¡La experiencia la adquiriremos con los demonios que nos enviará!

»Llegó el momento de su boda con Nefertiti, anunciando nuevas esperanzas. Esperanzas de sus padres y esperanzas nuestras de que el matrimonio le centrara y le aportara algo de equilibrio y visión práctica. Sin embargo, la esposa era una sacerdotisa y emprendieron su camino hasta el fin sin que nadie en la tierra pudiera detenerlos. Amenhotep III murió y le sucedió el mensajero divino. Todos sentían que la batalla se acercaba y los nervios de todo el mundo estaban muy exaltados. Fui uno de los elegidos por el rey, que me dio a escoger entre aceptar su religión o ejercer mi profesión lejos de su palacio. No dudé en elegir y anuncié delante de él mi fe en la

nueva religión: no podía separarme de él ni ignorar la atracción que ejercía sobre mí. Me gustó su dios y lo consideré en mi fuero interno uno de los más importantes, aunque continué creyendo en los antiguos dioses, y en Thot en particular, cuyos amuletos y sortilegios sigo usando para curar. Se sucedieron los acontecimientos como bien sabes, empezó la construcción de la ciudad del nuevo dios y nos trasladamos a ella en distinguida comitiva, repitiendo sus himnos. La alegría dominaba al rey, su rostro rebosaba de satisfacción.

»—Somos tus huéspedes, mi dios, en tu ciudad pura, jamás mancillada por el culto a los falsos dioses.

»Entramos en una era deseando la inmortalidad terrenal. Simultaneaba cada mañana los sermones del templo con los ritos de los antiguos dioses y las poesías del libro de los muertos, y no me cabía ninguna duda de que un fermento divino invadía nuestros espíritus como un rayo de luz purísima.

»El primer elemento de tristeza nos llegó con la muerte de su amada princesa Mikitatón. Me había mandado llamar y me dijo:

»—Bintu, salva a mi querida.

»Cuando la hermosa princesita expiró, rompió a llorar como Nefertiti o más todavía, y se lo reprochó impacientemente a su dios, hasta que Miri-Ra, el gran sacerdote, le dijo:

»—¡No enojas a dios con tus lágrimas, mi señor!

»Lanzó un aullido de tristeza o de arrepentimiento o de ambas cosas a la vez. Nefertiti exclamó:

»—¡No es más que la magia de los sacerdotes de Amón!

»Repetía esa frase cada vez que tenía una hija y se perdía otra vez la ocasión de tener un heredero. Él compartía su dolor y se entristecía con ella. En una ocasión me dijo:

»—¿No tienes ningún remedio útil para tener un heredero?

»Le respondí:

»—Hago lo que puedo, mi señor.

»Me preguntó:

»—¿Crees en la magia de los sacerdotes?

»Le respondí disgustado:

»—No se puede menospreciar nada.

»Pensó un poco y luego me dijo en voz baja:

»—El dios único vencerá y llenará el mundo de alegría, pero el género humano nunca se libraré de sus pequeñas tristezas.

»Es por ello por lo que pronto cruzaba el puente de la tristeza para bañarse en la luz de la verdad.

Cuando las crisis internas y externas se acentuaron, el gran sacerdote de Amón

me envió un mensajero secreto que me recordó mi período de estudiante en el templo de Amón. Luego me hizo la siguiente pregunta:

»—¿Podemos confiar en ti para salvar la patria del peligro que la amenaza?

»Enseguida me percaté de que, como médico, me estaba exigiendo que lo asesinara. Por eso le respondí tajantemente:

»—Mi profesión me prohíbe la traición.

»Me reuní con Mahu y le pedí que vigilara de cerca a los cocineros. Con todo, las cosas iban de mal en peor.

El médico enmudeció durante un momento, buscando un poco de descanso en aquel agobiante mar de recuerdos. Recordé los rumores contradictorios sobre la vida sexual de Akhenatón, y supuse que el hombre no me iba a hablar de ello, así es que se lo pregunté, empujado por una curiosidad irresistible. Me respondió:

—Su cuerpo tenía características de los dos sexos, así como su rostro, pero era un hombre capaz de tener relaciones y de procrear.

Una pregunta ardía en mis labios temblorosos. Tras mucho dudar, hice acopio de valor y le dije:

—¿Has oído lo que cuentan sobre sus relaciones con su madre?

Su rostro se ensombreció:

—Sé lo mismo que has oído tú, pero lo considero una pura calumnia.

Se detuvo mientras su gesto se torcía aún más:

—La cuestión es que era un hombre por encima de los demás, que anunciaba un reino divino inaceptable para la naturaleza humana. Hizo que cada uno sintiera su insignificancia y los desafió con una insistencia sin precedentes. Se abalanzaron sobre él con una ira terrible y con un odio animal...

Le pregunté, anhelando su indulgencia:

—¿Cuál es tu opinión sobre Nefertiti?

—Una gran reina, de innumerables méritos.

—¿Cómo explicas que le abandonen?

—Tengo una sola explicación, y es que ella no resistió los ataques y cayó en una depresión, refugiándose derrotada en la soledad.

Luego continuó su narración diciendo:

—El drama llegó a su negro fin cuando recibimos la orden de abandonarle. Le pedí permiso a Horemheb para permanecer a su lado en calidad de médico particular, pero me dijo que los sacerdotes ya habían decidido mandarle un médico de los suyos. De todas maneras, me permitieron visitarlo por última vez antes de marcharme. Volé inmediatamente a su palacio, en el cual no quedaban más que un puñado de esclavos y un grupo de vigilantes escogido por sus enemigos. Lo encontré solo en su refugio, rezando, cantando con voz triste:

*Eres bello... eres magnífico,
Alegras el corazón de los hombres,
Los árboles y la hierba reverdecen,
Los pájaros aletean,
Los corderos saltan.
Creaste millones de cachorros.
Estás en mi corazón,
y nadie te conoce
más que tu hijo Akhenatón.*

»Cuando terminó sus rezos, me miró sonriente. Bajé la mirada con los ojos en lágrimas. Me preguntó:

»—¿Cómo has conseguido venir hasta aquí?

»Le dije con voz temblorosa:

»—Me permitieron visitarte por última vez antes de partir.

»Dijo tranquilamente:

»—Estoy perfectamente, Bintu.

»Le dije con tristeza:

»—Ninguno de los que te eran fieles se ha marchado por voluntad propia.

»Sonrió:

»—Sé muy bien quién se ha ido queriendo y quién lo ha hecho a su pesar.

»Me incliné para besar su mano y le dije:

»—Me duele mucho que te quedes solo.

»Me respondió:

»—No estoy solo, hombre de poca fe.

»Y luego, con energía reconfortante, dijo:

»—Piensan que nos han derrotado, a mí y a mi dios, pero mi dios no traiciona ni acepta la derrota.

»Lo dejé, con los ojos enrojecidos por el llanto, seguro de que el médico enviado para ocupar mi lugar lo asesinaría, a él, al más alto espíritu que jamás habitara carne humana. Me hundí en una soledad de la que no he salido hasta hoy.

NEFERTITI

Me permitieron la entrada a Akhetatón con un permiso especial del general Horemheb. Los puntos de vigilancia se sucedían a lo largo de la orilla del Nilo. Crucé la mitad norte de la ciudad, entre el puerto y el palacio de la reina prisionera precedido por un soldado del cuerpo de vigilancia. En mi camino me vi asaltado por una corriente de recuerdos llena de espuma y de perlas, debatiéndome entre el llanto y la admiración, rodeado por la mortal soledad. Las gigantescas calles se escondían bajo montañas de escombros, restos de hojas secas de los árboles y montones de maderos que las tormentas habían arrancado de las puertas y ventanas. Los grandes portones se cerraban como cuerpos embalsamados. Las villas estaban abandonadas y sobre sus paredes derribadas se cernía un pesado silencio hecho de ocultos lamentos. En medio de un gran montón de escombros se alzaban las derruidas paredes del templo del dios único, donde antes retumbaban los más dulces cánticos sacros. Una imagen de odio y venganza atravesaba la tristeza, la soledad y el olvido, dejando un sello de muerte con sus eternos y terribles atributos. Hacia el atardecer, nos acercábamos al palacio de la reina, en el extremo norte de la ciudad. Era alto, de grandes dimensiones, iluminado por su verde jardín, con sus tristes ventanas cerradas, a excepción de una, cuya visión hizo palpar mi corazón. Estábamos a mitad del otoño, el agua del Nilo todavía acarreaba montañas de despojos y tenía un color rojizo oscuro que llenaba los estanques artificiales del palacio. Mi corazón palpitaba mientras mi viaje tocaba a su fin, como si el único objetivo de mi aventura fuera aquella dama.

Me encontré en un aposento pequeño y elegante cuyas paredes estaban adornadas con versos sacros. El fondo lo ocupaba un trono de ébano sustentado por cuatro leones con brazos de oro puro. Afortunadamente, pronto apareció la extraordinaria dama vestida con una túnica blanca y holgada. Era delgada, hermosa, magnífica, su espalda no se inclinaba bajo el peso de cuarenta años de penas y decepciones. Se sentó y me invitó a sentarme, y me prodigó una mirada tranquila y llena de tristeza. Empezó alabando a mi padre, y luego me preguntó con amargura:

—¿Qué te ha parecido la ciudad de la luz?

Aparté la mirada, fascinado por su belleza, y permanecí en silencio. Empezó a hablar:

—Has escuchado muchas cosas sobre nosotros dos, ahora escucharás la verdad... Crecí llena de amor por la verdad y por el mundo, ayudada por la sabiduría de mi padre Ay. No sentí la pérdida de mi madre, cuando yo tenía un año, debido al gran cariño que me prodigó Tiy. Era para mí una verdadera madre, no tan sólo la mujer de mi padre, y me proporcionó una infancia muy feliz. Sus sentimientos no cambiaron con el nacimiento de mi hermana, Mut-Najmat, debido a su sabiduría. Crecimos como dos hermanas que se amaban, aunque mi superioridad suscitara más tarde envidias y odios que saldrían a la luz mucho más tarde. El cariño de Tiy nunca hizo

distinciones entre nosotras, al menos en apariencia, lo cual siempre le agradecí. Más tarde la recompensé nombrándola nodriza real y elevándola al rango de princesa. Un día mi padre trajo a un santón de esos que leen el futuro, y al mirar el ascendiente de las dos hermanas dijo:

»—Estas dos hermanas ocuparán el trono de Egipto.

»Mi padre se sorprendió y dijo:

»—¿Las dos?

»Pude oír claramente su respuesta:

»—¡Las dos!

»Nos desconcertó mucho lo extraño de su predicción, pues confiábamos en aquel hombre. Dije riendo:

»—Quizá lo ocupará una de nosotras y lo heredará la otra.

»Mis palabras intranquilizaron a Tiy, quien dijo:

»—Olvidemos esta predicción y dejemos el futuro para los dioses.

»Intentamos olvidarla, pero reaparecía de vez en cuando en nuestra imaginación, hasta que los hechos la hicieron eclosionar. Lo primero que oí sobre Akhenatón fue a través de mi padre, cuando fue elegido como su preceptor. En nuestras reuniones familiares, se comentaba a menudo su inteligencia y su precoz madurez. En una ocasión, dijo de él:

»—Tiene una personalidad muy interesante: critica a los dioses y a los sacerdotes y ya no cree más que en Atón.

»Contrariamente a mis padres, en mi interior estaba de acuerdo con lo que él decía, porque yo también amaba a Atón, y me maravillaba su completo dominio de los cielos y de la tierra, mientras los otros dioses se agazapaban en las tinieblas de los templos. Por eso dije inocentemente:

»—Tiene toda la razón, padre.

»Mis palabras enojaron a mi madre y a mi hermana. En cuanto a mi padre, respondió sonriente:

»—Te estamos preparando para que seas una buena esposa, no una buena sacerdotisa.

»Sin embargo, yo nací para ser sacerdotisa, a pesar de mi amor por la maternidad y la gloria terrenal. Cuando mi padre nos trajo las primeras noticias sobre el dios nuevo, el único, me invadió una gran zozobra, y se desató una tempestad en mis sentimientos. El heredero fue sometido a las más ásperas críticas.

»Mi madre le preguntó:

»—¿Qué piensan el rey y la reina?

»Ay respondió en voz baja:

»—En palacio se está produciendo una crisis sin precedentes.

»Mi madre dijo con temor:

»—Tengo miedo de que te critiquen como maestro.

»Respondió con tristeza:

»—Ellos saben perfectamente que su hijo no se arredra ante nadie por importante que sea.

»Mut-Najmat dijo:

»—Está loco, perderá el trono. ¿Es que no hay otro posible heredero?

»—No tiene más que una hermana mayor, enferma...

»Durante la conversación me invadió una violenta ola de sentimientos hasta el punto de que temí desmayarme.

El heredero se me presentaba como una leyenda muy atractiva, irresistible. Sin embargo, dudé mucho en tomar una decisión, lo cual fue para mí un tormento. Una tarde oí a mi padre que a escondidas cantaba uno de los himnos del príncipe:

*Eres bello... eres magnífico,
Alegras el corazón de los hombres,
Los árboles y la hierba reverdecen,
Los pájaros aletean,
Los corderos saltan.*

»Lo aprendí de memoria, extasiada, y lo repetía mientras mi corazón se abría a él y se llenaba de néctar. Me atraía como una mariposa se siente atraída por la luz. El destino decidió que fuera esa mariposa atraída por la luz que acaba de quemarla. La energía y la bondad de la fe me asaltaron, en un cortejo de cantos y himnos, regalándome paz y serenidad. Yo murmuraba:

»—¡Oh, dios único, creeré en ti por toda la eternidad!

»Me confesé a mi padre y le repetí aquel himno. Frunció el ceño y me dijo:

»—¿Me escuchas a hurtadillas?

»Ignorando sus reproches le pregunté:

»—¿Qué opinas sobre la voz que oyó, padre?

»Me respondió fríamente:

»—No lo sé.

»Me atreví a preguntarle:

»—¿Es posible que esté mintiendo?

»Enmudeció por un instante y luego respondió:

»—Él no miente jamás.

»—En ese caso, ¡la voz era real!

»Dudaba, preocupado, pero dijo:

»—¡Quizá fue un sueño lo que oyó!

»Dije a modo de confesión:

»—¡Padre, yo creo en el dios único!

»Palideció y exclamó:

»—Cuidado, hija, guarda el secreto en tu corazón hasta que yo lo arranque de ahí.

»Como sabes, fuimos invitados a la celebración de los treinta años de reinado. Tiy nos dijo:

»—Quiero congrega a la mejor juventud de Egipto, y vosotras sois de las más bellas.

»Sin embargo, mi único deseo era ver a una sola persona, a aquel que me había guiado hacia la luz de la verdad. En la enorme sala de recepciones conocí a algunos jóvenes que podrían haberme hecho disfrutar de la vida, como Horemheb, Nakht, Bek, May u otros, pero en realidad mi corazón no latía más que para mi señor. Reconozco que la primera vez que lo vi me causó una gran impresión. Me lo había imaginado como una estatua de luz, y lo encontré delgado y endeble, una decepción para mis sueños. Sin embargo, enseguida superé aquella primera decepción y fui más allá de su penosa apariencia para encontrar aquel espíritu que en ella se escondía, aquél que el dios único había elegido para difundir su mensaje de amor. A él juré fidelidad en mi interior por toda la eternidad. Estaba sentado a la derecha de su padre y seguía embelesado el canto y la danza. Mis ojos no se apartaban de él. Muchos se dieron cuenta de ello, y cada uno lo explicó a su manera para repetirlo más tarde a la luz de los acontecimientos posteriores. No olvidaré lo que me dijo después Mut-Najmat, presa de los celos:

»—¡Te habías propuesto un objetivo y lo has conseguido!

»Deseé que me mirara y lo hizo. Nos dirigió una mirada penetrante y nuestros ojos de encontraron por primera vez. Parecía que su mirada aburrida iba a pasar de largo, pero se detuvo aparentemente sorprendido, como deslumbrado, preguntándose quién sería aquella muchacha que lo miraba con avidez. Su mirada se desplazó hacia la reina madre Tiy, quien descubrí que a su vez me miraba. Mis sueños pendían en un horizonte lejano, pero ni en sus momentos más osados se acercaban a lo que luego sería la realidad. Regresamos a nuestro palacio con el corazón repleto de vagas esperanzas. Mut-Najmat se hundía en la tristeza, y cuando nos encontramos a solas en nuestro aposento, me dijo:

»—Mis suposiciones se han confirmado.

»Le pedí aclaraciones y exclamó:

»—¡Está loco y enfermo!

»Inmediatamente comprendí a quien se refería:

»—Has visto su aspecto, pero no has comprendido su corazón.

»Al día siguiente, mi padre nos dijo:

»—La reina Tiy quiere ver a Nefertiti.

»La noticia sacudió violentamente a toda la familia. Nuestras miradas se cruzaban

interrogándose. Mi padre dijo:

»—Sin duda el motivo es la satisfacción o la sorpresa.

Tiy dijo complacida:

»—Apuesto a que desea incluirte en su séquito personal.

»Acudí acompañada por mi padre. Nos condujeron al salón de recepciones de la reina, el que daba al jardín interior del palacio. Me incliné ante ella, después de lo cual me invitó a sentarme en un diván a su lado. Me inspeccionó sin que le importaran mis sentimientos. Me preguntó:

»—¿Te llamas Nefertiti?

»Asentí con la cabeza. Prosiguió afectuosamente:

»—Un nombre muy apropiado.

»Sentí que mis mejillas enrojecían de alegría.

»—¿Cuántos años tienes?

»—Dieciséis años.

»—Pareces mayor.

»Pareció bromear:

»—¿Para qué crees que te he mandado llamar?

»Respondí inspirada:

»—Para algo que yo no merezco.

»Sonrió:

»—Buena respuesta. ¿Qué estudios tienes?

»—Sé leer y escribir y conozco la aritmética, la poesía y la religión, además del cuidado del hogar.

»—¿Qué piensas de Egipto?

»—Es el dueño del mundo. Su rey es rey de reyes.

»Me preguntó con interés:

»—¿Cuál es tu dios predilecto?

»Le respondí obligada a ocultar la verdad:

»—Atón, mi señora.

»—¿Y Amón?

»—Es quien mantiene unido al imperio, pero Atón es el que lo recorre cada día.

»—Lo que siente el corazón es incontrolable, pero debemos afirmar que Amón es el mayor de los dioses.

»Consentí:

»—Así es mi señora.

»—Con sinceridad, ¿el amor ha llamado a tu puerta?

»Dije, sin dudarlo:

»—No, mi señora.

»—¿Nadie ha pedido tu mano?

»—Muchos, pero ninguno le ha parecido adecuado a mi padre.

»Me miró fijamente durante un instante y luego me dijo:

»—Sinceramente, ¿qué piensas de que el heredero se haya apartado de Amón?

»Por primera vez mi lengua se paralizó y quedé sin habla. Insistió en tono imperioso:

»—¡Respóndeme con sinceridad!

»Mi inteligencia me socorrió y le dije:

»—Sean cuales sean sus sentimientos, hay que preservar las tradiciones que ligan al trono y a los sacerdotes.

»Sonrió tranquilizada, y me dijo:

»—¡Buena respuesta!

»Se recompuso, adoptando un tono cariñoso, y me preguntó:

»—Háblame del caballero de tus sueños, ¿cómo quieres que sea?

»Vacilé un instante, luego respondí:

»—Quiero que tenga la fuerza del combatiente y el espíritu del sacerdote.

»Sonrió:

»—Eres muy ambiciosa, ¿y si tuvieras que escoger?

»—Prefiero al espiritual.

»—¿De veras?

»—Sí, mi señora.

»—No eres como las otras muchachas.

»—Para mí la vida terrenal no puede prescindir de la religión.

»—¿Y puede una religión ignorar la vida terrenal?

»Me hice atrás y dije:

»—No hay religión sin vida terrenal.

»Enmudeció largo rato, mientras yo intentaba esconder mi creciente excitación.

Finalmente me preguntó:

»—¿Has visto al heredero?

»—En la ceremonia, mi señora.

»Me preguntó con una voz extraña:

»—¿Qué te pareció?

»—Posee una energía oculta que lo distingue de los otros...

Me sorprendió su pregunta:

»—¿Quieres decir como marido?

»Aterrorizada por la sorpresa, enmudecí. Cuando me repitió la pregunta, le dije con voz temblorosa:

»—No tengo palabras, mi señora.

»—¿Nunca has soñado en llegar a reina?

»—Mis sueños forman parte de mi humilde conciencia.

»—¿No te atrae el trono?

»—Es algo que no me atrevo ni a soñar.

»Enmudeció un instante, y luego dijo:

»—Te he elegido como esposa de mi hijo, el heredero.

»Cerré los ojos debido a la intensidad de la emoción, y cuando recuperé mis fuerzas le dije:

»—Pero él no me conoce ni le importo...

»Dijo con energía:

»—Pero me ama y se somete a mi voluntad...

»Después continuó su explicación:

»—En primer lugar, me interesa encontrarle una compañera adecuada. Apenas te vi intuí que eras la compañera que andaba buscando. Yo tengo más fe en la intuición que en la razón.

»La intensa emoción me impedía pronunciar una sola palabra. Ella continuó hablando:

»—Pero una reina debe cumplir con su deber ante todo, ¿cuál es tu parecer?

»—Espero ser tal como vos deseáis, mi señora.

»Su voz se hizo más penetrante:

»—Prométeme que serás mi incondicional colaboradora.

»Le respondí valorando la responsabilidad de sus palabras:

»—Os lo prometo.

»—Y yo confío en el honor de tu palabra.

»La gracia que me hacía era tan grande que no supe cómo agradecerse. Sin embargo, apenas salí de su presencia me di cuenta de que era su prisionera, de que su poder no se podía menospreciar, y de que me iba a vigilar en todo momento. Pensé en el heredero y pensé que por mucha que fuera su magnificencia, no iba a ser fácil tenerlo como marido y que yo iba a pagar caro el precio de la gloria. Mi familia se quedó estupefacta y extasiada al saber la noticia. Naturalmente, puedo imaginarme cómo afectaría al corazón de Mut-Najmat, y cómo Tiy secretamente compartía los sentimientos de su hija, pero el destino irrumpió como un río desbordado saltando todas las barreras, y aunque a mí me había prometido el trono, a ellos los elevaba al rango de familia real. Por eso todos me recibieron con besos y buenos deseos. Recordé la profecía y cómo milagrosamente se había hecho realidad. ¿Se cumpliría también para Mut-Najmat? Eso me angustiaba. Quizá Mut-Najmat también la recordara y era eso lo que la impulsaba a ser paciente. Decidí apartar de mí los temores. Mi padre me llamó a su aposento y me dijo con cariño:

»—Tu madre se alegrará hoy en su tumba.

»Le dije con tristeza:

»—Quizá ella sí.

»Me preguntó sonriendo:

»—¿Cómo te sientes?

»Le respondí con sinceridad:

»—La realidad sobrepasa cualquier sueño.

»—La fortuna no te podía otorgar una ocasión mejor para ser feliz.

»Le pregunté:

»—¿De veras crees que tengo la felicidad asegurada?

»—El trono da gloria, pero la felicidad depende de la sabiduría de cada uno.

»Le dije, muy emocionada:

»—Cuánta razón tienes, padre.

»—Rezaré por tu éxito y tu felicidad.

»Los preparativos para la boda se llevaron a cabo con una rapidez poco habitual. La celebración tuvo lugar en el palacio, con un fasto digno de la magnificencia de Amenhotep III y de su amor por la buena vida. Tiy me llevó a la habitación dorada y me susurró al oído palabras de encomio. Me hizo sentar al borde de la cama, vestida con unas ropas doradas que dejaban ver mi cuerpo desnudo. Entonces apareció el heredero. La única iluminación eran los candelabros que brillaban en los rincones. Se quitó la túnica, dejando ver un vestido corto transparente y avanzó hacia mí con presteza, mientras sus ojos relucían de deseo. Me hizo poner en pie sobre la cama y, abrazando mis piernas, susurró:

»—¡Eres el sol de mi vida!

»Mi espíritu se contentaba con la luz que de él emanaba, pero mi cuerpo se marchitaba ante su extraño aspecto. Me dijo con sorprendente sinceridad:

»—Te amé desde el momento en que te vi, en la fiesta, y corrí a comunicar mi deseo de casarme contigo a mi madre.

»Rió alegremente y continuó:

»—Al principio no quería que me casara con alguien que no fuera de sangre real, y le dije: «Tú tampoco lo eres, madre». Fingió que se enojaba, pero te mandó llamar y nos casamos...

»Recordé que ella me había dicho que era idea suya y disimulé con una sonrisa. Era mi turno de hablar, y de decir algo verdadero:

»—Creo en ti y en tu dios antes de conocerte.

»Exclamó con júbilo:

»—Así me lo dijo Ay, tú eres la primera creyente, Nefertiti.

»Le dije, intentando evitar el momento crucial:

»—Seré la primera en cantar los himnos al dios en su templo. Te lo prometo.

»Mis sentimientos religiosos se disiparon y en su lugar sólo quedó la vida real y la angustia. Vivimos juntos nuestra vida matrimonial y religiosa. Mi vida espiritual me proporcionó momentos inolvidables que iluminaron mi corazón, e incluso llegué

a tener esperanzas de que el dios me hablase como le hablaba a él, siendo nosotros dos mitades de un mismo símbolo. En cuanto a mi cuerpo, se fue endureciendo en la tristeza y el silencio. Pronto sufrí el fruto de ello y mi salud empeoró, palidecí. El futuro jugaba conmigo y con mi cuerpo delicado y hermoso. Mi señor vivía en la verdad y el vicio que más aborrecía era la mentira y a los mentirosos. Yo me preguntaba angustiada qué le iba a responder si un día se le ocurriese preguntarme: «¿Me amas, Nefertiti?». No tendría valor para responderle y, además, era él quien me había enseñado a amar la verdad y a odiar la mentira por encima de todo. Tenía preparada una respuesta a su supuesta pregunta:

»—El amor llegará a su debido tiempo; perdóname pero yo odio la mentira como tú.

»Quizá con esa respuesta se desvanecieran todos mis sueños, a cambio de la gloria y el esplendor. Sin embargo, nunca me la hizo: él se quedó con su incertidumbre y yo con mi angustia. Un día la reina Tiy me hizo llamar a su salón y empezó a inspeccionar mi cuerpo sonriendo. Me dijo:

»—Debes cuidarte, en tu vientre hay una nueva vida que algún día será parte de la historia de este país.

»En sus palabras percibí una indicación de que debía esperar un heredero. Le dije:

»—Rezad por mí, mi señora.

»Me dijo confiada:

»—Tienes mucha vida por delante.

»Dije apenada:

»—Yo no puedo hacer nada.

»Me amonestó:

»—No debes tener miedo.

»Me quejé:

»—No pediré lo que no está en poder de los hombres.

»Murmuró:

»—¡Una reina no es como el resto de los mortales!

»Destrozó todas mis defensas. Era una mujer fuerte e inteligente, magnífica como la describía mi padre. Mi marido la amaba de una manera extraordinaria, y ella lo consideraba de su propiedad, aun después del matrimonio. Sentí que todavía me tenía encadenada. Las noticias del nuevo dios llegaron a los sacerdotes y el aire se enrareció. En aquel período de nuestras vidas conocí el alcance de la energía de mi marido, oculta hasta entonces tras su debilidad corporal, percibí la dureza de su espíritu, la energía de sus designios, la violencia de su valor y su firmeza ante los desafíos. Una vez me dijo:

»—Ni las montañas de piedra que son las pirámides me apartarán de mis objetivos.

»Le dije, conmovida por su entusiasmo:

»—Yo estaré contigo en todas las circunstancias.

»Exclamó:

»—¡Nuestro dios no nos desampará!

»Ni sus padres conseguían hacerle cambiar de opinión.

»Un día, que considera como uno de los más importantes de mi vida, Tiy me mandó llamar:

»—¿Acaso el estar embarazada te ha hecho sorda a las tristezas de Tebas?

»Le respondí preparándome para la batalla:

»—Las tristezas de Tebas son las nuestras.

»Me dijo con astucia:

»—¿Acaso tus buenas palabras no pueden influir en él?

»Me atreví a responderle:

»—Las palabras de su dios tienen más poder.

»Dijo preocupada:

»—Sin embargo, no pareces triste ni angustiada.

»Me sacudí mis cadenas y le respondí:

»—Yo creo en lo que dice mi señor.

»Con aquella confesión declaré que mi amor por el dios único era más fuerte que mi amor por el trono y me liberé.

»Abriendo sus grandes ojos, me preguntó:

»—¿De veras crees en el nuevo dios?

»—Sí, mi señora.

»—Eso significa que reniegas de los dios de Egipto.

»Dije con ardor:

»—Él es único, no hay otro más que él.

»Me preguntó en tono enojado:

»—¿Acaso los otros no tienen derecho a adorar a sus dioses?

»—Él no se opone a lo que hagan los otros.

»—Pero un día será rey, el sirviente de todos los dioses.

»—Nosotros no servimos más que a un dios.

»Exclamó:

»—¿No te das cuenta de las consecuencias de esta rebeldía?

»Le respondí con sincera seguridad:

»—Nuestro dios no nos desampará nunca.

»—¿No me habías prometido colaborar sin condiciones?

»Le respondí con educación:

»—Vos sois mi señora, pero mi dios está por encima de todo.

»Regresé a mis aposentos con lágrimas en los ojos. Mi futuro era incierto, pero

tenía la conciencia tranquila. Pronto se ordenó al príncipe que saliera al frente de la expedición que debería recorrer todo el imperio. A la sazón se dijo que con ello se quería adiestrar al heredero y mostrarle la realidad del imperio, ¡para ver si así reconocía su error! Sentí que Tiy empezaba a castigarme privándome de mi marido en el momento en que estaba a punto de dar a luz. Cuando se marchó, pasé por una experiencia nueva, que nunca había imaginado. ¿Qué sucedió durante aquellos días?

»La luz del mundo se apagó y me vi envuelta en tinieblas. Me asaltó una soledad espantosa y asfixiante que no conseguía aliviar la compañía de mi nodriza Tiy ni los cantos y las danzas de las esclavas. Las alas de la tristeza me envolvían.

»Añoré a mi señor en cada rincón de la casa y a todas horas del día. No podía imaginarme que él representara una parte tan importante de mi vida, descubrí que él era el secreto de mi vida y la llave de mi felicidad, no sólo como maestro, sino también como marido y amante. Lloré de arrepentimiento por mi ceguera y mi ignorancia, ansiosa por lanzarme a sus pies. Sucedió algo en palacio que nos acarrearía muchas preocupaciones. Me vinieron los dolores del parto casi al mismo tiempo que a la reina Tiy.

Yo tuve a Miritatón, y la reina tuvo dos gemelos, Samankhra y Tutankhamón. Cuando supe que había tenido una niña me sentí abatida por la tristeza y la preocupación, sentí que mi posición se debilitaba delante de la mujer fuerte de palacio. Me llegaron los chismorreos del harén que decían que la maldición de los sacerdotes había recaído en mí y que en mi vida podría tener un hijo varón.

»En aquellos días llegó Tadu-Hepa, la hija del rey de Mitanni para representar su papel en Tebas. El rey Amenhotep III había oído hablar de su belleza y había pedido su mano, alegando los lazos de la amistad que le unían a Mitanni. Tiy conocía perfectamente los verdaderos motivos de su marido, pero su mente de gran reina dominó siempre sus sentimientos, y supo evitar con una energía extraordinaria la envidia y dedicar su tiempo única y exclusivamente al gobierno. Tadu-Hepa atravesó las calles de Tebas con un lujoso séquito de trescientas esclavas. Oír esas noticias me distrajo de la soledad y la tristeza. Tiy me contó sobre la comitiva de la joven princesa y sobre su belleza y terminó su relato diciendo:

»—Pero ninguna estrella luce más que la nuestra.

»Por palacio corría la voz de que el rey, viejo y enfermo, se había enamorado perdidamente de su nueva esposa, que hubiera podido ser su nieta, y que estaba viviendo una segunda juventud. Sin embargo, su tranquilidad duró poco porque empezaron a llegar los informes sobre el viaje del heredero. Los reyes me mandaron llamar y lo primero que me sorprendió fue el aspecto demacrado del rey, fruto de sus excesos amorosos. A pesar de ello, fruncía el ceño, enojado, y empezó a gritar:

»—¡Ese muchacho es un estúpido!

»Dijo Tiy:

»—Podemos recuperar nuestro prestigio haciendo desfilar el ejército de defensa por todos los rincones del imperio.

»Le dijo irónicamente:

»—El muy imbécil ya ha echado a perder todo el buen nombre que había heredado y no lo recuperará por mucho que hagamos.

»Pregunté después de vacilar un poco:

»—¿No es posible que los atraiga con la bondad de su carácter?

»Me gritó:

»—Tú eres tan imbécil como él.

»La astuta mujer me dijo:

»—Tú podrías hacerle entrar en razón.

»Le dije disimulando mi excitación:

»—¡No creo que yo sea capaz de lo que no habéis conseguido vos, mi señora!

»Persistió en sus amenazas:

»—¡Pero tú lo animas y te quedas tan satisfecha!

»Amenhotep III agitó el puño amenazador y dijo:

»—¡Cuando vuelva le daré a escoger entre la obediencia o el ser desheredado!

»Me hundí de nuevo en la tristeza, al borde de la desesperación; sin embargo, Tiy me despertó a la mañana siguiente y me susurró al oído:

»—El rey ha muerto, mi señora.

»Me pregunté si el rey habría cumplido su promesa antes de morir. ¿Podría Tiy sacrificar a su adorado hijo? Cuando estaban llevando el cadáver a la sala de embalsamamiento, me llamó la reina Tiy y me dijo con los ojos enrojecidos por el llanto:

»—Debes saber que los sacerdotes me han propuesto proclamar reyes a Samankhra y a Tutankhamón si yo quiero ocupar la regencia del trono.

»En ese momento no tuve ninguna duda de que estaba descargando sobre mi su peor castigo, y le dije abandonándome a mi destino:

»—¡Vuestras decisiones siempre son sabias y a ellas me someto!

»Preguntó con crueldad:

»—¿Hablas sinceramente?

»Le respondí con la tranquilidad de la renuncia:

»—¿Y que más me queda?

»Me dijo con energía:

»—El amor ha sido más fuerte que la sabiduría y he rechazado la propuesta.

»Respiré profundamente, incapaz de hablar. Me preguntó con ironía:

»—¿Contenta?

»—¡Sí, mi señora, odio tener que mentir!

»—¿Me prometes que defenderás la razón y las tradiciones?

»Le respondí destrozada:

»—No puedo, mi señora.

»Jadeó encolerizada y sin aliento me gritó:

»—¡Merecerías la tortura, pero también eres digna de admiración: enfrentaos a vuestro destino según vuestra sabiduría y que sea lo que los dioses quieran!

»Se fue con el ceño fruncido y yo regresé a mis aposentos feliz a pesar del luto. Me abalance sobre la pequeña Miritatón y la llené de besos. Mi amado no tardó en llegar de su viaje, con su talle alto y delgado y su afecto que disipó las tinieblas. Corrí hacia él y le abracé con toda la fuerza de mi amor. Me miró a los ojos por un instante y dijo:

»—¡Al fin llegó el amor, Nefertiti!

»Sus palabras me sorprendieron y me consolaron. Balbuceé:

»—Yo te amé desde antes de verte.

»Me dijo sonriente:

»—Pero no me has amado como marido hasta este momento.

»Me sorprendió su capacidad para leer el pensamiento y no dije nada. En pie ante el cadáver de su padre, antes del entierro, me dijo con los ojos rebosantes de lágrimas, como excusándose:

»—La muerte me afecta de verdad. ¡Quizá no le amé como debía!

»Ocupamos el trono en un ambiente lleno de amenazas y desafíos, y pronto apareció la energía oculta de mi amado en todo su esplendor. Expuso su religión a sus hombres y todos anunciaron su fe. Yo no dudé de su fe, teniendo en cuenta que yo misma era muy creyente, pero los acontecimientos demostraron que la mayoría mentía o que su fe no llegaba al punto del sacrificio personal, excepción hecha de Miri-Ra, el gran sacerdote. Tampoco dudo hoy de que su pura intuición nunca lo traicionó, y de que conocía bien el fondo de sus conciencias. Sin embargo, estaba convencido de que el amor, llegado el momento, terminaría por guiarlos a todos y que superarían esa etapa de fe superficial para alcanzar la fe real, como me sucedió a mí en mi vida matrimonial. Incluso diría más que eso, los hubo entre ellos que estaban convencidos de su incapacidad para el trono y soñaban con sucederle cuando llegara la crisis, como Horemheb o mi propio padre, Ay, y no se trata sólo de una suposición mía, sino que lo pude comprobar claramente a través de mis conversaciones con ellos en el momento de la derrota. Por eso me tranquilizó mucho que los sacerdotes escogieran a Tutankhamón y no a ellos, aunque yo dudaba mucho de que ellos desistieran de sus sueños de uno u otro modo. En cualquier caso, nuestro gobierno empezó en aquel ambiente tenso, pero nosotros éramos felices a pesar de todo. Cuando Miritatón empezaba a gatear, concebí un nuevo hijo, hijo del pleno amor esta vez. Él no conoció a ninguna otra mujer a pesar de haber heredado el harén de su padre como manda la tradición. Allí estaba la bella Tadu-Hepa, de Mitanni.

»Nos visitó la reina madre, Tiy, y me imaginé algún tipo de problemas. Mis suposiciones fueron ciertas, y le dijo a su hijo de modo que yo lo oyera:

»—Oh, rey, estás descuidando el harén.

»Mi marido me respondió riendo:

»—¡Soy monoteísta en el amor como en la religión!

»Ella le dijo seriamente:

»—Pero debes ser justo. No puedes olvidar a la hija de Tushrata, nuestro amigo: ella merece unas atenciones, en señal de respeto hacia su padre...

»Me miró y yo aparté mis ojos. Yo me sentía muy mal. Me dijo con astucia:

»—Nefertiti dice merecer el trono. Supongo que estará de acuerdo conmigo...

»Volví a mi silencio y escondí mi rabia mientras ella hablaba de los deberes de una reina. No pude contener mis deseos de visitar abiertamente el harén, para conocer con certeza el aspecto de la bella princesa. Era en verdad hermosa, pero mi confianza en mí misma no se alteró. Intercambiamos unas palabras de buena educación y nos separamos como enemigas declaradas. El día siguiente me senté con mi marido en el jardín y le pregunté:

»—¿Cuál es tu intención respecto al harén?

»Me respondió simplemente:

»—¡No me despierta ningún deseo!

»Protesté:

»—Pero a la reina madre no le importan los deseos.

»Dijo confusamente:

»—Le apasionan las tradiciones.

»Aclaré:

»—Pero tú eres el primer enemigo de las tradiciones.

»Rió alegremente:

»—¡Tienes razón, amor mío!

»Creo que fue entonces cuando tuvo lugar mi encuentro con el gran sacerdote de Amón, a raíz de su petición y a través de mi padre. Me dijo:

»—Mi señora, tal vez sepáis cuál es el motivo de mi visita.

Dije sin ambages:

»—Os escucho, gran sacerdote.

»Dijo en tono de súplica:

»—El rey puede adorar al dios que le parezca, pero el resto de los dioses tienen derecho a culto.

»Le dije:

»—Nosotros no tenemos nada en contra de los otros dioses.

»Dijo con delicadeza:

»—Lo que deseo es que la reina nos defienda cuando haga falta.

»Le dije con sinceridad:

»—No puedo prometer nada que no estoy segura de poder cumplir.

»Me dijo con tristeza:

»—Vuestro padre era uno de nosotros y nos unía una amistad inquebrantable.

»Le dije:

»—Me alegra mucho oírlo.

»El hombre se fue sintiendo hacia mí un odio intenso, no me cabe ninguna duda. El rey dedicó toda su vida a su misión, predicando el amor por el amor, rechazando la violencia, la agresión y el castigo y aligerando los impuestos a los pobres, hasta el punto de que todos creyeron que había empezado una nueva época de prosperidad en la tierra de Egipto. Me vinieron los dolores y di a luz a mi segunda hija, Sikitatón. Mi esperanza de dar a luz al heredero se vieron defraudadas por segunda vez. Se habló mucho de la magia de los sacerdotes, pero mi marido se enamoró de la pequeña apenas la vio. Me dijo en secreto:

»—El heredero llegará a su debido momento, no antes.

»Terminada la construcción de un nuevo templo de nuestro único dios en Tebas, fuimos a inaugurarlo en comitiva. Los sacerdotes se agruparon en filas y salieron al paso del rey, gritando consignas a favor de Amón. El palacio se resintió de aquel desafío abierto, y el rey velaba preocupado en el balcón, contrariamente a su costumbre. Le hablaba a la ciudad de Tebas, diciendo:

»—¡Tebas, ciudad del mal, morada del falso dios y de sacerdotes corruptos, desde hoy ya no te quiero!

»El dios le ordenó que construyera una ciudad nueva para él. Así lo hizo y Bek se dirigió, al frente de ochenta mil escultores y trabajadores, a construir la ciudad del dios único. En aquel período vivimos tranquilos y felices, aunque nos acechaba un ambiente hostil y muy tenso. Yo tuve a Anhusyatón y a Neferatón dejándolo todo en manos de mi dios, creador del hombre y la mujer. A su debido tiempo, nos trasladamos a la ciudad nueva, acompañados por Samankhra y por Tutankhamón.

En cuanto a la reina Tiy, insistió en permanecer en Tebas al lado de los sacerdotes de Amón, para que no se cortara el único contacto con el trono y los templos.

»Cuando me encontré en la ciudad de la luz, Akhetatón, con su arquitectura bellísima y armoniosa, no pude contener mi alegría espontánea y grité extasiada:

»—¡Qué belleza, cuán dulce es el espíritu de mi dios!

»Inauguramos la ciudad con una oración en el templo. Yo recité un himno con la voz más dulce que jamás se oyera en ningún templo. A continuación, el rey pronunció su primer sermón y nombró a Miri-Ra gran sacerdote. El río de la vida nos trajo la bendición de la felicidad y la victoria, hasta que un buen día regresó de su refugio con rostro serio y determinado:

»—El dios quiere que le adoren sólo a él en el país.

»Inmediatamente me di cuenta de los peligros que ello implicaba, y le pregunté:

»—¿Y los otros dioses?

»Contestó firmemente con los ojos relucientes:

»—Publicaré una orden que cierre sus templos y que confisque sus bienes.

»Permanecí en silencio, hasta que me preguntó:

»—No pareces feliz, Nefertiti.

»Me apresuré a responder:

»—Estás desafiando a todos los sacerdotes del país.

»Dijo con sencillez y seguridad:

»—Tengo capacidad para hacerlo.

»Vacilé un instante:

»—Tú eres un hombre de amor y paz, ¿no te llevará eso a utilizar la fuerza?

»—Jamás mientras viva recurriré a la fuerza.

»—¿Y si oponen resistencia a tu orden?

»—Distribuiré los bienes de los templos entre los pobres y no haré ningún daño a los rebeldes, convencido del llamamiento a mi pueblo al culto del dios único y al abandono de los templos politeístas.

»Mis temores se desvanecieron y le di un beso, diciéndole:

»—Tu dios no te desampará.

»Y se publicó la orden y sucedió lo inesperado: fue ejecutada en plena calma, gracias a dios y debido al poder del trono sobre las almas. Nuestra confianza entonces no conocía fronteras. Por las tardes, salíamos a pasear en nuestra carroza real sin guardia y atravesábamos las anchas calles de Akhetatón, rodeados por la muchedumbre entusiasta, las palmeras, los sauces y las acacias, derrumbando las barreras imaginarias existentes entre el trono y el pueblo. Casi los conocíamos a todos de vista y a muchos de ellos por sus nombres, y en verdad el amor ocupó el lugar que antaño ocupara el temor. Todos entonaban los más dulces himnos sacros. Una vez mi padre me dijo al oído:

»—Temo que se pierda el temor reverencial al rey.

»Le respondía riendo:

»—Nosotros vivimos en la verdad, padre...

»Recorrimos todo el país en nuestros santos viajes, predicando la fe del dios único y sorprendimos a amigos y enemigos con nuestros continuos desplazamientos de victoria en victoria, sin preocuparnos por las noticias que nos traía Mahu, el jefe de la policía, sobre las actividades secretas de los sacerdotes y sus intentos de levantar a la gente contra nosotros. La conducta de mi señor ya no parecía extraña a nadie, por su devoción total a su mundo sagrado. En cuanto a mí, sorprendí a todo el mundo, hasta el punto de que muchos me consideraban un enigma indescifrable: ¿cómo podía amar a alguien como él a pesar de mi sentido práctico y de mi capacidad

administrativa? Quizá no creyeran que mi fe y mi entusiasmo por la misión eran tan firmes como los suyos. Vivía con él en la verdad y creía cada palabra que su boca pronunciaba, pues él no mentía nunca. En una ocasión me dijo, cuando estábamos en el momento álgido de la victoria:

»—¡Cuando las almas se purifiquen de la porquería, la voz de mi dios llegará a todos los oídos, y todos vivirán en la verdad!

»Ése era su sueño, que todo el mundo viviera en la verdad.

»Regresamos de nuestros viajes y encontramos a Mikitatón echada en la cama y mirándonos con una cara que nunca habíamos visto y que desconocíamos. Akhenatón se arrodilló al lado de la cama y se puso a rezar, mientras yo me quedaba en un extremo de la habitación con el médico Bintu. Le dije:

»—¿La pequeña morirá, Bintu?

»Me respondió con tristeza:

»—¡He hecho todo lo que he podido!

»Dije con odio y agresividad:

»—Quieren privarme con la magia de todos mis seres queridos...

»Lo oí que hablaba con su dios en un murmullo:

»—No me prives de ella, la amo y no podría vivir sin ella..., es muy madura para su edad y te dedicará su vida...

»Sin embargo, su espíritu la fue dejando poco a poco y finalmente se nos escapó de entre las manos, ascendiendo al cielo estrellado. Nos abalanzamos sobre ella llorando y gritando, hundidos por la tristeza. Hablaba con su dios diciéndole:

»—¿Por qué, dios mío? ¿Por qué pones a prueba innecesariamente mi fe? ¿Por qué me demuestras tan duramente que todavía estoy lejos de ti? ¿Por qué me has agredido cuando tú eres la misma misericordia? ¿Por qué me tratas con desdén tú, mi amado? ¿Por qué te enojas si soy tan obediente? ¿Por qué te muestras tan oscuro tú que eres la luz? ¿Por qué entonces la vestiste con esa belleza y la dotaste de tanta inteligencia? ¿Por qué dejaste que la amáramos tanto y que la preparáramos para ser sacerdotisa en tu templo?

»De ésta pasamos a otras tristezas y desastres, dentro y fuera del país, como bien sabes. Quizás el más desgraciado de los hombres es aquel que sale de una tristeza para entrar en una tristeza mayor. El ministro Nakht nos visitó para exponernos con pelos y señales el estado de las cosas, y no negaré que la tristeza terminó con mi coraje y que la angustia me invadió. Mi señor era inamovible como la gran pirámide ante la tempestad.

Con confianza ilimitada, me dijo:

»—Mi dios no me desampará, y no me apartaré en lo más mínimo del amor.

»Su energía extraordinaria me invadió y revitalizó mi espíritu, venciendo toda clase de malos pensamientos y tentaciones. Me arrepentí de mi pasajera debilidad.

Cuando las cosas empeoraron, la reina madre Tiy vino a visitarnos. Se reunió con nosotros después de haber recibido a nuestros hombres en su palacio, al sur de Akhetatón. Empezó diciendo:

»—El cielo está cubierto de nubes.

»Nos recorrió con su mirada arrogante:

»—Tus hombres me han jurado que te serán fieles en todas las circunstancias.

»Le pregunté:

»—¿Tenías alguna duda sobre ellos?

»Me dijo en tono de reproche:

»—En los momentos difíciles hay que estar seguro...

»Akhenatón dijo:

»—A mi dios no le importan las pruebas.

»Dijo ella con violencia:

»—Pronto estallará una guerra civil.

»Le respondió confiado:

»—Mi dios no me desampará nunca.

»—No tengo derecho a hablar en nombre de los dioses. Soy demasiado insignificante para ello, pero sé lo que sucede en el mundo de los hombres.

»Dijo él con tristeza:

»—Madre, tú no crees...

»—No hablemos de mis relaciones con el otro mundo, háblame como rey y te escucharé como reina. Te digo que tienes que hacer algo antes de que sea demasiado tarde. Tienes al ejército de la frontera, dirigido por May: ordena que se dejen ver por todo el imperio. Tienes a las fuerzas de seguridad y a la policía: ordena que castiguen la corrupción y a los corruptos. Apresúrate antes de que el trono se desmorone...

»Respondió con violencia:

»—Nunca ordenaré que sea derramada una sola gota de sangre.

»Dijo ella con profunda tristeza:

»—No hagas que me arrepienta de haber defendido el trono para ti.

»Exclamó:

»—El trono no me interesa sino como un medio para servir a mi dios.

»Tiy me miró diciendo:

»—Habla, reina, quizás te escogí pensando en este momento...

»Le dije con un entusiasmo igual al de mi señor:

»—¡Nuestro dios no nos desampará, madre!

»Su rostro se ensombreció y dijo enojada:

»—¡Pide consejo a los locos y vencerás al destino!

»Tiy abandonó Akhenatón triste y enferma, y no vivió más que unos pocos días hasta que su espíritu destrozado la abandonó. No pasó mucho tiempo sin que Ay,

Nakht y Horemheb pidieran audiencia al rey. Los recibimos inmediatamente. Apenas Akhenatón vio sus caras, les dijo:

»—No habéis venido para nada bueno.

»Ay anunció:

»—Venimos impulsados por nuestra fidelidad al trono, a la patria y al imperio.

»Akhenatón preguntó:

»—¿Y qué hay de nuestra fe en el creador de todas las cosas?

»Ay respondió:

»—Todavía somos creyentes, mi señor, pero somos responsables de las cosas de nuestro mundo...

»Akhenatón dijo:

»—Esa responsabilidad no tiene ningún valor si no emana de la fe...

»Entonces dijo Nakht:

»—El enemigo se ha infiltrado por todo el imperio, los países sometidos se han rebelado, en realidad estamos rodeados en Akhetatón...

»El rey insistió:

»—¡Mi dios no me desampará y yo tampoco desamparé su misión!

»Llegados a este punto Horemheb dijo:

»—Nos arrastraréis a la guerra civil.

»Akhenatón replicó:

»—No habrá una guerra civil.

»Horemheb preguntó:

»—¿Debemos rendirnos para que nos degüellen como al ganado?

»Dijo el rey:

»—Yo sólo me enfrentaré al ejército agresor.

»Horemheb dijo tajantemente:

»—Primero os matarán a vos y después a nosotros. Basta con que renunciéis al trono y os dediquéis a vuestra religión...

»Dijo sin ambages:

»—¡No renunciaré al trono del dios, eso sería traición!

»Y mirándoles a la cara sentenció:

»—Os relevo de serme fieles.

»Le dijo Horemheb:

»—Dejaremos a su alteza tiempo para organizarse.

»Se fueron dejando tras de ellos la advertencia final. Nunca me imaginé que un faraón pudiera recibir semejante desplante. Me pregunté perpleja hasta cuándo nuestro dios nos iba a escatimar la victoria. Me sorprendió la fe inamovible de mi amado y me di cuenta de que todavía no estaba a su altura como creía.

»Horemheb vino a ver a solas. Me dijo:

»—¡Haced algo, haced lo que podáis, lo matarán inevitablemente si insiste en su postura, incluso es posible que lo haga uno de sus hombres!

Debéis hacer algo mientras todavía haya tiempo...

»Apareció ante mis ojos el fantasma de la derrota y de la muerte, y mi voluntad se debilitó. Me asaltaron algunas dudas sobre mi fe, y me planteé seriamente cómo podría salvar a mi señor. Se me ocurrió que quizá si le abandonaba su firmeza se debilitaría y aceptaría someterse a la voluntad de sus hombres y renunciaría al trono. Fue así como abandoné a mi amado y su palacio y me refugié en mi palacio particular al norte de Akhetatón, con los ojos en llanto y el corazón desgarrado. Me visitó mi hermana Mut-Najmat para informarme de que el rey insistía en su obstinación y de que habían encontrado la solución: abandonarían la ciudad y anunciarían su lealtad al nuevo faraón, de manera que desaparecerían los motivos de la guerra civil. Me preguntó con malicia:

»—¿Cuándo partes para Tebas?

»Leí claramente sus pensamientos y le dije con rudeza:

»—Una profecía ya se hizo realidad, y ahora ha llegado el momento de que se haga realidad la otra. Vete en paz, yo me quedaré al lado de mi marido y mi dios...

»Los días que siguieron fueron los más desgraciados. Todos los recuerdos de la felicidad pasada me fueron arrancados. Me sentía como si nunca hubiera sido feliz. Me abandoné a mis sentimientos de culpabilidad. Desde mi ventana espiaba la ciudad de la luz mientras sus habitantes la abandonaban, antes de que la maldición cayera sobre ellos. Escuchaba sus lamentos y sus llantos, los gritos de los niños y los ladridos de los perros. Era una corriente interminable que pasaba en filas, llevando con ellos sus equipajes más ligeros, empujados hacia el Nilo, hacia el norte o hacia el sur.

Las puertas y las ventanas se cerraban mientras mi mirada perpleja les seguía hasta el final del barrio. Luego la desolación ocupó su lugar en las casas, los jardines, las calles. Sentí que la muerte acechaba en el aire con su irónica advertencia, y yo decía para mis adentros:

»—Akhetatón... ciudad de la luz... abanderada de la unidad de dios... comparte mi suerte y mi destino... ¿dónde están los cantos y la música...?, ¿dónde las caricias de la victoria y del amor...?, ¿dónde estás tú, único dios mío...?, ¿por qué has abandonado a tus fieles?

»La ciudad quedó vacía y comenzó a expirar un día tras otro. Sus únicos habitantes eran dos prisioneros, mi amado y yo, y un grupo de guardianes enemigos. ¿En qué pensaría?, ¿cómo me vería?, ¿qué sería de su fe? Decidí visitarlo para confesarnos mutuamente y aclarar las cuentas pero me impidieron abandonar el palacio, ni siquiera me permitieron mantener correspondencia. Me di cuenta de que no me quedaba más que esperar la muerte en prisión. Intenté enviar mensajes con

exigencias básicas y legítimas al nuevo rey o a mi padre, Ay, o al general Horemheb, pero el jefe de la guardia me respondía rudamente:

»—Tenéis prohibido cualquier contacto con el exterior.

»Me resigné a mis días de soledad y tristeza sin esperanza. Ignoré el paso del tiempo, hundiéndome en tristes consideraciones y oración continua hasta recuperar la fe en mi dios a pesar de todo. Incluso me convencí de que la victoria final será suya aunque la espera sea larga. Era incapaz de imaginar que mi amado, a quien conocí mejor que a ningún hombre, pudiera haber perdido la esperanza y la seguridad en su dios, que le había hablado sólo a él y nadie más. Perdió el trono, los siervos y la gloria terrenal, pero siguió amando la verdad, anhelando la eternidad, feliz ante su dios sin sentir la soledad, rodeado de amor, cariño y satisfacción.

»Es por ello por lo que, cuando vino el jefe de la guardia y me dijo secamente:

»—Permitidme que os haga saber que el rey Hereje ha dejado esta vida después de una larga enfermedad, y de que una delegación real ha procedido a embalsamarlo y a enterrarlo según los ritos de los faraones.

»No creí ni una palabra de lo que me dijo. Ninguna enfermedad se llevó a mi amado a la tumba. Quizá lo asesinaron para creerse su falsa victoria. Abandonó este mundo hereje para vivir eternamente. Algún día me uniré a él para que compruebe mi inocencia y me perdone y pueda sentarme a su lado en el trono de la verdad.

* * *

La dulce voz se desvaneció después de aquel esfuerzo, y mi señora enmudeció, triste, noble y desafiante. Me despedí con una gran reverencia y me fui muy a mi pesar, con el corazón lleno del perfume de su fascinante belleza y de los cautivadores recuerdos.

* * *

Cuando regresé a Sais, mi padre me recibió con nostalgia y empezó a preguntarme sobre mi viaje y yo a responderle. Conversamos durante días enteros, en los cuales le conté casi todo, excepto dos cosas que le escondí: Mi creciente entusiasmo por los himnos religiosos y mi profundo amor por aquella bellísima dama.



NAGUIB MAHFUZ nació en 1911 en El Cairo, ciudad donde realizó sus estudios de Filosofía y ejerció diversos cargos en organismos estatales. El profundo humanismo que emana de su amplia obra literaria, y su eficacia como narrador inigualable del alma y la cultura popular egipcia, le hicieron merecedor del Premio Nobel de Literatura en 1988. Entre sus novelas históricas sobre el pasado de Egipto destacan *Rhadopis* y *La batalla de Tebas*.